



La tradición que sobrevivió

Félix O. Martín Sárraga

La tradición que sobrevivió cierra la trilogía dedicada a la historia de las estudiantinas y tunas españolas, desde las transformaciones de la vida estudiantil del siglo XIX hasta las últimas décadas del siglo XX.

Las dos novelas anteriores, *El último manteísta* y *De la máscara al yugo*, abordaron, respectivamente, el surgimiento de estas agrupaciones y las transformaciones que experimentaron en sus formas de organización, su indumentaria, sus actividades y su relación con la sociedad. Esta tercera entrega comienza en 1939, cuando la Guerra Civil había terminado y las universidades españolas se encontraban ante una realidad política e institucional profundamente distinta.

La incorporación de las tunas a las estructuras del Sindicato Español Universitario (SEU) constituye uno de los principales asuntos de la narración, dada su importancia en la consolidación de la imagen y la estructura interna de estas agrupaciones, así como en la formalización de su vinculación institucional con la universidad. Sin embargo, el propósito de esta obra no es presentar al SEU como creador de una tradición que ya existía, sino examinar las condiciones en las que estas agrupaciones universitarias sobrevivieron en el seno de un régimen dictatorial que extendió su control a todos los ámbitos de la sociedad, continuaron desarrollando sus actividades y evolucionaron durante los primeros años del nuevo periodo democrático iniciado tras la muerte de Franco.

La historia de las tunas no puede reducirse a sus actuaciones musicales, viajes o vestimentas. Es imprescindible conocer las relaciones entre sus integrantes, las obligaciones compartidas, la ayuda mutua y la transmisión de valores, conocimientos y costumbres entre estudiantes de distintas generaciones.

En esa transmisión reside una de las claves de su supervivencia.

La novela aborda, además, un problema especialmente relevante para el conocimiento histórico: la diferencia entre las prácticas que los estudiantes conservaron y las explicaciones que aprendieron sobre sus propios orígenes. No siempre ambas siguieron el mismo camino, tampoco la antigüedad atribuida a una costumbre coincide necesariamente con la que permiten acreditar los documentos.

La desaparición del SEU y la recuperación de nuevas formas de autonomía universitaria permiten observar qué aspectos de la tradición dependían de las circunstancias políticas y cuáles continuaron gracias a la iniciativa de los estudiantes.

La supervivencia de las tunas universitarias no significó que permanecieran inalteradas. Sus integrantes, sus formas de convivencia y algunas de sus actividades cambiaron con el tiempo. Lo que interesa comprender es cómo, a pesar de esas transformaciones, consiguieron transmitir una identidad reconocible a quienes llegaron después.

Esta es la cuestión que recorre las páginas de la novela y que da sentido a su título.

Entre la historia y la ficción

Como en las dos novelas anteriores, los acontecimientos históricos constituyen el fundamento de esta narración. La ficción permite relacionarlos, recrear situaciones cotidianas y acercar al lector a las experiencias de quienes participaron en ellos, sin que las escenas imaginadas deban confundirse con hechos documentados.

El protagonista es un profesor de Historia de la Universidad de Murcia que, desde los primeros años de la posguerra, comienza a interesarse por las actividades de las tunas universitarias. Su curiosidad inicial lo lleva a consultar periódicos, reunir documentos y conversar con estudiantes y antiguos integrantes de estas agrupaciones. El encargo de escribir una sección semanal para un diario convierte progresivamente aquella afición en una investigación sistemática que lo obliga a ordenar sus materiales, contrastar testimonios y profundizar en cuestiones para las que todavía no tiene respuestas.

La elección de un protagonista que nunca perteneció a una tuna no es casual. Su condición de observador le permite formular preguntas sobre comportamientos que los propios estudiantes consideran naturales y que, precisamente por ello, rara vez sienten la necesidad de explicar. Al mismo tiempo, su condición de docente universitario permite incorporar al relato el rigor metodológico que aplica a su investigación. De igual manera, su creciente amistad con varias generaciones de tunos le proporciona una perspectiva que difícilmente podría obtenerse únicamente mediante la consulta de documentos, al permitirle conocer desde dentro las experiencias y relaciones que conforman la vida de estas agrupaciones.

Sus conversaciones, encuentros y experiencias personales forman parte de la construcción literaria. A través de ellos se presentan cuestiones relacionadas con la organización de las tunas, sus relaciones con las instituciones, las actividades benéficas, las costumbres heredadas y los cambios introducidos por las sucesivas generaciones.

La narración también permite mostrar algunas dificultades propias de la investigación histórica. Una noticia periodística puede acreditar una actuación, pero no necesariamente explica las razones que la motivaron. Un reglamento permite conocer las normas establecidas, aunque no demuestra que siempre se cumplieran. Una fotografía muestra un hecho histórico concreto, pero no autoriza a considerarla representativa de toda una época.

De igual manera, los recuerdos personales pueden conservar detalles que no aparecen en los documentos escritos, aunque su interpretación exige tener en cuenta el paso del tiempo y las transformaciones de la memoria.

Por ello, el protagonista no siempre encuentra respuestas definitivas. En ocasiones descubre contradicciones, reconoce los límites de sus conocimientos o debe modificar una interpretación anterior. Estas situaciones forman parte del relato porque también forman parte del trabajo del historiador.

La ficción no pretende llenar los vacíos documentales con certezas inventadas, sino ofrecer un marco narrativo que permita comprender los acontecimientos documentados y el entorno humano en el que se produjeron.

En definitiva, esta novela propone acompañar a su protagonista en una investigación que avanza entre documentos, recuerdos y conversaciones, manteniendo siempre la distinción entre lo que sabemos, lo que podemos interpretar y aquello que todavía desconocemos.

Las fuentes de esta novela

La reconstrucción histórica que sustenta esta novela procede de la investigación documental realizada sobre las estudiantinas y tunas universitarias españolas a partir de la tesis doctoral del autor y de *La hija del carnaval. Origen y evolución de la tuna universitaria*, el libro derivado de aquella investigación. Como en las obras anteriores, las fuentes primarias constituyen el principal documento utilizado para identificar los acontecimientos, situarlos cronológicamente y examinar las transformaciones experimentadas por estas agrupaciones.

Entre ellas ocupa un lugar destacado la prensa de la época, que permite seguir las actividades de las tunas, sus actuaciones musicales, desplazamientos, certámenes, cuestaciones y participación en actos universitarios, benéficos e institucionales. Las noticias también

proporcionan información sobre su organización, indumentaria, instrumentos y relaciones con las autoridades académicas y políticas.

Sin embargo, los periódicos no ofrecen un reflejo completo ni necesariamente imparcial de cuanto sucedió. La selección de noticias, el lenguaje empleado y las circunstancias políticas en las que fueron publicadas condicionan su contenido. Esta precaución resulta especialmente necesaria al estudiar el franquismo, cuando la información pública estuvo sometida a mecanismos de censura y control.

A las fuentes hemerográficas se añaden programas de actividades, reglamentos, disposiciones institucionales, fotografías y testimonios personales. Su consulta permite contrastar noticias, precisar circunstancias y aproximarse a aspectos de la vida de las agrupaciones que no siempre quedaron reflejados en la prensa.

Los testimonios de antiguos integrantes ofrecen una perspectiva particularmente valiosa sobre las relaciones entre veteranos y novatos, los ensayos, los viajes, las costumbres compartidas y la transmisión de conocimientos. No obstante, su utilización requiere distinguir entre los hechos recordados, las interpretaciones posteriores y las explicaciones recibidas de generaciones anteriores.

Esta última cuestión ocupa un lugar destacado en la investigación. Algunas afirmaciones sobre el origen de la tuna y su relación con los estudiantes sopistas de la Edad Media circularon durante décadas hasta convertirse en explicaciones ampliamente aceptadas por su reiteración. La repetición de estas afirmaciones constituye un dato histórico relevante, pero no demuestra necesariamente la continuidad que pretenden establecer.

Por ello, se ha procurado diferenciar entre la primera aparición documental de una práctica, su difusión posterior y la antigüedad que sus protagonistas le atribuyeron. También se ha prestado atención a las denominaciones utilizadas en cada época, evitando un error metodológico frecuente: interpretar las palabras del pasado conforme a su significado actual.

La investigación documental presenta, además, dificultades derivadas de la desigual conservación de las fuentes y de la todavía escasa digitalización de muchas fuentes primarias. La abundancia de noticias en determinados periodos y su escasez en otros no permiten concluir, por sí solas, que las agrupaciones desarrollaran una actividad continuada ni proporcionalmente mayor o menor.

En ocasiones, los silencios documentales responden a circunstancias ajenas a los acontecimientos estudiados. De igual manera, la ausencia de testimonios no constituye una prueba suficiente de que una costumbre o actividad no existiera.

Por todo ello, las conclusiones se ajustan al alcance de la documentación disponible y quedan abiertas a la aparición de nuevas fuentes. Este criterio ha guiado la construcción histórica de la novela. Los acontecimientos documentados proporcionan su estructura, mientras que la ficción permite relacionarlos y aproximarse a las circunstancias humanas en las que tuvieron lugar.

El resultado no pretende ofrecer una historia definitiva de las tunas universitarias durante el periodo estudiado, sino una interpretación fundada en las fuentes disponibles, consciente de sus límites y abierta a futuras investigaciones, presentada en un formato narrativo que resulte atractivo también para quienes no suelen leer libros de historia.

La investigación en cifras

La investigación histórica que sustenta esta novela forma parte de un trabajo documental desarrollado durante más de quince años, iniciado con la tesis doctoral del autor y ampliado posteriormente en *La hija del carnaval. Origen y evolución de la tuna universitaria*.

Para la elaboración de esta obra se han utilizado documentos correspondientes al periodo histórico que aborda la narración, así como fuentes primarias anteriores que permiten comprender los antecedentes de las prácticas, costumbres y explicaciones sobre sus orígenes que continuaron circulando durante el siglo XX.

El conjunto documental empleado en esta investigación comprende 5.132 entradas bibliográficas diferentes, de las cuales 4.185 (81,55 %) han sido fuentes primarias. Dentro de estas últimas, la prensa histórica constituye el grupo más numeroso, con 3.994 referencias (95,44

% de las fuentes primarias identificadas). El resto corresponde a documentación institucional, reglamentos, programas, fotografías, testimonios y otros materiales de diversa procedencia.

El conjunto documental empleado comprende 5.132 fuentes diferentes, de las cuales 4.185, el 81,55 %, fueron fuentes primarias.

Dentro de estas últimas, la prensa histórica constituye el grupo más numeroso, con 3.994 referencias, que representan el 95,44 % de las fuentes primarias. El resto corresponde a documentación institucional, reglamentos, programas, fotografías, testimonios y otros materiales de diversa procedencia.

Estas cifras se refieren a documentos identificados y utilizados en la investigación, no al número de ocasiones en que aparecen mencionados en la novela. Cuando una misma fuente se ha consultado o utilizado para reconstruir distintos acontecimientos, se contabiliza una sola vez.

La distribución cronológica de la documentación no es uniforme. Algunos periodos están representados por un número considerable de testimonios, mientras que otros presentan lagunas que condicionan las posibilidades de reconstrucción histórica. Por ello, las cantidades no deben interpretarse únicamente como una medida directa de la actividad de las tunas, sino como un indicador del alcance de la documentación localizada.

Más allá de su valor cuantitativo, estas fuentes permiten seguir las transformaciones de una tradición universitaria durante varias décadas y distinguir entre los acontecimientos acreditados, las interpretaciones de sus protagonistas y las explicaciones transmitidas de una generación a otra.

Las cifras ofrecen, en definitiva, una medida de la base documental de la novela, pero no sustituyen la valoración crítica de las fuentes ni eliminan las incertidumbres propias de la investigación histórica.

A lo largo de estas páginas, el lector encontrará una tradición estudiantil que no permaneció inmóvil. Las estudiantinas y tunas universitarias cambiaron sus formas de organización, sus actividades y su relación con la sociedad, para adaptarse a circunstancias políticas y culturales muy diferentes. Sin embargo, algunas costumbres sobrevivieron porque hubo estudiantes dispuestos a recibirlas, practicarlas y transmitirlas a quienes llegaron después.

Esta novela también recuerda que una tradición no puede comprenderse únicamente a través de sus manifestaciones públicas. Detrás de cada actuación, de cada viaje y de cada encuentro hubo jóvenes que compartieron valores y experiencias, establecieron amistades y conservaron recuerdos que, con el paso de los años, acabarían formando parte de una memoria colectiva de su tradición universitaria. En ella convivieron los hechos, las interpretaciones y los relatos heredados, no siempre fáciles de distinguir.

Esta tercera entrega concluye la trilogía, pero no las preguntas que la hicieron posible. Quedan documentos por descubrir, testimonios por contrastar y explicaciones que podrían revisarse. Si al terminar la lectura alguien siente curiosidad por averiguar qué hubo realmente detrás de alguna de estas costumbres, las tres novelas habrán cumplido uno de sus principales propósitos: demostrar que es posible acercar la Historia al lector de una manera amena y despertar su interés por profundizar en ella mediante la lectura de estudios especializados.

Capítulo 1. Al callar las bombas

La guerra había terminado hacía poco más de dos meses cuando la tuna volvió a presentarse ante los murcianos el 7 de junio de 1939.

Aquella noche, el Teatro Romea tenía en la cartelera la primera actuación del recién constituido Teatro Español Universitario. Se representaba *De muy buena familia*, de Jacinto Benavente, y el programa anunciaba también la presentación oficial de la Tuna Universitaria del SEU al pueblo de Murcia.

No fue un detalle menor del programa.

Los estudiantes volvieron a vestir los trajes de aquella Estudiantina Española de 1878, afinaron los instrumentos y salieron a tocar. Lo hicieron, además, en una función destinada a recaudar fondos para la Bolsa del Estudiante Necesitado, pero esta vez organizados desde el SEU.

Esas siglas despertaron una curiosidad que durante algún tiempo no pude quitarme de la cabeza. ¿Qué había ocurrido para que aquella Tuna de la Universidad de Murcia pasara a llamarse Tuna Universitaria del SEU?

Seis días después, la prensa los situaba en Sevilla.

Esta secuencia me sugirió que la tuna debía de tener importancia para los vencedores de la guerra. De otro modo, no entendía que se hubiera organizado inmediatamente después de la contienda, única explicación que hallaba para que su presentación oficial fuera al comienzo del verano y, menos aún, que seis días después emprendiera una excursión a una capital andaluza.



La Gran Semana Deportiva del SEU había reunido allí a universitarios llegados de distintos lugares de España. Entre ellos se encontraba la *Tuna del SEU de Murcia*.



Habían llegado el día 11 y dos días después actuaron durante el descanso del partido de balonmano femenino entre los equipos de Córdoba y Huelva.

La prensa publicó que interpretaron el Himno de la Tuna y el Cara al Sol, ejecutando el Himno Nacional al finalizar el partido.

Antes de volver a Murcia ofrecieron un concierto al Jalifa de Marruecos.

La oficialidad de aquellos actos y su repercusión pública me hicieron sospechar que detrás de todo aquello había algo más que la iniciativa de un grupo de estudiantes. El Sindicato Español Universitario parecía haber desempeñado un papel importante.

Aquellos muchachos estaban viajando, tocando y presentándose como tuna universitaria apenas unas semanas después del final de la guerra.

El verano estaba comenzando y todavía faltaban meses para que las aulas recuperasen su actividad ordinaria. Pero la tuna ya estaba allí.



Cuando en septiembre comenzaron a regresar los estudiantes a la Universidad, no todos los que cruzaron sus puertas sabían que durante aquel verano algunos de sus compañeros habían empezado a recuperar esa costumbre estudiantil anterior a la guerra.

Entre quienes lo ignoraban estaba un profesor de Historia que ya se encontraba próximo a cumplir cincuenta años.

Era su primer curso.

Cuando llegué a la Universidad de Murcia, en septiembre de 1939, hacía apenas cinco meses que había terminado la guerra.

Era mi primer año como profesor de Historia. Tenía más dudas que experiencia y la incómoda sensación de que algunos de los estudiantes a quienes habría de enseñar no eran mucho más jóvenes que yo.

Tampoco aquel iba a ser un curso como los demás.

Las clases ordinarias debían comenzar el primero de octubre, pero aquel año se habían organizado también cursos abreviados para quienes necesitaban recuperar parte del tiempo perdido durante la guerra. El primero comenzaba el quince de septiembre. Por eso, cuando atravesé por primera vez las puertas de la Universidad en mi faceta de profesor, ya había estudiantes regresando a las aulas.

Algunos llevaban años sin pisarlas.

No todos volvían.

Aquello se advertía sin necesidad de preguntar. En los pasillos había ausencias que todavía conservaban nombre y lugares que parecían esperar a personas que no regresarían. También faltaban nombres relevantes entre los profesores. Unamuno, apartado de sus responsabilidades universitarias y municipales tras enfrentarse al general Millán-Astray, pasó sus últimas semanas prácticamente recluido en su domicilio y murió con el año de 1936. Otros tampoco volverían a ocupar sus cátedras. La guerra había terminado, pero anunciar el comienzo de un nuevo curso no bastaba para devolver a la Universidad la vida que había tenido antes.

Yo mismo necesitaba acostumbrarme a verla de aquella manera.

Durante aquellos primeros días tuve poco tiempo para pensar en otra cosa. Preparaba mis clases con una minuciosidad que después comprendería innecesaria. Escribía mucho más de lo que podía explicar en una hora y repasaba cada lección varias veces antes de entrar en el aula. Supongo que temía que los alumnos descubrieran algo que yo procuraba ocultar: era la primera vez que me colocaba delante de ellos.

El 15 de septiembre comenzaron los cursos abreviados.

El 1 de octubre debía comenzar el curso ordinario.

Entre ambas fechas la Universidad fue llenándose poco a poco.

Cada mañana encontraba más estudiantes en los corredores. Algunos se saludaban como antiguos compañeros; otros preguntaban por los ausentes. Había también muchachos que llegaban por primera vez y observaban aquellos muros con la misma incertidumbre con que yo contemplaba la puerta de mi aula.

Durante unos días pensé que eso era todo cuanto tenía que aprender de aquel regreso.

Me equivocaba.

Una mañana escuché música.

No sabía decir hoy qué estaban tocando. Han pasado demasiados años y he aprendido a desconfiar de los recuerdos que conservan más detalles de los que deberían. Recuerdo, en cambio, mi sorpresa.

Me detuve.

Después de tantos meses en los que otros sonidos habían formado parte de la vida cotidiana, resultaba extraño escuchar unas cuerdas y unas voces jóvenes dentro de la Universidad.

Me acerqué.

—¿Qué ocurre? —pregunté a un compañero que pasaba a mi lado.

Él miró hacia el lugar de donde procedía la música.

—Son los de la tuna. Parece que están en la cafetería.

Seguí atento.

Entonces no pregunté nada más.

Durante las semanas siguientes tuve bastante con aprender las funciones de mi nuevo empleo. Poco a poco fui descubriendo que preparar una clase y darla eran cosas muy distintas. Había preguntas que me obligaban a apartarme de lo que había escrito y otras que me llevaban de

vuelta a los libros esa misma tarde. No me molestaba. Al contrario. Empezaba a comprender que enseñar Historia podía ser también otra manera de estudiarla.

Los alumnos tampoco formaban un grupo homogéneo. Junto a quienes comenzaban entonces sus estudios estaban los que trataban de reanudar una carrera interrumpida. Algunos regresaban después de varios años y no siempre resultaba fácil averiguar qué habían hecho durante ese tiempo. Yo procuraba no preguntar.

En aquellos meses aprendimos todos a convivir con los silencios.

A medida que avanzaba el otoño, la Universidad fue recuperando parte de su actividad. Las aulas se llenaron, los horarios comenzaron a cumplirse con cierta regularidad y los corredores volvieron a tener ese bullicio que solo generan los estudiantes cuando entran y salen de clase.

También volví a escuchar alguna vez a los muchachos de la tuna.

Formaban parte del ruido natural de la Universidad desde antes de la guerra, como las conversaciones en los pasillos o los pasos apresurados de quienes llegaban tarde a una lección. Algunas veces los encontraba reunidos; otras, solo llegaba hasta mí la música desde alguna dependencia cercana.

Durante un tiempo no tuve roce con ninguno de sus integrantes.

Fue uno de mis alumnos quien cambió eso.

Una mañana, al terminar la clase, se acercó a la mesa con unos libros bajo el brazo.

—Profesor, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Claro.

Pero la pregunta no tenía nada que ver con lo que acabábamos de estudiar.

—¿Usted ha estado alguna vez en una tuna?

Debí de mirarlo con cierta extrañeza.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca. ¿Por qué?

El muchacho dejó sus libros sobre la mesa.

—Porque yo estoy en la de la Universidad.

—Ya los he oído alguna vez.

Sonrió.

Pareció dudar antes de continuar.

—Queremos salir otra vez dentro de unos días y tengo un problema.

—¿Con la tuna?

—Con una clase.

Aquello empezaba a resultarme más comprensible.

—¿La mía?

—La suya.

—Entonces no tiene usted un problema con la tuna. Lo tiene conmigo.

Se echó a reír.

—Por eso he venido.

Le pregunté adónde iban. Me explicó lo necesario y esperó mi respuesta con esa mezcla de seguridad y cautela de quien ya había ensayado varias veces lo que pensaba decir.

—¿Y es tan importante que vaya usted?

—Para mí, sí.

—No le he preguntado eso. Le pregunto si es importante para la tuna.

Esta vez tardó algo más en responder.

—Si uno falta haciendo falta, los demás tienen que arreglarse sin él.

Aquella respuesta me interesó más que la excursión.

—¿Cuántos son?

Me dio una cifra que rondaba la veintena. Después comenzó a explicarme quién tocaba cada instrumento, quién cantaba, quién había pertenecido a la tuna antes y quiénes acababan de incorporarse. Lo hacía con una naturalidad que me sorprendió. No hablaba de una agrupación a la que acudía de vez en cuando, sino de algo en lo que cada uno parecía ocupar un lugar.

—¿Y quién les enseña?

—Nosotros.

—¿Ustedes?

—Los que saben enseñan a los que entran.

Aquello sí despertó mi curiosidad.

—¿Y quién enseñó a los que saben?

Sonrió.

—Los de antes.

No hice más preguntas.

Le dije que podía faltar a mi clase con la condición de que recuperase por su cuenta lo que perdiéramos aquel día. Recogió los libros, me dio las gracias y se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir se volvió.

—Si quiere, profesor, un día puede venir a vernos.

—¿A tocar?

—No. Para eso ya sería demasiado tarde.

Sonreí

—A ensayar, lo hacemos en la cafetería de la Universidad.

Se marchó.

Sonreí y comencé a recoger mis papeles.

Los que saben enseñan a los que entran, no sé por qué aquella frase permaneció conmigo el resto de la mañana.

Pasaron varios días antes de que volviera a encontrarme con él. Esta vez fue en uno de los pasillos y, al verme, se detuvo.

—Profesor, todavía no ha venido a vernos.

—No sabía que la invitación tuviera fecha.

—No la tiene, pero ensayamos esta tarde.

Debió de advertir mi vacilación.

—Solo tiene que sentarse a escuchar, puede preparar las clases mientras lo hace.

Sonreí.

Aquella tarde, al terminar mis obligaciones docentes, recogí todo lo que necesitaba para preparar la clase del día siguiente y me acerqué a la cafetería.

Ya ensayaban cuando llegué, los escuché antes de entrar. Varias guitarras y bandurrias repetían una melodía que se interrumpía cada poco para comenzar de nuevo, acompañadas por voces que unas veces parecían ponerse de acuerdo y otras no.

Mi alumno fue el primero en verme.

—¡Ha venido!

Apartó una silla.

—Siéntese aquí, profesor, prometemos no molestarle demasiado.

Miré a mi alrededor.

Sonrió y regresó con los demás.

Abrí mis papeles intentando concentrarme en ellos.

Al principio lo conseguí. Apenas levantaba la vista cuando comenzaban una pieza o alguno detenía a los demás para corregir un acorde. Poco a poco, sin embargo, fui prestándoles atención.

Uno parecía dirigir el ensayo, luego me explicaría mi alumno que era «el que más sabía de música». Comenzaba una melodía y los demás se incorporaban, corregía una entrada o dejaba su instrumento para mostrar a un compañero cómo debía ejecutar un pasaje y después volvían a empezar.

Los más nuevos eran fáciles de reconocer.

Se equivocaban más, también eran los que preguntaban más.

Cerré el libro con el que preparaba la clase.

Uno de los más veteranos acababa de sentarse junto a un muchacho para enseñarle unos acordes. Los repitieron varias veces, primero despacio y después al ritmo de los demás.

Entonces comprendí la conversación que tuve con mi alumno unos días antes.

Los que saben enseñan a los que entran.

Ahora nadie me lo contaba, era testigo de ello.

Seguí observándolos un rato. Cada vez que alguno se equivocaba, otro le indicaba dónde debía entrar o repetía con él unos compases, casi siempre sin interrumpir al resto más de lo necesario.

Cuando terminaron una de las piezas, mi alumno se acercó.

—¿Ha podido preparar algo?

Recogí los papeles que tenía sobre la mesa.

—Menos de lo que esperaba.

—Le advertí que solo tenía que escuchar.

—Y yo cometí el error de mirar.

Se sentó a mi lado.

—¿Qué le ha parecido?

Miré al grupo. Algunos continuaban tocando por su cuenta, otros hablaban mientras afinaban los instrumentos.

—Que aquí nadie parece aprender solo.

—Sería difícil.

—¿Todos aprendisteis así?

—Más o menos. Los que estaban cuando yo entré me enseñaron a mí, ahora nosotros enseñamos a los nuevos.

—¿Y los que estaban cuando usted entró?

Se encogió de hombros.

—Hicieron lo mismo con ellos o lo aprendieron con un profesor de música.

Aquello parecía tan evidente para él que no añadió nada más.

—¿Y siempre ha sido así?

Me miró como si la pregunta le resultara extraña.

—Supongo que sí.

—¿No lo sabe?

—No, profesor. Cuando llegué ya lo hacían.

—¿Y cómo sabe uno lo que tiene que enseñar a los que vienen después?

Me miró sin comprender del todo la pregunta por su ambigüedad.

—¿A qué se refiere?

No supe explicárselo. En realidad, tampoco tenía muy claro qué estaba preguntando.

—Porque antes se lo han enseñado a él —me dijo.

—No me refiero solo a la música.

Esta vez guardó silencio.

Entonces uno de sus compañeros lo llamó desde el otro lado de la cafetería.

—Tengo que volver.

Asentí y él se levantó.

Abrí de nuevo mis apuntes, pero tardé un rato en volver a leerlos. Había preguntado por curiosidad y había recibido una respuesta bastante poco útil para un historiador.

Cuando llegué ya lo hacían.

Sin embargo, por alguna razón, aquella respuesta me interesó todavía más que la anterior.

Volví a casa pensando en ello. No era la primera vez que encontraba una costumbre cuyo origen desconocían quienes la practicaban, pero hasta ahora nunca había tenido una tan cerca. Aquello activó mi faceta de investigador: la tuna también formaba parte de la historia de las universidades.

Al día siguiente fui yo quién lo buscó. Lo tenía fácil porque era alumno mío y lo abordé al terminar la clase.

—Ayer me dejó una pregunta sin responder.

—Creí que había sido usted quien me dejó la pregunta a mí.

—Entonces estamos empatados.

Sonrió.

—¿Qué quiere saber?

—Me dijo que cuando llegó ya hacían las cosas de esa manera.

—Sí.

—¿Quiénes?

—Los que estaban antes.

—Eso ya me lo dijo. ¿Queda alguno?

—Claro.

—¿De antes de la guerra?

Pensó unos instantes.

—Sí, alguno.

Aquello era justamente lo que quería saber.

—Quiero hablar con ellos.

Me miró sorprendido.

—¿Para qué?

No tenía una buena respuesta. Ni siquiera sabía todavía qué esperaba averiguar.

—Para preguntarles quién les enseñó.

Se rio.

—Al final va a terminar haciéndose tuno, profesor.

—No exagere, solo quiero hacer unas preguntas.

—Eso también empieza así.

No pude evitar sonreír.

—¿Cuándo puedo hablar con ellos?

—Venga al próximo ensayo, alguno habrá.

Acepté.

Aquella tarde anoté en uno de mis cuadernos los nombres que mi alumno me había dado. No eran muchos. Junto a ellos escribí una sola pregunta:

¿Quién os enseñó?

Todavía pensaba que bastaría con retroceder una generación para encontrar la respuesta.

Acudí al ensayo sin libros y me puse a observarlos. Ahora no me distraía preparando una clase. Hasta entonces me había fijado sobre todo en la música, pero pronto advertí que había otras cosas que también parecían aprenderse allí. Los que llevaban más tiempo no solo corregían acordes o entradas, también indicaban a los nuevos dónde colocarse, cuándo debían comenzar a cantar o qué hacer mientras los demás tocaban.

Uno de ellos interrumpió a un muchacho que acababa de incorporarse.

—Así no.

El joven volvió a intentarlo.

—Tampoco.

—Enséñame.

El veterano se acercó y se lo mostró sin más explicaciones. El muchacho lo imitó y esta vez recibió un gesto de aprobación.

Mi alumno debió de verme atento porque, cuando hicieron un descanso, volvió a acercarse.

—Eso tampoco se lo enseña un profesor de música —le dije.

Miró hacia sus compañeros.

—No.

—¿Quién se lo enseñó a él?

Se encogió de hombros.

—Alguno de los que estaban antes, supongo.

—Siempre los de antes.

Sonrió.

—¿Ve cómo tenía que venir?

No le respondí.

Empezaba a entender que, si quería saber qué aprendían aquellos muchachos, quizá no bastaba con escuchar lo que decían, tenía que observar lo que hacían.

Durante las semanas siguientes volví varias veces a sus ensayos. Dejaron de extrañarse al verme y yo terminé por acostumbrarme a sentarme a un lado y observarlos.

Pronto descubrí que la música era solo una parte de lo que allí se aprendía.

Cuando llegaba uno de los nuevos, no tardaba en encontrar a alguien que lo acogiera y le indicara qué debía hacer. Nadie parecía haber establecido aquella obligación, simplemente alguno de los veteranos se ocupaba de él. Le enseñaba una canción, le prestaba unas partituras o se quedaba a su lado repitiendo un pasaje hasta que conseguía tocarlo. Si faltaba un instrumento, buscaban quién pudiera prestarlo y, cuando alguno no tenía dinero para algo que necesitaban todos, procuraban resolverlo entre ellos.

También aprendían cosas que nadie explicaba.

Vi a uno de los veteranos ceder su instrumento a un recién llegado para que pudiera ensayar y permanecer el resto de la pieza marcándole los acordes con los dedos. Otro llegó tarde y recibió las protestas de todos, no porque hubiera una hora escrita en ningún sitio, sino porque los había hecho esperar. Cuando terminaron, fueron los últimos en llegar quienes ayudaron a recoger.

Aquellas pequeñas acciones comenzaron a interesarme tanto como las canciones.

Una tarde se lo comenté a mi alumno.

—Aquí enseñáis más cosas que música.

Dejó de guardar unas partituras y me miró.

—¿Qué cosas?

La pregunta me sorprendió.

—Acabo de ver a uno prestarle su instrumento a otro.

—Porque no tenía.

—Y el otro día reunisteis dinero para uno de vosotros.

—Porque le hacía falta.

—Eso digo.

Frunció el ceño.

—¿Qué tiene de raro?

Nada, pensé. *¿Por qué habría de tenerlo?*

Precisamente por eso empezaba a resultarme interesante.

No parecían necesitar que nadie les explicara que debían ayudarse, cumplir con los demás o hacerse cargo del que acababa de llegar. Lo hacían porque quienes estaban antes lo habían hecho con ellos y los nuevos aprendían observándolos con toda naturalidad, del mismo modo que aprendían una canción o una postura de los dedos.

En los ensayos siguientes presté atención a detalles que antes me habían pasado inadvertidos. Ya no observaba solamente quién enseñaba una canción o corregía un acorde, también cómo se comportaban entre ellos y qué esperaban unos de otros.

No tardé en advertir que los más antiguos tenían una autoridad que nadie parecía haberles concedido. Los nuevos los escuchaban con respeto por el mero hecho de que llevaban más tiempo allí. También por ello eran los que conocían mejor las canciones y sabían cómo desenvolverse cuando salían a tocar. A cambio, aquellos parecían sentirse responsables de quienes acababan de llegar.

Esa responsabilidad se manifestaba en cosas pequeñas. Si uno de los nuevos tenía dificultades con una pieza musical o con uno de sus pasajes, alguno se quedaba con él repitiéndola; si no disponía de un instrumento, buscaban la manera de prestarle uno. También aprendían que pertenecer al grupo suponía obligaciones. Llegar tarde, faltar sin avisar o marcharse dejando a los demás recogiendo provocaba inmediatamente alguna protesta.

Lo que más me llamó la atención fue que casi nunca necesitaban explicar por qué.

—Échale una mano.

—Espera a los demás.

—Ese acaba de entrar, te encargas de enseñarle.

Eran indicaciones sencillas, dichas como si no necesitaran justificación. Los nuevos las aceptaban y, poco a poco, comenzaban a comportarse de la misma manera.

Empecé a anotarlo en mi cuaderno. Al principio escribí palabras sueltas: compañerismo, ayuda, responsabilidad, respeto a los veteranos. Después añadí otra que me pareció más difícil de precisar: pertenencia.

No sabía si aquellos podían ser los valores de la tuna, si había otros ni si me atrevía todavía a llamarlos así. Lo único que podía afirmar era que se repetían y que los nuevos parecían aprenderlos de quienes habían llegado antes.

Y nadie les daba una lección sobre ellos.

Los aprendían estando allí.

Una tarde vi cómo uno de los muchachos guardaba su instrumento antes de que terminara el ensayo.

—¿Te vas? —le preguntó uno de los veteranos.

—Tengo que hacerlo.

—Ayuda antes a recoger.

El muchacho dejó el estuche y comenzó a colocar las sillas en su lugar con los demás, la cafetería debía quedar ordenada.

En otra ocasión fue uno de los veteranos quien llegó tarde.

—Bonita hora —dijo alguien.

—No he podido venir antes.

—Pues hoy recoges tú.

Hubo algunas risas y el ensayo continuó.

Aquello me interesó. La antigüedad daba cierta autoridad, pero no parecía librar a nadie de las obligaciones que compartían.

También observé cómo permanecían después del ensayo para ayudar a quien tenía dificultades con una pieza. Nada de aquello figuraba en unas normas que yo conociera y, cuando preguntaba por qué lo hacían, las respuestas solían ser tan simples como las de mi alumno.

Porque le hacía falta.

Porque acaba de entrar.

Porque a mí también me enseñaron.

Poco a poco llené varias páginas del cuaderno con comportamientos recurrentes: ayudar al compañero, responder ante el grupo, enseñar al que sabía menos y aceptar que, después de haber recibido, llegaría el momento de dar.

Lo curioso era que nadie se sentaba a enseñarlos.

Los aprendían viviéndolos.

Había comprado un cuaderno para registrar estas observaciones.

Durante aquellas semanas seguí llenando sus páginas con nuevas notas. Algunas observaciones se repitieron tanto que dejé de anotarlas, pero otras comenzaron a plantearme un problema distinto. No todo lo que hacían los veteranos era imitado por quienes acababan de llegar.

Una tarde, mientras intentaban preparar una salida, uno de los veteranos explicó cómo acostumbraban a hacer algo antes de la guerra.

Otro negó con la cabeza.

—Ahora no podemos hacerlo así.

—Siempre lo hemos hecho así.

—Ya, pero ahora es distinto.

Dejé de escribir y presté atención.

Discutían sobre la manera de mantener la actividad de la tuna en unas circunstancias que habían cambiado de una manera muy drástica. Al final decidieron abandonar la idea si no obtenían la aprobación del delegado sindical, porque no querían tener problemas con el SEU.

Cuando terminaron, llamé a mi alumno.

—Habéis cambiado la manera de funcionar.

—No exactamente.

—Acabo de verlo.

—Hacemos lo mismo, pero ahora hay que hacerlo de otra manera.

La respuesta me pareció contradictoria.

—Si lo hacéis de otra manera, ya no es lo mismo.

Se rio.

—Para usted no, profesor. Para nosotros sí.

Volví a mi cuaderno.

Conservar también obliga a cambiar.

No estaba seguro de que aquella frase fuera correcta, pero decidí anotarla.

Hasta entonces había estado buscando lo que permanecía, ahora empezaba a prestar atención también a lo que cambiaba.

Unos días después, al terminar uno de los ensayos, mi alumno volvió a acercarse.

—Profesor, usted viene con nosotros.

—¿Yo?

—Claro.

—¿Y qué se supone que voy a hacer?

—Nada, acompañarnos.

—Para no hacer nada puedo quedarme en casa.

—También puede salir en la fotografía.

Me reí, pensando que bromeaba.

No bromeaba.

—Los profesores también vienen algunas veces.

—¿Adónde?

Me explicó que estaban preparando una salida y que querían visitar una localidad cercana. Tocarían, harían una cuestación y esperaban regresar aquella misma noche.

—¿Y para qué recaudáis el dinero?

La pregunta pareció sorprenderle.

—Para la Bolsa del Estudiante Necesitado.

—¿Siempre?

—Ahora sí.

Aquello me recordó la función benéfica del Romea y la Bolsa del Estudiante Necesitado. La cuestación no era algo que hubiera aparecido con ellos, formaba parte de una manera de actuar que venía de antes.



—¿Y por qué necesitáis que vaya un profesor?

—No lo necesitamos. Queremos que venga.

La diferencia me hizo sonreír.

—¿Y lo de la fotografía?

—Eso sí es importante.

—¿Más que yo?

—Mucho más.

Acepté antes de que pudiera seguir rebajando mi importancia.

Los preparativos de aquella salida me permitieron observar algo que apenas había aparecido en los ensayos. La actividad de la tuna no terminaba cuando guardaban los instrumentos, necesitaba relacionarse con personas que estaban fuera de ella. Había que encontrar dónde tocar, conseguir permisos, organizar el desplazamiento y procurar que alguien de la localidad facilitara las cosas.

Fue entonces cuando los oí hablar por primera vez de buscar una madrina.

—¿Una madrina?

—Claro.

—¿Y para qué necesita una tuna una madrina?

Volvió a mirarme con aquella expresión que empezaba a conocer. Era la que ponía cada vez que yo preguntaba por algo que para ellos no necesitaba explicación.

—Para que nos ayude.

—¿A tocar?

Se rio.

—A eso no. Si conoce a la gente adecuada puede conseguirnos un sitio, presentarnos a quien haga falta y ayudarnos con la cuestación.

—Entonces conviene elegirla bien.

—Ahora empieza a entenderlo.

No era exactamente la imagen que la palabra madrina había provocado en mi cabeza. Aquellos muchachos habían aprendido también a buscar apoyos fuera de la Universidad, a presentarse ante quienes podían facilitarles una actuación y a utilizar las relaciones que establecían para alcanzar el objetivo de la salida.

Anoté otra cosa en mi cuaderno: la tuna no se transmitía únicamente entre quienes pertenecían a ella. Para continuar necesitaba que quienes estaban fuera supieran qué era, la reconocieran y estuvieran dispuestos a recibirla.

Aquella idea me pareció importante, aunque todavía no sabía cuánto.

La salida de la tuna tuvo lugar unos días después. Quedamos a primera hora de la tarde y cuando llegué ya estaban reunidos en el lugar donde habría de recogernos un autobús de la Universidad. Fuera de la cafetería parecían distintos. Ahora todo cuanto había observado durante los ensayos debía funcionar delante de otros.

Mi alumno me vio acercarme y vino a mi encuentro.

—Ya ve que al final ha venido.

—Todavía puedo arrepentirme.

—Ya es tarde.

Durante el trayecto hubo canciones, bromas y conversaciones sobre lo que harían al llegar. Los veteranos seguían llevando la iniciativa, pero ahora empezaba a comprender que su experiencia no servía solamente para enseñar a tocar a los nuevos, también sabían cómo debía desenvolverse la tuna cuando salía de la Universidad.

Cuando llegamos comprendí mejor para qué necesitaban una madrina. Nos esperaba acompañada de varias personas y fueron los propios muchachos quienes se acercaron a saludarla. Yo permanecí algo apartado hasta que mi alumno vino a buscarme.

—Profesor, venga.

—¿Para qué?

—Para presentarlo.

—No creo que yo tenga nada que ver con esto.

—Hoy sí.

Me llevó con ellos y me presentó como profesor de la Universidad. No añadí que llevaba allí apenas unos meses. Tampoco pareció necesario.

La madrina fue indicando dónde podían tocar y con quién convenía hablar. Aquello me permitió comprender que su función no era meramente decorativa. Facilitaba contactos, abría puertas y daba a conocer el propósito de la cuestación. Además, les había regalado una bandera que, según me contaron, estaba casi terminada en el taller de costura. Su relación con la tuna iba, por tanto, más allá de prestarles ayuda para aquella salida. Los muchachos parecían saberlo perfectamente.

Después comenzaron a tocar.

Fue entonces cuando advertí algo que no había podido ver en los ensayos. La gente no necesitaba preguntar quiénes eran. Bastaban los instrumentos y la manera de presentarse para que muchos los reconocieran. Algunos se detenían a escucharlos, otros se acercaban cuando comenzaba la cuestación.

Aquello me devolvió a la anotación que había hecho unos días antes.

Para continuar necesitaban que quienes estaban fuera supieran qué era una tuna.

Ahora tenía delante la otra mitad de aquella idea.

Los muchachos habían aprendido de quienes estuvieron antes, pero también quienes los recibían parecían haber aprendido a reconocerlos.

No anoté nada más. Guardé el cuaderno y seguí observando.

Uno de los muchachos que había visto aprender acordes durante los ensayos parecía inseguro. Se mantenía algo retrasado y miraba constantemente a los veteranos, atento a las notas que colocaban, pero cuando comenzaron una canción que conocía bien, se incorporaba ella sin dificultad.

Me acerqué a mi alumno.

—Ese muchacho es nuevo, ¿verdad?

—Entró hace poco.

—Se nota.

—Dentro de unos meses no se notará.

—¿Tan seguro está?

—Si sigue con nosotros, sí.

La respuesta me interesó.

—¿Y qué tiene que aprender para que deje de notarse?

Miró al muchacho y después a mí.

—Todo.

—Eso es mucho.

—Por eso no se aprende en un día.

No tuve que preguntarle a qué se refería. Durante el resto de la tarde observé al nuevo imitar a los demás, cuándo acercarse, cuándo esperar, cómo colocarse con el grupo y, sobre todo, a quién mirar cuando no sabía qué hacer. Nadie se apartó para explicárselo, lo aprendía mientras participaba.

Al terminar, la madrina insistió en que nos hiciéramos una fotografía. Los muchachos se agruparon con rapidez, como si aquello también formara parte de la salida, y antes de que pudiera alejarme mi alumno me llamó.

—Profesor, venga.

—La fotografía es vuestra.

—Usted ha venido con nosotros.

Aquella explicación pareció bastarles a todos menos a mí, pero terminé colocándome junto a ellos. La madrina ocupó el centro y los muchachos se distribuyeron a ambos lados con sus instrumentos.

Mientras esperábamos al fotógrafo pensé que unas horas antes yo había ido allí para observarlos. Ahora estaba a punto de regresar a Murcia dentro de una fotografía con ellos.

No me había convertido en uno de los suyos, ni pretendía hacerlo, pero empezaba a dejar de ser solamente el profesor que se sentaba en un rincón durante los ensayos.

Poco después nos despedimos de la madrina y emprendimos el regreso a Murcia. En el autobús estaban más ruidosos que a la ida, comentaban lo ocurrido, cantaban y se interrumpían unos a otros. Yo apenas participé en la conversación.

Cuando llegamos, mi alumno se despidió de mí.

—¿Volverá al ensayo?

—Supongo que sí.

—Ya sabía yo que le iba a gustar.

—No he dicho eso.

Se rio y se marchó con los demás.

Aquella noche abrí el cuaderno y repasé las últimas páginas. Había comenzado preguntando quién enseñaba a aquellos muchachos y, casi sin advertirlo, la pregunta se había hecho mucho más grande. Ya no me interesaba solamente saber qué recibían de sus predecesores; también quería comprender qué conservaban, qué cambiaban y por qué seguían haciéndolo.

Cerré el cuaderno.

Durante los meses siguientes continué viéndolos por la Universidad, aunque ya no asistí a todos sus ensayos. Tenía mis clases y mis propias investigaciones, pero cada vez que algo llamaba mi atención volvía a abrir aquellas páginas.

Debía regresar a mis tareas docentes, la tuna había despertado mi curiosidad como historiador, pero no era el motivo por el que había llegado a la Universidad de Murcia.

Capítulo 2. Bajo nuevas reglas

Durante un tiempo continué acercándome a los ensayos, hasta que los muchachos dejaron de reunirse. Cuando preguntaba por alguno, me decían que había terminado sus estudios o que ya no acudía. Todavía encontraba a otros por los pasillos, pero sus instrumentos habían dejado de acompañarlos. La tuna había entrado en un periodo de inactividad.

Guardé las notas tomadas en aquellas primeras visitas y pensé volver sobre ellas cuando volviera a saber de su reorganización y pudiera dar respuesta a las dudas anotadas. Entretanto, comenzaron a llegar noticias de tunas de otras ciudades. Las guardaba junto a las de Murcia, aunque de la nuestra llevaba tiempo sin encontrar ninguna.

El cuaderno permaneció cerrado durante algún tiempo.

La inquietud por dar respuestas a mis preguntas seguía intacta, pero tenía otras obligaciones y la Universidad comenzaba a ocuparme mucho más de lo que había imaginado durante mis primeros meses como profesor. De vez en cuando volvía a encontrarme con alguno de aquellos muchachos y le preguntaba si pensaban reunirse otra vez, pero ninguno supo decirme cuándo.

Algunos de aquellos muchachos terminaron sus estudios sin que la tuna volviera a reunirse. Me despedí de ellos al finalizar el curso; con otros perdí el contacto sin advertir que nuestra última conversación había sido una despedida.

Mis notas conservaban sus nombres y las preguntas que les había hecho. Ya no podía acercarme a un ensayo para completar una respuesta. Cuando encontraba noticias de otras tunas, las recortaba y las guardaba junto a las de Murcia. En ellas empezaba a advertir cuánto intervenía el Sindicato: las salidas, las cuestaciones y las actuaciones pasaban por decisiones que no tomaban solamente los estudiantes.

Las noticias sobre las cuestaciones me interesaban especialmente. Reconocía aquella manera de reunir donativos que había acompañado a las estudiantinas desde mucho antes de que yo naciera. Ahora encontraba al SEU organizando las salidas y destinaba lo recaudado a los estudiantes necesitados. Busqué mis primeras notas sobre Murcia y abrí de nuevo el cuaderno.

Abrí de nuevo el cuaderno.

La cuestación permanece, las condiciones cambian.

Me quedé mirando la frase. Era demasiado parecida a otra que había escrito meses atrás.

Conservar también obliga a cambiar.

Por primera vez empecé a preguntarme cuánto podía cambiar una costumbre antes de convertirse en otra cosa.

Las noticias que llegaban de otras universidades comenzaron a hablarme de otras tunas y estudiantinas, todas vinculadas también al SEU. Primero fueron nombres aislados, después

dejaron de parecérmelo. Valladolid, Ávila, Barcelona, Ciudad Real. Distintas universidades, distintas agrupaciones y unas siglas que se repetían.

Saqué el cuaderno del cajón y escribí aquellos nombres debajo de Murcia.

Hasta entonces había intentado comprender cómo una tuna conseguía transmitir lo aprendido a quienes iban llegando. Ahora empezaba a plantearme otra pregunta.

¿Qué ocurría cuando esa misma forma de agrupación comenzaba a aparecer sometida a unas reglas comunes?

La respuesta no estaba en los muchachos. Al menos, no solamente en ellos.

Recordaba los ensayos, las salidas y la manera en que los veteranos enseñaban a quienes acababan de llegar. Había podido observarlos durante aquellos primeros meses, pero la interrupción me había dejado muchas preguntas pendientes. Las noticias de otras ciudades me permitían continuar por otro camino: conocer cómo intervenía el SEU en las agrupaciones que seguían activas.

No tardé en descubrir que la tuna no era una excepción. El Sindicato intervenía en buena parte de la vida de los universitarios y las agrupaciones musicales eran solo una de sus actividades. Aquello explicaba las siglas que encontraba una y otra vez, pero no resolvía mi problema.

Porque las noticias mostraban algo que me resultaba mucho más interesante.

En Ávila la Estudiantina Universitaria participaba en los actos dedicados al patrón de los estudiantes. En Barcelona, la Estudiantina de Medicina recorría las principales calles durante la festividad de Santo Tomás de Aquino y visitaba a las autoridades. También encontraba tunas del SEU en Valladolid y Ciudad Real.

Cambiaban las ciudades y los nombres, pero reconocía muchas de las cosas que había visto en Murcia.

Aquello me obligó a corregir una de mis primeras impresiones.

El SEU podía establecer las condiciones en las que actuaban aquellas agrupaciones, pero eso no explicaba por sí solo de dónde habían aprendido los estudiantes a formar una tuna.

Volví a mirar los nombres que había escrito en el cuaderno.

Murcia. Valladolid. Ávila. Barcelona. Ciudad Real.

Y debajo anoté una pregunta:

¿Qué había antes?

La pregunta parecía sencilla, pero no tardé en descubrir que no lo era.

Una mañana, al salir de clase, me encontré con uno de los muchachos que había conocido en la tuna. Le pregunté si seguía viendo a sus compañeros.

—A algunos. Pero ya no nos reunimos.

Caminamos juntos por el pasillo. Me preguntó si continuaba guardando noticias de estudiantinas y le conté que las de otras ciudades habían comenzado a ocupar bastante espacio entre mis papeles.

—Lo que todavía no sé es desde cuándo existen —añadí.

—Desde los sopistas, profesor.

Me detuve.

—¿Los sopistas?

—Los estudiantes pobres. Cantaban para conseguir comida y vivían de la sopa de los conventos. De ellos vienen las tunas.

—¿Dónde lo has leído?

—No lo he leído. Nos lo contaban los veteranos.

—¿Recuerdas quién?



Me dio un nombre que reconocí de mis primeras visitas. Aquel muchacho había terminado sus estudios y ya no estaba en Murcia.

—¿Sabes de dónde lo había aprendido él?

Negó con la cabeza.

—Cuando entré, ya lo contaban.

Le agradecí que se detuviera conmigo. Tenía otra clase y lo dejé marchar. Antes de regresar al despacho, saqué el cuaderno y anoté el nombre que acababa de darme.

Había observado cómo se enseñaban las canciones y cómo aprendían a desenvolverse juntos. Ahora encontraba algo que también había pasado de unos a otros: una explicación sobre su origen. La tuna había dejado de reunirse, pero aquel estudiante conservaba el relato y podía contárselo a alguien más.

No sabía en qué se apoyaba aquella historia. Buscaría al antiguo integrante si tenía ocasión de encontrarlo; entretanto, tendría que averiguar cuándo habían comenzado a relacionar a las tunas con los sopistas.

Al día siguiente comencé por la biblioteca.

Mi pregunta parecía sencilla, pero no tardé en descubrir que había formulado dos preguntas distintas. Una era qué había existido antes del SEU, la otra, mucho más difícil, de dónde procedía la tuna.

Decidí empezar por la primera.

Murcia me ofrecía una respuesta cercana. La tuna que yo había conocido después de la guerra no había surgido en una Universidad que desconociera aquellas agrupaciones. Antes de 1939 ya habían existido estudiantinas y tunas universitarias, algunas vinculadas a organizaciones estudiantiles diferentes de la que ahora aparecía junto a sus nombres.

Eso cambiaba el problema.

El SEU no había tenido que enseñar a los estudiantes qué era una tuna. Cuando comenzó a encuadrarlas, ellos ya lo sabían.



Volví a la lista de ciudades y escribí una palabra junto a cada una:

Antes.

Necesitaba saber qué significaba aquel antes en Valladolid, Ávila, Barcelona o Ciudad Real, pero pronto comprendí que seguir esa pista podía llevarme mucho más lejos de lo que

permitían mis obligaciones. Volví a guardar el cuaderno, aunque esta vez no durante demasiado tiempo. En 1942 las noticias volvieron a abrirlo.

Las agrupaciones aparecían participando en actos universitarios y recorriendo las calles durante las celebraciones estudiantiles, pero también visitando a las autoridades. La Estudiantina Universitaria del SEU de Ávila intervino en los actos dedicados al patrón de los estudiantes y la de Medicina de Barcelona recorrió las principales calles de la ciudad antes de cumplimentar a las autoridades locales. Valladolid y Ciudad Real completaban una relación que empezaba a extenderse demasiado para considerarla casual.

Aquellas noticias me hicieron volver a los muchachos de Murcia. Seguían tocando, enseñando a los nuevos y haciendo muchas de las cosas que habían aprendido de quienes estuvieron antes, pero ahora comenzaba a ver con mayor claridad algo que durante mi primera salida con ellos apenas había entrevisto.

La tuna no solo tenía que aprender a sobrevivir al relevo de sus integrantes, también debía aprender a desenvolverse dentro de la organización que ahora la encuadraba.

Una cosa era transmitir una costumbre y, otra, conseguir que esa costumbre encontrara sitio bajo unas reglas nuevas.

Ahora avanzaría un poco en el tiempo. Ya hemos establecido suficientemente el encuadramiento; conviene mostrar que, pese a él, la actividad se expande y se repite, y dejar que el profesor empiece a considerar una hipótesis que más adelante tendrá que revisar: quizá sea precisamente la estructura del SEU la que esté garantizando la continuidad.

Durante algún tiempo pensé que quizá había encontrado una explicación.

Si las tunas aparecían vinculadas a una misma organización, si sus actividades podían ser autorizadas, orientadas e incluso utilizadas dentro de la vida universitaria, resultaba tentador pensar que aquella estructura estaba asegurando su continuidad. Los estudiantes cambiaban, pero la organización permanecía. Estas posibilidades adquirieron todavía más fuerza en 1943, cuando la pertenencia al SEU pasó a ser obligatoria para todos los universitarios. Las estudiantinas y tunas quedaban así vinculadas al Sindicato y, a través de él, a la propia estructura universitaria. Anoté esas posibilidades en el cuaderno, aunque esta vez tuve la precaución de poner delante una palabra:

Hipótesis: el SEU proporciona a las tunas una estructura estable que facilita su continuidad.

Los meses siguientes parecieron darle la razón.

En 1943 volví a encontrar agrupaciones estudiantiles en lugares distintos. Madrid tenía su estudiantina universitaria y su Tuna de Distrito, en Santiago aparecía la Tuna Compostelana y en Barcelona seguían actuando estudiantinas vinculadas al SEU.

Pero una noticia de Madrid llamó especialmente mi atención. Su estudiantina había emprendido una gira por Andalucía y Extremadura para recaudar fondos destinados a los comedores universitarios.

Aquello me resultaba familiar.

Otra vez una agrupación de estudiantes salía a tocar y utilizaba la música para obtener recursos destinados a otros estudiantes. Habían cambiado la organización, los destinatarios concretos y las circunstancias, pero reconocía el procedimiento.

Busqué las primeras páginas de mi cuaderno y encontré la anotación que había hecho después de conocer a los muchachos de Murcia:

La cuestación permanece, las condiciones cambian.

Añadí debajo:

También fuera de Murcia.

Aquello complicaba mi hipótesis. Si el SEU explicaba que las tunas dispusieran ahora de una estructura común, no explicaba por qué seguían recurriendo a prácticas que eran anteriores a su existencia.

En 1944 encontré algo que volvió a despertar mi interés. Esta vez no se trataba de una tuna que actuaba en su ciudad o viajaba para realizar una cuestación. En Madrid se reunieron estudiantinas universitarias procedentes de distintos lugares para participar en un certamen.

La noticia me hizo volver sobre la lista que había comenzado dos años antes. Hasta entonces había seguido a aquellas agrupaciones por separado, como manifestaciones de un mismo fenómeno que aparecía en distintas universidades. Ahora algunas comenzaban a encontrarse.

Aquello introducía una posibilidad nueva.

Una tradición podía transmitirse dentro de una tuna, de los veteranos a quienes acababan de llegar, pero ¿qué ocurría cuando estudiantes de universidades distintas se encontraban, se escuchaban y observaban cómo actuaban los demás?

Recordé los ensayos que había presenciado en Murcia durante los primeros meses después de la guerra. Los nuevos miraban a los veteranos y aprendían imitándolos. Quizá entre las tunas pudiera ocurrir algo parecido cuando se encontraban.

Abrí el cuaderno.

La transmisión no tiene por qué producirse solamente dentro del grupo.

Dejé la pluma sobre la mesa.

Era una posibilidad, nada más. No sabía qué habían aprendido unos de otros en aquel encuentro, ni siquiera si habían aprendido algo. Convertir una coincidencia en una influencia habría sido ir mucho más lejos de lo que permitían los hechos.

Pero desde entonces empecé a prestar atención no solo a la aparición de nuevas tunas, sino también a las ocasiones en que unas entraban en contacto con otras.

Había, sin embargo, otra cosa que comenzaba a llamar mi atención. Las tunas podían ser distintas y pertenecer a universidades separadas por cientos de kilómetros, pero cuando hablaban de sí mismas empezaban a contar historias sorprendentemente parecidas.

No se trataba ya de cómo afinaban una guitarra, de lo que hacían durante una cuestación o de la manera en que un veterano enseñaba a un recién llegado. Aquello era otra cosa.

Era la explicación de quiénes eran.

El SEU no solo las había reunido dentro de una misma estructura, también les proporcionaba referencias comunes y, a través de ellas, una manera compartida de explicar su pasado. Lo que se decía en una universidad reaparecía en otra y después en otra, hasta que las diferencias entre aquellos relatos comenzaron a resultarme difíciles de encontrar.

Abrí una página nueva del cuaderno.

Todas cuentan lo mismo.

Debajo escribí:

¿De dónde lo han aprendido?

Volví a la conversación con aquel antiguo integrante de la tuna murciana. Me había contado de quién recibió la explicación sobre los sopistas, pero ninguno de los dos sabía de dónde había salido. Una cosa era averiguar cómo los estudiantes transmitían la tuna a quienes llegaban después. Otra muy distinta era averiguar cómo habían aprendido a contar su historia.

La primera la había observado en los ensayos de 1939: un estudiante se sentaba junto a otro, le mostraba cómo tocar y esperaba mientras lo intentaba. También había visto cómo se ayudaban a preparar una salida. Mis notas conservaban aquellas escenas; ahora necesitaba encontrar testimonios que me permitieran seguir lo ocurrido después.

La segunda transmisión era diferente. El relato circulaba entre estudiantes que nunca se habían conocido y hasta entre tunas que nunca habían tocado juntas. Para que todos terminaran contando lo mismo tenía que existir otro mecanismo.

Y cada vez que intentaba seguirlo aparecían las mismas siglas.

SEU.

Durante los meses siguientes comencé a buscar aquellas siglas de otra manera.

Hasta entonces me habían interesado porque aparecían junto al nombre de las tunas. Ahora empecé a fijarme en lo que se decía cuando aparecían.

No tardé en encontrar de nuevo a los sopistas.

Aquellos estudiantes pobres que los muchachos de Murcia habían situado siglos atrás volvían a aparecer cuando otras agrupaciones explicaban su origen. A veces cambiaban los detalles, pero el relato permanecía casi intacto: estudiantes necesitados de la Edad Media que recorrían calles y caminos, cantaban para conseguir alimento y encontraban en la sopa de los conventos una forma de subsistencia.

Reconocí la explicación que aquel estudiante me había dado mientras caminábamos hacia la salida de la Universidad.

Busqué la página del cuaderno donde había anotado la conversación.

—Desde los *sopistas*.

Debajo añadí:

La explicación también se transmite.

Aquello me interesaba cada vez más.

Las canciones podían aprenderse escuchándolas. La manera de colocar una capa, organizar una salida o recibir a un nuevo compañero podía aprenderse mirando a quienes llevaban más tiempo en la tuna. Incluso determinadas formas de comportamiento podían transmitirse sin necesidad de que nadie las explicara.

Pero una historia necesitaba palabras.

Alguien tenía que contarla.

Empecé entonces a reunir cuanto encontraba sobre aquellas agrupaciones. No buscaba solamente dónde actuaban o qué hacían. Anotaba también lo que decían de sí mismas.

Pronto advertí que algunas palabras se repetían con demasiada frecuencia para pasarlas por alto.

Sopistas.

Estudiantes pobres.

Sopa.

Siglos.

Las copié una debajo de otra.

Después volví a leerlas.

Había cometido un error.



Durante años había pensado que para comprender una tradición debía observar aquello que permanecía mientras cambiaban quienes la practicaban. Los muchachos de Murcia me habían permitido verlo con claridad: uno enseñaba a otro y, cuando el primero desaparecía, el segundo ocupaba su lugar.

Pero ahora tenía delante algo diferente.

No se estaba transmitiendo solamente una *práctica*.

También se estaba transmitiendo una *memoria*.

Y ambas cosas no tenían por qué recorrer el mismo camino.

Cerré el cuaderno.

Por primera vez comprendí que, si quería saber de dónde procedía aquella historia, no bastaba con seguir preguntando a los tunos.

Tenía que encontrar al primero que se la había contado.

Había algo que no terminaba de encajar.

Si aquella explicación había llegado hasta los muchachos de Murcia porque los veteranos se la habían contado a quienes entraban, podía comprender cómo se conservaba dentro de una tuna. Lo que no conseguía explicar era que apareciera también en lugares donde esa cadena de transmisión debía de haber sido distinta.

Volví a la lista de ciudades.

Murcia. Valladolid. Ávila. Barcelona. Ciudad Real. Madrid. Santiago.

No conocía relación alguna entre los estudiantes que habían formado aquellas agrupaciones antes de la guerra. Tampoco podía asegurar que sus tunas hubieran mantenido contacto entre sí. Sin embargo, después de la guerra comenzaban a encontrarse bajo una misma organización y a utilizar explicaciones semejantes sobre su pasado.

Escribí otra pregunta.

¿Lo contaban ya antes?

Esta vez no pude responderla.

Para hacerlo necesitaba retroceder.

Volví a los periódicos anteriores a la guerra que tenía archivados junto a mis fichas de Historia y empecé a leerlos de otra manera. Hasta entonces me habían servido para comprobar que las tunas y estudiantinas no habían nacido con el SEU. Ahora buscaba algo distinto: quería saber cómo explicaban aquellas agrupaciones quiénes eran y de dónde procedían.

La diferencia parecía pequeña, pero no lo era.

Una noticia podía demostrar que una estudiantina había actuado en una ciudad determinada. Una fotografía podía mostrar que se encontraba en una localidad concreta y la manera en que vestían sus integrantes. Un programa podía conservar el nombre de una agrupación, quiénes la componían y el repertorio que interpretaban.

Nada de aquello demostraba lo que aquellos estudiantes pensaban sobre su propio pasado.

Necesitaba encontrarlos hablando de sí mismos.

Investigué en los archivos del Departamento y de los periódicos con sede en Murcia durante varias semanas y apenas avancé. Ello consumía tiempo que sustraía a la preparación de mis clases, pero me lo podía permitir gracias a la escasa complejidad de los temas del primer semestre.

Encontraba presentaciones, viajes, cuestaciones, festivales, recibimientos y despedidas. Encontraba nombres que desaparecían durante años y reaparecían cuando menos lo esperaba. Encontraba agrupaciones que se llamaban *tunas*, otras *estudiantinas* y algunas que utilizaban ambos nombres a la vez sin que pareciera preocuparles demasiado la diferencia.

Pero los sopistas se escondían.

Aquello me hizo sonreír.

Había empezado buscando a unos estudiantes medievales y había terminado persiguiendo una palabra por los periódicos.

Anoté las fechas de cuanto encontraba y dejé espacio entre unas y otras.

Si el relato era tan antiguo como aseguraban los muchachos, debía dejar algún rastro.

Y si no lo dejaba, también tendría que preguntarme por qué.

La diferencia parecía pequeña, pero no lo era.

Una noticia podía demostrar que una estudiantina había realizado tal o cual cosa en una ciudad determinada. Una fotografía podía dar fe de que se encontraba en una localidad determinada y mostrar cómo vestían sus integrantes. Un programa podía conservar el nombre de una agrupación, la fecha y el lugar en que tuvo actividad, quiénes la componían y hasta el repertorio que interpretaban.

Nada de aquello demostraba lo que aquellos estudiantes pensaban sobre su propio pasado, necesitaba encontrarlos hablando de sí mismos.

Durante semanas apenas avancé.

Encontraba actuaciones, viajes, cuestaciones, festivales, recibimientos y despedidas. Encontraba agrupaciones que se llamaban *tuna*, otras *estudiantinas* y algunas que utilizaban ambos nombres. Pero cada vez que intentaba averiguar qué sabían aquellos estudiantes sobre quienes los habían precedido, las noticias guardaban silencio.

Los sopistas se escondían.

Aquello me hizo sonreír. Había empezado buscando a unos estudiantes de la Edad Media y había terminado persiguiendo una palabra por los periódicos contemporáneos.

Sin embargo, aquella búsqueda comenzó a mostrarme algo que no esperaba.

Las agrupaciones anteriores a la guerra tampoco habían actuado necesariamente sin normas. Algunas tenían una organización que regulaba su funcionamiento y, cuanto más retrocedía, menos prudente me parecía identificar la llegada del SEU con la aparición de las reglas. También me había surgido una duda: ¿debía ampliar mi búsqueda a fuentes del siglo anterior?

Volví a una de mis primeras anotaciones:

¿Buscar en fuentes del siglo XIX?

Bajo nuevas reglas.

Añadí otra palabra:

¿Nuevas?

No podía responder todavía.

Que una agrupación se organizara mediante sus propias normas no era necesariamente lo mismo que pertenecer a una organización que podía establecer las condiciones en las que debía actuar. Pero tampoco podía suponer que todas las tunas anteriores habían funcionado de la misma manera, ni mucho menos que carecieran de reglamentos.

Había aprendido hacía tiempo que una ausencia en mis fichas no demostraba una ausencia en el pasado.

Seguí retrocediendo.

Fue entonces cuando encontré un caso que me obligó a detenerme mucho antes de lo que esperaba.

1878.

Leí dos veces la fecha.

Una estudiantina disponía ya entonces de un reglamento propio. No se limitaba a establecer quiénes la componían o cómo debía organizarse. Regulaba su funcionamiento interno y contemplaba incluso las faltas que podían cometer sus integrantes y los castigos correspondientes.

Me recosté en la silla.

Sesenta años antes del SEU.

Abrí el cuaderno y taché una posibilidad que hasta entonces había dejado abierta.

El SEU introduce las reglas.

Debajo escribí:

No.

Y después, con más cuidado:

Las reglas existían antes. Lo nuevo puede ser otra cosa.

Me quedé mirando aquella última frase.

Un reglamento elaborado para ordenar el funcionamiento de una estudiantina y unas normas procedentes de la organización en la que las tunas estaban ahora encuadradas podían parecer cosas semejantes vistas desde fuera. Para quienes tenían que cumplirlas, quizá no lo fueran.

En un caso, al menos por lo que tenía delante, la agrupación se había organizado a sí misma.

En el otro, algunas decisiones llegaban desde fuera.

Aquello devolvía sentido a la pregunta con la que había comenzado.

No debía averiguar cuándo empezaron las tunas a tener reglas.

Debía averiguar qué ocurría cuando las reglas dejaban de pertenecer solamente a la tuna. El documento había resuelto una duda y abierto otra.

Hasta entonces había buscado las reglas para saber cómo funcionaban las agrupaciones. Ahora empezaba a preguntarme quién tenía autoridad para establecerlas.

Volví a las noticias de los primeros años de la posguerra. Las leí de nuevo, esta vez fijándome menos en las actuaciones y más en todo aquello que las rodeaba: quién autorizaba una salida, quién decidía el destino de una cuestación, quién convocaba a los estudiantes o bajo qué nombre aparecía la agrupación.

La diferencia comenzaba a parecerme más precisa.

Una tuna podía organizarse, establecer obligaciones para sus integrantes e incluso castigar a quien incumpliera lo acordado. Nada de eso exigía que alguien ajeno al grupo decidiera por ella.

Con el SEU ocurría algo distinto.

No significaba necesariamente que los estudiantes hubieran dejado de gobernar su vida cotidiana. Los había visto ensayar y enseñar a los nuevos sin que nadie acudiera a decirles cómo hacerlo. Pero había decisiones que ya no dependían únicamente de ellos.

Abrí el cuaderno y corregí una de mis primeras preguntas.

¿Cuándo aparecen las reglas?

La taché.

Debajo escribí:

¿Quién establece las reglas?

Esta vez la pregunta me pareció mejor.

Y, sobre todo, podía intentar responderla.

Durante las semanas siguientes intenté seguir esa pista.

No siempre era fácil. Los periódicos contaban que una tuna había actuado, que había visitado a una autoridad o que había realizado una cuestación, pero rara vez explicaban quién había tomado cada decisión. El resultado aparecía impreso; el procedimiento que lo había hecho posible, casi nunca.



Busqué a uno de los antiguos integrantes que vivía en Murcia. Lo encontré al terminar una clase y le pregunté por las salidas de aquellos primeros meses después de la guerra.

—¿Quién decidía cuándo ibais a tocar?

—Dependía de adónde fuéramos.

—¿Y si queríais organizar una cuestación?

—Había que comunicarlo al SEU.

Le pedí que recordara alguna. Me habló de los preparativos, aunque no pudo precisar quién había llevado la propuesta al Sindicato.

—De eso se ocupaban otros —añadió—. Yo sabía cuándo tenía que estar y qué íbamos a tocar.

No insistí en que recordara lo que entonces no había hecho él. Le pregunté quién podría ayudarme y anoté el nombre que me dio.

Al regresar al despacho, busqué las notas de mis primeras visitas. Había dedicado páginas a lo que ocurría durante los ensayos y apenas unas líneas a cómo se acordaban las actuaciones. Ahora que ya no se reunían, tendría que buscar por separado a quienes habían intervenido en aquellos preparativos.

El reglamento detectado en el siglo anterior mostraba que una estudiantina podía organizar su funcionamiento. La conversación acababa de recordarme que, en Murcia, determinadas decisiones debían pasar además por el Sindicato. Volví a las palabras que había escrito al comenzar: *Bajo nuevas reglas*. Todavía necesitaba precisar quién las establecía y hasta dónde alcanzaban.

Otra respuesta apareció donde menos la esperaba. Entre los papeles que conservaba de la primera etapa de la agrupación murciana encontré una denominación que había pasado por alto: delegado de la Tuna Universitaria del SEU de Murcia.

Volví a leerla.

Delegado.

La palabra cambiaba algunas cosas.

No se trataba, además, de una particularidad murciana. Las demás tunas universitarias del SEU también contaban con su propio delegado.

Eso significaba que el SEU se hallaba en el seno de las agrupaciones, por lo que el delegado podía servir de cauce para las autorizaciones de viajes y presentaciones, incluso para realizar una cuestación. El Sindicato estaba presente dentro de la propia tuna.

Por ello sus proyectos podían ser conocidos inmediatamente por el Sindicato desde sus momentos iniciales. Sus decisiones, sus dificultades y buena parte de cuanto ocurría en su seno podían llegar hasta él a través de una persona que formaba parte de la propia agrupación.

No podía saber si cada conversación terminaba siendo comunicada. Afirmarlo habría sido ir más lejos de lo que permitían los documentos. Pero tampoco podía seguir imaginando a la tuna y al Sindicato como dos organismos separados que solo entraban en contacto cuando era necesario.

Abrí el cuaderno.

Debajo de *¿Ante quién responde?* escribí:

El SEU también está dentro.

Me quedé mirando aquella frase.

Las reglas ya no solo llegaban desde fuera. Quien representaba al Sindicato, que podía establecerlas, estaba también dentro de la tuna.

Aquello me obligó a volver sobre algunas de las noticias que había reunido durante los últimos años.

Escribí:

La estructura facilita el contacto.

Y debajo:

El contacto puede facilitar la transmisión.

Esta vez subrayé *puede*.

Había aprendido a desconfiar de las palabras que convertían una posibilidad en una certeza.

Volví entonces a los sopistas.

Si estudiantes de lugares distintos terminaban contando historias semejantes sobre el pasado de sus agrupaciones, aquella estructura común podía haber contribuido a que el relato

circulaba. Pero seguía faltándome una pieza fundamental: saber si la historia circulaba ya antes de que el SEU reuniera a aquellas tunas bajo sus siglas.

La pregunta continuaba donde la había dejado:

¿Lo contaban ya antes?

Pasé el dedo por debajo de la frase.

Para responderla tendría que seguir retrocediendo.

Hasta entonces había interpretado muchas de ellas como simples testimonios de actividad. Una tuna viajaba, otra realizaba una cuestación, varias se reunían en un certamen o acudían a cumplimentar a una autoridad. Ahora comprendía que detrás de cada uno de aquellos actos podía existir una relación con el Sindicato que las pocas líneas del periódico no permitían ver.

Regresé a la gira de la estudiantina madrileña para recaudar fondos destinados a los comedores universitarios. Volví también al encuentro de 1944, cuando estudiantes procedentes de distintas universidades habían tenido ocasión de verse, escucharse y observarse unos a otros.

Las mismas noticias empezaban a decirme cosas diferentes.

El SEU no había inventado la cuestación. Tampoco había creado las estudiantinas ni las tunas. Mucho menos podía atribuirle las canciones, costumbres y formas de comportamiento que los estudiantes aseguraban haber recibido de quienes estuvieron antes.

Pero había hecho algo que comenzaba a parecerme igualmente importante.

Las vinculó obligatoriamente a la Universidad, proporcionando con ello un espacio común a agrupaciones que ya existían o que podían reconstruirse a partir de experiencias anteriores.

No sabía todavía todas las consecuencias que aquello había tenido.

Una estructura común podía facilitar los encuentros, los viajes y los certámenes. Podía hacer que estudiantes de distintas universidades supieran de la existencia de otras tunas y que, cuando se encontraran, observaran cómo vestían, qué cantaban o de qué manera se organizaban.

Pero había algo más.

Si cada tuna tenía en su seno a un delegado del Sindicato, aquella red no comunicaba solamente a unas agrupaciones con otras. También las comunicaba con una organización que estaba presente en todas ellas.

Cogí la pluma.

El SEU puede ser un cauce de transmisión.

Existía un cauce por el que canciones, prácticas, formas de organización y también explicaciones sobre el pasado podían desplazarse con mayor facilidad de una universidad a otra.

Entonces recordé la pregunta que seguía sin respuesta.

¿Lo contaban ya antes?

Mientras no supiera eso, no podía saber qué parte de aquella memoria había llegado al SEU y cuál había comenzado a extenderse a través de él.

Tenía que volver unos años atrás, mucho más.

Cerré las carpetas de la posguerra y aparté las noticias que había reunido sobre las tunas del SEU. Durante meses aquellas siglas me habían servido para seguir a las agrupaciones de una universidad a otra. Ahora empezaban a servirme también para comprender por qué algunas de ellas podían compartir prácticas, encuentros y quizá hasta una manera de recordar su pasado.

Pero el problema ya no estaba allí.

Si quería saber qué había recibido el SEU y qué había comenzado a circular bajo su estructura, necesitaba conocer lo que existía antes de que aquellas tres letras aparecieran junto al nombre de las tunas.

Miré el reglamento de 1878 que todavía permanecía sobre la mesa.

Había llegado hasta él buscando el origen de unas reglas y había encontrado una agrupación capaz de establecer las suyas sesenta años antes. Quizá los sopistas me obligaran a hacer el mismo recorrido.

Volví a abrir el cuaderno.

En una página había quedado escrita una pregunta que llevaba demasiado tiempo esperando respuesta:

¿Lo contaban ya antes?

Debajo añadí:

¿Desde cuándo?

Esta vez no escribí SEU.

Escribí:

Siglo XIX.

Y cerré el cuaderno.

Al día siguiente comencé a mirar en las páginas escritas a lo largo de aquellos años y me detuve al leer: *la cuestión permanece, las condiciones cambian. La transmisión no tiene por qué producirse solamente dentro del grupo. La explicación también se transmite. El SEU también está dentro.*

Las leí en este orden, en que las escribí entonces. Había comenzado observando cómo unos estudiantes enseñaban a otros y había terminado preguntándome por la organización que intervenía en sus actividades y los ponía en contacto. Sin embargo, aún no sabía de dónde procedía aquella historia que todos parecían conocer.

Miré de nuevo las palabras que daban título a mis primeras notas:

Bajo nuevas reglas.

El reglamento de 1878 me había obligado a revisar aquella expresión. Aunque nunca hallé publicado su contenido, la diferencia que ahora se podía reconocer estaba en quién tenía autoridad para establecer las reglas y en las decisiones que quedaban bajo su alcance.

En una página había quedado escrita una pregunta que llevaba demasiado tiempo esperando respuesta:

¿Lo contaban ya antes?

Debajo añadí:

¿Desde cuándo?

Esta vez no escribí SEU.

Escribí:

Siglo XIX.

Y cerré el cuaderno.

Capítulo 3. Del carnaval al Régimen

Al día siguiente, abrí el cajón donde guardaba los papeles más antiguos en mi despacho universitario. Quería aprovechar unas horas de atención a los alumnos que nadie había reservado. Aparté las fichas que necesitaba para mis clases y extendí sobre la mesa los recortes del siglo XIX. Algunos los había reunido yo; otros procedían del arcón y conservaban dobleces que nunca había conseguido alisar.

Buscaba una explicación, pero encontraba sobre todo noticias de lo que habían hecho aquellas agrupaciones. Salían a tocar, participaban en celebraciones y recogían donativos. Las descripciones se detenían en sus trajes, describiéndolos -a veces- con detenimiento, en los instrumentos o en la impresión que habían causado al pasar. Cuando terminaba de leerlas, seguía sin saber qué contaban aquellos estudiantes acerca de su propio origen.

Dejé una hoja junto al cuaderno para anotar los pasajes que pudieran ayudarme. Al terminar la mañana apenas había escrito unas líneas.

Tuve que interrumpir la búsqueda para preparar mis clases. En 1945 mis obligaciones universitarias dejaban poco tiempo para una pesquisa cuyo término ni siquiera podía calcular. Los papeles volvieron al cajón, aunque conservé sobre la mesa aquella hoja.

Unos días después recibí una llamada del director del periódico con el que colaboraba ocasionalmente. Quería hablar conmigo sobre una propuesta.

Cuando llegué a la redacción, me hizo pasar a su despacho y señaló una silla.

—Llevo algún tiempo siguiendo sus artículos y creo que podría encargarse de una sección semanal. Me gustaría que eligiera un tema y lo desarrollara en sucesivas entregas. ¿Qué me propone?

No esperaba aquel ofrecimiento. Pensé en los asuntos sobre los que había escrito hasta entonces, pero enseguida recordé los papeles que se acumulaban en mi despacho.

—Las estudiantinas y las tunas universitarias.

El director levantó las cejas.

—¿Dan para tanto?

—Eso espero. Llevo algún tiempo reuniendo noticias sobre ellas y cada vez encuentro más cosas que desconozco.

—¿Y qué interés pueden tener para nuestros lectores?

—Son agrupaciones que conocen por sus actuaciones, pero de las que probablemente saben muy poco. Podría contarles cómo surgieron, qué costumbres tienen y cómo han cambiado con el tiempo.

—¿Y lo sabe usted?

—Una parte. Para escribir lo demás tendré que investigar.

El director sonrió.

—Entonces ya tiene trabajo. Una entrega cada semana. Procure que sean artículos amenos y que no parezcan aburridas clases de Historia.

—Haré lo posible.

—¿Cuándo puede traerme el primero?

Le pedí unas semanas. Aceptó, aunque me advirtió que, una vez comenzada la serie, tendría que respetar los plazos.

Salí de la redacción con la satisfacción de haber encontrado un destino para aquellos papeles y la inquietud de no saber todavía cuánto trabajo acababa de comprometerme a realizar.

Por suerte me seguían llegando noticias de las tunas.

Las guardaba porque podían servirme más adelante, pero también porque empezaban a plantearme preguntas que los artículos antiguos no podían resolver. Los certámenes reunían a estudiantes de distintas universidades. La radio les ofrecía ahora un escaparate que permitía escucharlos sin haberlos visto nunca y las recepciones oficiales mostraban hasta qué punto habían encontrado un lugar en los actos del Régimen.

Conocía ya su vinculación al SEU. Ahora quería comprender qué suponía aquella presencia pública para los muchachos y para quienes los escuchaban. Me fijaba en las palabras con que se anunciaban sus actuaciones y en las que empleaban los periódicos para describirlos. También buscaba cualquier explicación sobre su pasado.

Al año siguiente encontré una frase que me hizo detener la lectura. La estudiantina aparecía descrita como la «última y no extirpada supervivencia del carnaval».

La copié completa, con la fecha y la referencia del periódico. Después subrayé dos palabras:

No extirpada.

Había algo áspero en aquella expresión. El carnaval había sido prohibido por la dictadura y, sin embargo, alguien reconocía una supervivencia suya en una agrupación que actuaba bajo el encuadramiento del SEU.



Volví a leer el pasaje. La frase decía cómo la veía quien había escrito la noticia; no me permitía saber si los estudiantes se reconocían en ella. Tampoco explicaba qué encontraba de carnavalesco en la estudiantina.

Pensé en los muchachos de Murcia, en las bromas que había escuchado durante los ensayos y en la soltura con que se dirigían al público cuando salían a tocar. ¿Se refería a eso? ¿A la indumentaria? ¿A una imagen de las estudiantinas que el autor conservaba de otros años?

Dejé las preguntas abiertas.

Hasta entonces había buscado lo que los estudiantes contaban de sí mismos. Aquella noticia me obligaba a prestar atención también a lo que otros veían en ellos.

Coloqué el recorte junto a las noticias de sus actividades oficiales. Leídos por separado, aquellos papeles apenas habrían llamado mi atención. Sobre la misma mesa, comenzaban a mostrarme una dificultad que no había previsto.

¿Cómo había encontrado aquella «supervivencia del carnaval» un lugar dentro del Régimen?

Busqué entre los recortes alguna noticia que explicara cómo se preparaban aquellas recepciones. Encontré los nombres de las autoridades, los lugares y las referencias a las piezas interpretadas. De los preparativos apenas se decía nada.

Coincidió con dos antiguos integrantes de la tuna al salir de la Universidad. Uno había venido a recoger unos documentos; el otro lo había acompañado. Les pregunté por las actuaciones ante las autoridades que recordaban de 1939.

—¿Quién escogía las piezas?

—Nosotros —respondió uno.

—¿Y quién decidía que fuerais?

—Eso llegaba por el delegado.

—¿Alguna vez os planteasteis no acudir?

Se miraron.

—Yo no —dijo el primero.

Su compañero tampoco recordaba que lo hubieran discutido.

No insistí. Habían pasado varios años y no podía pedirles que recordaran las reservas que otros quizá no hubieran expresado delante de ellos. Uno consultó la hora: debía regresar al trabajo. Los acompañé hasta la puerta y nos despedimos.

Cuando regresé al despacho, volví a leer las noticias de las recepciones oficiales. Quería averiguar cómo se había acordado cada participación. El hecho de que se hubieran presentado no me permitía distinguir si se trataba de una iniciativa de los muchachos o de una convocatoria que consideraban obligado atender. Los periódicos tampoco recogían sus conversaciones con el delegado del SEU. Si alguno había expresado una reserva, o había callado por temor, no encontraría la respuesta en aquellas crónicas.

Anoté los nombres de quienes habían intervenido en los preparativos, según los recordaban. Tendría que averiguar dónde encontrarlos. Mientras tanto, las crónicas de otras ciudades seguían llegando: las guardaba con las preguntas que todavía no había conseguido resolver.

Dejé aquella cuestión pendiente y separé las noticias de los certámenes. En Madrid se habían reunido varias tunas en marzo de 1945. Leí los nombres de las participantes: Murcia no figuraba entre ellas.

Me pregunté qué habrían llevado de regreso, además de sus instrumentos y equipajes. Durante los ensayos de 1939 había visto a un estudiante aprender mirando a otro. En aquel encuentro habían podido escuchar a compañeros de distintas universidades, conocer otras piezas y pedirles la música. Pero las crónicas apenas contaban lo que habían hablado entre ellos.

Guardé el recorte. Si algún día conseguía conversar con uno de los participantes, le preguntaría por lo que había ocurrido después de bajar del escenario.

En 1947 tuve que pasar unas semanas en Madrid para trabajar en las bibliotecas y consultar materiales que necesitaba para mis clases. Escribí a un colega de la Universidad Central y acordamos vernos durante mi estancia. Antes de partir, uno de los antiguos integrantes murcianos me dio la dirección de un amigo suyo que estudiaba allí y tocaba en la tuna.

—Escríble antes. Si aparece sin avisar, puede que no lo encuentre.

Le pregunté cómo lo había conocido. Habían coincidido cuando el madrileño visitó Murcia años atrás y todavía se escribían. Me pidió que le llevara una carta.

—Y dígle que no se olvide de contestar.

Guardé el sobre junto a mis papeles. Había preparado el viaje pensando en los libros que quería consultar; ahora llevaba también una dirección a la que podía llamar.

El muchacho vino a buscarme al alojamiento. Le entregué la carta y me pidió permiso para abrirla. Sonrió al leer un pasaje y dobló de nuevo la hoja.

—Me dice que usted nos va a hacer muchas preguntas.

—¿Y eso le preocupa?

—A mí no. Pero tendrá que venir cuando estemos los demás.

Me acompañó un trecho hacia la biblioteca. Habíamos quedado para aquella tarde y quiso saber si encontraría el lugar. Le pedí que me anotara la dirección.

—Si salgo a tiempo, paso a buscarlo —añadió.

Cuando llegamos, algunos ya habían sacado los instrumentos. Me presentó como profesor de Murcia y amigo de uno de sus antiguos compañeros. Un estudiante apartó su bolsa de una silla para que pudiera sentarme. El muchacho que me había llevado les habló de mis preguntas, pero uno de los veteranos le indicó que primero terminaran lo que estaban preparando.

Me quedé escuchando. Reconocía las interrupciones y la paciencia con que uno esperaba mientras otro volvía a probar. Las caras eran nuevas para mí. Durante un rato tuve que aprender quién respondía a cada nombre.

Al llegar el descanso, les pregunté por el certamen de Madrid de 1945. Uno había participado; otro todavía no formaba parte de la tuna cuando se celebró.

—¿Qué recordáis de lo que tocaron las demás?

El veterano mencionó una pieza y su compañero fue a buscar las hojas que habían recibido después. Habían mantenido correspondencia con un estudiante de otra agrupación.

—Nos la mandó cuando volvió a casa.

—¿La tocáis?

—Los nuevos tienen que aprenderla. La estamos preparando otra vez.

Me mostró el sobre que conservaban con la música. Copié la procedencia y le pedí que me avisara cuando fueran a ensayarla. Si mis consultas me dejaban tiempo, volvería a escucharlos.

Antes de guardar el cuaderno, les pregunté qué les habían contado sobre el origen de las tunas. Uno mencionó a los sopistas. Su compañero añadió la explicación de la sopa de los conventos que ya había escuchado en Murcia.

—¿Dónde lo habéis leído?

—Nos lo contaron cuando entramos.

El estudiante que tenía las hojas recordó que su corresponsal también había hablado de ello. Buscó entre los papeles y encontró una carta. Se la pasó al veterano, que señaló unas líneas antes de ofrecérmela.

El remitente decía que había recibido aquella explicación de los veteranos de su propia tuna. No mencionaba un libro ni recordaba quién se la había contado por primera vez.

—¿Le sirve? —preguntó el muchacho.

—Para conocer de quién la recibió él. Ahora falta saber dónde la aprendieron aquellos.

—Podemos volver a escribirle.

Le agradecí el ofrecimiento. Le pedí que no dejara de contarle sus propias noticias por incluir mis preguntas. Sonrió.

—Si le escribo solo de sopistas, no va a saber quién soy.

Durante las mañanas siguientes continué trabajando en la biblioteca. Separaba mis fichas para las clases de las que dedicaba a las estudiantinas. A veces un artículo me servía para ambas cosas y tenía que copiar dos veces la referencia.

Volví al ensayo cuando me avisaron de que prepararían aquella pieza. El muchacho dejó la partitura sobre una silla y buscó sitio junto a sus compañeros.

Entretanto, habían colocado las hojas de música sobre una silla. Dos estudiantes se inclinaron para leerlas y comenzaron a probar sus pasajes. Pronto llamaron a los demás. La mayoría no sabía leer música. Uno de los que sabía solfeo comenzó a prepararles una copia en lenguaje cifrado. La curiosidad hizo que pidiera ver una de aquellas hojas. Sobre las sílabas en las que debía cambiar la posición, quienes preparaban las copias dibujaban el mástil del instrumento y marcaban con puntos las cuerdas y los trastes que debían pisar.

Me dispuse a mirar mejor la escena. El muchacho mostró uno de aquellos dibujos y después colocó los dedos sobre su instrumento para que todos vieran dónde debían pisar las cuerdas. Su compañero probó la posición y volvió a consultar la hoja antes de pasar a la siguiente.

Aquella copia les permitiría que trabajaran la pieza sin saber leer la partitura. Quienes sabían solfeo ponían sus conocimientos al servicio del ensayo; los otros aprendían a servirse de aquellas indicaciones. Una vez más los veteranos se ocupaban de enseñar a los nuevos.

La primera tentativa se interrumpió antes de que terminaran la página. Volvieron al comienzo, discutieron una entrada y repartieron de nuevo algunas voces. Uno propuso tocar más despacio hasta que todos conocieran la pieza.

Me quedé a escucharlos. La carta había puesto aquella música en sus manos, pero los que acababan de llegar todavía tenían que aprenderla. El estudiante que preparaba las copias interrumpió un momento su trabajo para comprobar en el instrumento una posición de los dedos. Otro le sostuvo la hoja mientras la corregía.

Cuando consiguieron tocarla juntos, uno quiso repetirla desde el comienzo. Otro señaló que aún había una entrada que no les salía bien. Volvieron sobre ella antes de interpretarla desde el inicio. La copia ayudaba y permitía ejecutar la pieza, aunque aún tuvieran que escucharse para entrar a tiempo en cada pasaje y terminar todos a la vez.

Al finalizar el ensayo, el estudiante que había preparado las hojas para los que no sabían solfeo les recordó:

—Tráiganlas el próximo día.

El muchacho la guardó entre sus papeles. Después de aprender de memoria la pieza, quizás pudiera utilizarla para enseñarla a otro recién llegado.

Antes de marcharme pregunté si conservarían también la partitura que les habían enviado.

—Claro. Si nos la pide otra tuna, habrá que copiarla.

Aquella respuesta prolongaba el recorrido que había empezado después del certamen. La música podía salir de Madrid tras pasar por aquellos ensayos. Las hojas cifradas podían acompañarla y facilitar que otros estudiantes la aprendieran. Anoté la posibilidad junto a la procedencia de la partitura.

Al terminar, el muchacho que me había llevado me habló de unas noticias de Barcelona que conocían por correspondencia.

—Han estado tocando junto a las mesas de la Cruz Roja durante la Fiesta de la Banderita, para atraer gente y animarla a contribuir.

—También fueron a tocar para los enfermos del hospital de la Cruz Roja —añadió.

Le pregunté si habían preparado un repertorio distinto. No lo sabía; sus compañeros les habían contado la visita, pero no qué piezas interpretaron. Le pedí que se lo preguntara cuando volviera a escribirles. Me interesaba conocer cómo preparaban la música para quienes no podían salir a escucharlos.

La conversación terminó llevándonos a una actuación que estaban preparando en Madrid.

—Vamos a tocar la pieza que ha escuchado aquí. ¿Vendrá?

Le dije que procuraría asistir. Quería escuchar cómo había quedado, pero también ver qué recibimiento encontraba entre el público.

Llegué cuando aún estaban preparándose. Reconocí al estudiante que había necesitado ayuda para seguir la pieza. Esta vez no llevaba las hojas en la mano. Afinaba su instrumento mientras un compañero le hablaba en voz baja.

Al verlo vestido para salir, me fijé en su traje. Se parecía mucho al usado por la Estudiantina Española en 1878. Recordé entonces un recorte de aquella época que criticaba esa indumentaria. Su autor cuestionaba la combinación de prendas de diferentes siglos. Tendría que recuperarlo y comparar aquella descripción con lo que estaba viendo.

También recordé un breve de prensa en el que el SEU reclamaba la devolución del traje a quienes no acudieran a los ensayos. Había visto que el Sindicato aceptaba aquella indumentaria para las tunas universitarias y que, al menos inicialmente, los trajes pertenecían a él. Quien los usaba debía cumplir las condiciones para conservarlos.

Mientras los muchachos se preparaban, uno ayudó al nuevo a ajustar una prenda. No interrumpieron la conversación que llevaban. El otro permaneció quieto hasta que su compañero terminó. Después fue a recoger el instrumento.

Hasta entonces había sido testigo de cómo los veteranos enseñaban a los nuevos. Aquel aviso mostraba qué podía ocurrir cuando alguno dejaba de asistir: el SEU podía reclamarle el traje con el que se presentaba.

Iba a preguntarle algo más cuando los llamaron. Me aparté para dejarlos pasar y busqué un lugar desde donde pudiera escucharlos.

La pieza llegó mediada la actuación. Reconocí el pasaje que tantas veces habían repetido y seguí con la mirada al recién llegado. Entró con los demás. No necesitó consultar ningún papel.

Cuando terminaron, el público aplaudió y alguien pidió otra. Los muchachos se miraron antes de comenzar una canción a la señal de el mismo integrante que dirigía los ensayos. Cerca de mí, una mujer acompañó en voz baja parte de la letra.

Al acabar le pregunté si la conocía de otras actuaciones.

—¡Desde hace muchos años!

No supo decirme cuándo la había escuchado por primera vez. Intentó recordar una ocasión y acabó hablando de otra, de gente con la que había ido y de alguien que solía cantarla. La canción permanecía en su memoria unida a aquellas personas.

Volví a mirar a los estudiantes. Para el muchacho al que había observado ensayar, aquella tarde era una experiencia nueva. Para la mujer que tenía a mi lado, parte de lo que escuchaba traía recuerdos de su juventud. Ambos participaban en la misma actuación desde lugares distintos.

Esperé a que terminaran para felicitarlos. El estudiante me reconoció antes de que llegara hasta él.

—¡Hoy me ha salido a la primera!

Se rio. Después señaló al compañero que lo había ayudado.

—Me hizo repetirla hasta que ya no me equivocara.

Cuando regresé al alojamiento, anoté lo sucedido antes de acostarme. No tenía conmigo el recorte de 1878 y escribí su referencia para buscarlo al volver a Murcia. Durante la actuación había reconocido aquel conjunto como traje de la tuna. Ahora quería comprobar qué pasado se le había atribuido antes de que el SEU lo adoptara.

Al día siguiente volví a preguntar por la ropa. Uno de los estudiantes se miró antes de responder.

—¿Por qué vestís así?

Uno se miró antes de responder.

—¡Es el traje de la tuna!

—Eso ya veo. Pregunto por qué es este.

—¡Porque así vestían los estudiantes antiguos!

Le pedí que me dijera de qué época. Miró a sus compañeros, pero ninguno se apresuró a precisar una fecha.

—¡Los sopistas! —añadió otro.

Había llegado de nuevo a ellos sin preguntar por el origen de la agrupación. Esta vez aparecían para explicar la ropa.

—¿Y eso quién os lo ha contado?

El muchacho sonrió.

—Ya sabe lo que vamos a decirle, profesor.

Lo sabía. Por eso les pedí algo distinto: si conservaban algún escrito donde se explicara el traje, quería leerlo. Uno recordó que tenían papeles guardados y se ofreció a buscarlos.

En 1878 alguien había cuestionado la mezcla de prendas y estos estudiantes la identificaban con el traje de los sopistas sin cuestionárselo. Quería averiguar cómo había llegado hasta ellos esa explicación. Ahora esperaba que entre los papeles de la tuna apareciera algo que permitiera seguirla.

Días después, el muchacho volvió sobre mi pregunta. Uno de sus compañeros le había asegurado que aquella tradición se remontaba a la Edad Media.

—¿Y dónde lo ha leído?

—No lo sé. Dice que viene de los estudiantes pobres de entonces.

—¿Y dónde lo ha leído o quién se lo dijo?

—No me lo dijo. Se lo preguntaré cuando vuelva a verlo.

Anoté la respuesta. Quería saber dónde habían leído aquella explicación y qué documentos se ofrecían para sostenerla.

El muchacho se ofreció a buscar entre los papeles de la tuna. Le pedí que se fijara también en los programas y en cualquier escrito que acompañara las actuaciones. Podían ayudarme a saber cómo se presentaba la agrupación y qué se decía de su pasado.

—¿Busca algo sobre el traje o sobre los sopistas?

—Las dos cosas. Quiero saber dónde habéis leído lo que me contáis.

—Yo no lo he leído, me lo contaron.

—Por eso te lo pregunto. Quizás quien te lo dijo podría recordar si lo había leído en alguna parte.

Se quedó pensando. Después dijo que preguntaría a los compañeros que llevaban más tiempo en la tuna. Le agradecí la ayuda y lo dejé marchar.

En el alojamiento abrí el cuaderno por las primeras conversaciones. Había anotado quién enseñaba a los nuevos y cómo aprendían. Ahora necesitaba seguir una explicación que recibían también de sus compañeros, aunque ignoraba dónde había entrado en aquella cadena.

Recordé la pieza musical, conocía la procedencia de las hojas usadas para aprenderla, había visto cómo las pasaban a lenguaje cifrado y había escuchado el resultado de los ensayos. Su recorrido se podía reconstruir, pero con la explicación sobre los sopistas solo conseguía llegar hasta un veterano que la había recibido de otro que había ingresado antes que él.

Dejé espacio en el cuaderno para anotar lo que encontrara el muchacho. Al regresar a Murcia continuaría buscando en las fuentes antiguas. Quería averiguar cuándo había comenzado a identificarse aquella combinación de prendas con la vestimenta de los antiguos escolares.

Cuando terminé mis consultas en Madrid, me despedí de los estudiantes. El que me había presentado prometió escribirme si encontraban algo. Le entregué una nota para el antiguo integrante murciano que me había dado su dirección.

Al volver a mi despacho, busqué el recorte de 1878. Copié por separado las palabras del autor y las observaciones que me sugerían. No quería que, al releer mis fichas, una deducción mía acabara pareciéndome parte de la noticia.

La búsqueda tuvo que esperar durante unos días. Se acercaban los exámenes y mi mesa volvió a llenarse de ejercicios y apuntes. Dejé los recortes en una carpeta para no mezclarlos con los trabajos de los alumnos.

La crítica describía la indumentaria como una mezcla abigarrada y ecléctica. Me detuve en ambos términos. Fui anotando las prendas y las épocas que les atribuía el autor. Después busqué las referencias a la vestimenta escolar. Que unos estudiantes hubieran utilizado aquellas piezas para actuar no las convertía en un traje escolar.

Extendí junto al artículo una reproducción de la imagen de 1878 que llevaba el pie Antiguo estudiante español. Aquel rótulo ofrecía una identificación sencilla donde las críticas habían visto una combinación discutible. Quien contemplara solo la imagen no tenía por qué conocer aquellos reparos.

Pensé en las estampas de tipos y costumbres que había visto tantas veces. El pasado también llegaba a sus lectores a través de imágenes familiares. Busqué los papeles de mi padre: quería saber qué había conservado él y no dar por supuesto que todos habían recibido la misma explicación.

Una tarde encontré a uno de los antiguos integrantes murcianos y le hablé de mi estancia. Me preguntó por su amigo de Madrid. Le entregué la nota que había traído. La leyó allí mismo.

—Ha tardado menos en contestar porque usted venía —comentó.

Me pidió que le contara cómo los había escuchado. Hablamos de la pieza que preparaban y de las copias cifradas. Al mencionar al nuevo, recordó a un compañero que lo había ayudado cuando él empezó.

—Tenía una paciencia...

No terminó la frase. Le pregunté si seguían viéndose. Se habían encontrado hacía unos meses; el otro trabajaba fuera y regresaba cuando podía.

—Si vuelve por Navidad, le diré que venga a verlo.

Acordamos que me avisara. Lo dejé marchar con la carta. La tuna no se reunía en Murcia, pero aquellas relaciones todavía me permitían encontrar a quienes habían formado parte de ella.

En 1948 continué buscando noticias y escuchando las actuaciones que anunciaba la radio. Una tarde, mientras corregía en casa, llegué tarde a la presentación de una agrupación. Reconocí una canción, aunque no conseguí anotar su nombre. Esperé al final por si el locutor repetía quiénes habían tocado.

Desde entonces busqué los anuncios en el periódico. Necesitaba saber con antelación cuándo podría escucharlos. Guardaba la programación junto a las crónicas y anotaba las palabras de las presentaciones cuando conseguía oírlas.

Una carta de Madrid me trajo noticias del estudiante al que había visto aprender. Ya podía interpretar aquella pieza. En el margen, su compañero añadió que todavía tenía que recordarle que llevara las hojas al ensayo. Sonreí al leerlo: la carta me devolvía una voz que había escuchado junto a los instrumentos.

Contesté contando cómo avanzaba mi búsqueda. Había reunido más descripciones del traje, pero seguía sin encontrar el escrito que permitiera seguir la explicación de los sopistas. Les pedí que conservaran cualquier papel que encontraran, aunque no les pareciera importante.

En 1949 regresé a Madrid para continuar mis consultas. Avisé al muchacho antes de viajar y me respondió que algunos habían terminado sus estudios. Él seguía allí y quiso saber cuánto tiempo me quedaría.

Cuando acudí, encontré a dos estudiantes que no conocía. El nuevo de mi primera visita fue quien me acercó una silla. Le pregunté por la pieza que habían preparado entonces.

—Esta tarde no está quien lleva esa parte. Pero la seguimos tocando.



Me mostró dónde guardaban las copias. Tenía que buscar unas para otro compañero y aprovechó para separar las que estaban incompletas. Dejé el cuaderno sobre la mesa y lo ayudé a reunir las antes de que comenzaran.

En una de aquellas conversaciones les pregunté qué hacían cuando tenían que tocar para una causa benéfica.

—Preparar lo que vamos a llevar —respondió uno.

—¿Lo mismo que en cualquier actuación?

—Depende del tiempo que tengamos. Y del sitio.

Otro añadió que convenía llevar piezas conocidas.

— Se quedan a escuchar si le gustan al público.

—¿Y dan más? —pregunté.

—Eso esperamos.

La respuesta provocó algunas risas, pero uno de los veteranos volvió sobre la cuestión.

—También hay quien escucha y no puede dar nada.

Lo dijo mientras guardaba su instrumento. Nadie le pidió que explicara el comentario.

La conversación continuó con los preparativos de la salida.

Anoté aquella frase antes de regresar al alojamiento. Había pasado casi inadvertida entre bromas y asuntos prácticos, pero indicaba cómo entendía aquel estudiante su relación con el público. La falta de un donativo no le quitaba a nadie el derecho a quedarse escuchando, ni a ellos sus ganas de tocar.

En las noticias, la beneficencia solía quedar resumida en el propósito de la actuación o en la cantidad recaudada. Aquella conversación me había permitido escuchar lo que sucedía antes: cómo escogían la música, qué esperaban conseguir y qué límites ponían a sus propias expectativas.

Al acabar les pedí que me avisaran cuando salieran a recaudar. Durante aquella estancia todavía podía acompañarlos. Quería observar qué ocurría al terminar la canción, cuando llegaba el momento de acercarse al público.

La ocasión llegó durante una de las salidas en las que recaudaban donativos mientras tocaban desfilando por la calle. Caminé con ellos un trecho y me aparté cuando se detuvieron a tocar. Quería ver cómo se acercaban a quienes pasaban, sin que mi presencia los obligara a explicarme cada cosa.

Al principio apenas se reunió gente. Un hombre redujo el paso, escuchó unos compases y continuó andando. Dos mujeres se quedaron cerca. Después llegaron otros y los muchachos tuvieron que dejar espacio para que pudiera pasar quien no quisiera detenerse.

Uno de los nuevos usó su pandereta para recoger los donativos de la misma manera que veía hacer a dos veteranos. No hizo falta que nadie se lo dijera. Miró al veterano que tenía al lado antes de acercarse al público y este le indicó que esperara a que terminara la canción para comenzar su cuestación.

Cuando acabaron, el muchacho avanzó entre los que escuchaban. Algunos echaron unas monedas; otros negaron con la cabeza. Él continuó sin insistir. Una mujer lo llamó cuando ya se alejaba y le pidió que esperase mientras buscaba en el bolso.

Entretanto, los demás preparaban la siguiente pieza. El estudiante regresó a su sitio, pero un compañero le hizo una señal: había dejado atrás a un hombre que intentaba llamar su atención. Volvió sobre sus pasos y acercó la pandereta.

La escena me permitió ver algo que no aparecía en las cifras de los periódicos. También se enseñaba a los nuevos la manera de pedir: cuándo acercarse, cuánto esperar, cómo retirarse y cómo atender a quien quería contribuir. El veterano seguía al nuevo con la mirada y lo orientaba mediante gestos, sin interrumpir la actuación.

En la siguiente parada ya no necesitó indicarle cuándo debía salir.

Más adelante, un hombre reconoció a uno de los músicos y se acercó a saludarlo. Hablaron de un antiguo integrante que había terminado sus estudios. El hombre preguntó por él y recordó una actuación a la que había asistido años atrás. El estudiante llamó a otro compañero para que escuchara.

Me quedé a unos pasos. Aquel recuerdo había reunido por un momento a quienes habían tocado entonces con quienes lo hacían ahora. El público también conservaba nombres y ocasiones que los nuevos podían desconocer.

Cuando reanudamos la marcha pregunté al muchacho de la pandereta si había salido antes a recaudar.

—Así, no.

—¿Qué te ha parecido?

—Al principio no sabía a quién acercarme.

Su compañero intervino.

—A quien quiera dar. Ya irás viendo.

Continuaron andando juntos. Guardé el cuaderno sin pedir más explicaciones. Había observado cómo una práctica antigua se aprendía en aquella salida y cómo, junto con ella, pasaban al recién llegado ciertas maneras de tratar a los demás.

En la siguiente ocasión que la tuna detuvo su paso y continuó tocando ante el público que congregaba, el muchacho esperó a que terminara la canción y salió con la pandereta sin mirar al veterano, que continuó hablando sus compañeros. La indicación anterior había bastado.

Un hombre se acercó después de dejar unas monedas. Quiso saber si aún tocaban una canción antigua que él recordaba. Tarareó el comienzo y dos muchachos intentaron identificarla. Uno le pidió que repitiera la melodía. Finalmente llamaron a un veterano.

Este la reconoció, tocando unos acordes pero no todos la sabían. Acordaron probarla en un ensayo antes de volver a tocarla en público. El hombre les dijo que procuraría escucharlos otra vez y se despidió.

Mientras recogían, pregunté si conservaban la música.

—Habrá que buscarla, antes se tocaba.

Anoté el título. Aquella petición había traído al presente una pieza que algunos de los nuevos desconocían. La recordaba alguien que los había escuchado desde fuera de la tuna y que seguía asociándola a ellos, aunque los integrantes hubieran cambiado.

Me interesó que su recuerdo pudiera influir en lo que prepararían después. El repertorio también se mantenía, o se recuperaba, porque había personas que deseaban volver a escucharlo. Tendría que esperar al ensayo para saber si aquella conversación quedaba en una promesa o conseguía devolver la canción a sus manos.

Al reanudar la marcha me acerqué al muchacho de la pandereta.

—Ya no has necesitado que te avisaran.

—Estaba pendiente de cuándo acababan.

Su compañero lo oyó y le recordó al hombre al que había dejado atrás.

—Y de mirar a todos.

El nuevo asintió, luego se adelantó para reunirse con los demás. La responsabilidad por que aprendiera las cosas debidamente era patente.

Yo continué caminando detrás. Aquella tarde había visto aprender a un nuevo y conocer los comentarios de un oyente. Ambos podían intervenir en lo que la tuna conservara para su próxima salida.

Antes de despedirme pregunté qué ocurría con lo recogido cuando viajaban a postular. Uno de los veteranos me explicó que reunían los donativos y los entregaban al tesorero designado por el Sindicato, que los acompañaba durante la gira.

—¿Anotaba la cantidad?

—Claro. Había que dar cuenta.

Mientras hablábamos, el muchacho de la pandereta vació sus monedas junto a las de los demás. Se quedó a un lado de la mesa y esperó mientras las contaban. El veterano le pidió que acercara las que habían quedado dentro. Volvió a inclinar la pandereta y cayó una más.

—Mira siempre antes de guardarla.

El muchacho pasó la mano por el interior y la dejó sobre una silla. No necesitó que le recordaran que debía esperar al reparto de las tareas que faltaban. Otro compañero fue a buscar el papel donde anotarían lo recogido.

Acompañé al estudiante hasta mi alojamiento. Le pregunté por el hombre que había pedido la canción. No lo conocía, aunque un veterano recordaba haberlo visto en otra actuación.

—La buscaremos —me dijo—. Si vuelve, habrá que saberla.

Me dejó en la puerta y se marchó con su instrumento. Esperé a que doblara la esquina antes de entrar. A la mañana siguiente tenía que terminar unas consultas y preparar el regreso a Murcia.

La última tarde pasé a despedirme. El muchacho que me había presentado en 1947 me dio una carta para su amigo. La llevaba abierta y me preguntó si podía añadir una noticia antes de cerrarla. Había recibido una dirección de trabajo para un compañero que acababa de terminar sus estudios.

—Por si le sirve cuando vaya.

Esperé mientras escribía. Después me pidió que entregara el sobre en mano. Lo guardé con mis papeles.

Al volver a Murcia busqué al destinatario y le conté lo sucedido. Se quedó leyendo junto a mi mesa. Cuando terminó, volvió a la primera página.

—Voy a escribirle esta misma tarde.

Le pregunté si conocía al compañero que buscaba trabajo. Lo recordaba de una visita anterior y sabía dónde podía encontrarlo. Se ofreció a hacerle llegar aquella dirección.

Después de despedirlo extendí mis notas de Madrid. Las hojas cifradas, la manera de pedir donativos y la ayuda que continuaba después de terminar los estudios habían dejado rastros distintos. Algunos los había visto; otros los conocía por cartas o conversaciones. Anoté la procedencia de cada uno antes de guardarlos.

Volví a la frase de 1946: última y no extirpada supervivencia del carnaval. Había podido acompañar a unos estudiantes que seguían tocando dentro de la organización del Sindicato. En Murcia llevaba años sin asistir a un ensayo. No podía explicar una situación con la otra.

La explicación de los sopistas permanecía pendiente. La había escuchado en ambas ciudades, pero todavía no encontraba el camino por el que había llegado a los veteranos. Dejé a un lado las notas de las actuaciones y abrí la carpeta de los artículos antiguos.

También debía averiguar cómo había llegado aquella indumentaria de unas agrupaciones a otras. La intervención del SEU no explicaba la combinación de prendas de 1878 ni el pasado que después se les había atribuido.

El recorte permanecía encima. Bajo la lámpara volví a leer las palabras que había señalado:

Abigarrada y ecléctica.

Capítulo 4. Una tuna para cada distrito

El material que había recogido hasta 1950 me llevó a ordenar las noticias según las tunas sobre las que aportaban datos. Hasta entonces las había guardado siguiendo las fechas, pero ese orden me obligaba a recorrer demasiadas páginas cada vez que quería comprobar qué había ocurrido en una ciudad. Preparé una carpeta para Murcia y fui separé las demás en carpetas diferentes.

Al copiar los nombres en las cubiertas advertí una dificultad. Una misma ciudad aparecía junto a denominaciones distintas. En unas noticias encontraba la referencia a una tuna universitaria; en otras, a una estudiantina del SEU; y en algunas, a una tuna del distrito.

Pero aquellas eran las denominaciones que había publicado la prensa. Eran datos que podían proceder del responsable de prensa o de relaciones públicas del SEU, que habría facilitado el nombre al periódico; que podían reproducir lo escrito en la bandera de la tuna; o responder a la manera en que el reportero había redactado la crónica. En la mayoría de los recortes no encontraba cómo distinguir esas posibilidades.

Antes de atribuir un cambio de nombre a los estudiantes o al Sindicato, tendría que averiguar quién había puesto aquellas palabras en la noticia.

Entre los papeles antiguos encontré la noticia de una visita a la redacción de ABC, publicada el 6 de febrero de 1944. Allí figuraba la Tuna del Distrito Universitario de Madrid. La aparté para compararla con las referencias al SEU que seguían apareciendo.

La palabra distrito me era familiar por mi trabajo en la Universidad. Lo que necesitaba averiguar era qué significaba dentro del nombre de una tuna. ¿Indicaba a quién representaba? ¿Quiénes podían pertenecer a ella? ¿Era otra manera de llamar a la agrupación del Sindicato?

Busqué después las noticias de Murcia. Conservaba referencias a la Tuna del SEU desde 1939 y una de 1942 que hablaba de la tuna del distrito. Ambas expresiones también podían aparecer en la misma noticia, por lo que pensé que eran dos maneras de referirse a la misma tuna.

Dejé los recortes extendidos y preparé una hoja con tres columnas: fecha, denominación y procedencia de los estudiantes. La tercera quedó casi vacía. Los periódicos solían contar dónde habían tocado, pero no siempre decían en qué centros estudiaban sus integrantes.

Tendría que preguntar.

En 1951 volvieron a organizar la tuna en Murcia. La noticia de su actuación en el Teatro Gran Vía de Madrid llegó hasta mi carpeta; poco después, un alumno me avisó de que se reunían para ensayar.

Cuando acudí, reconocí a pocos. Uno de los antiguos integrantes había llevado unas hojas de música y estaba ayudando a los nuevos. Me acercaron una silla. Volví a abrir el cuaderno por las notas de 1939, pero dejé una página nueva para los nombres de quienes acababa de conocer.

La ocasión llegó al encontrarme con uno de los muchachos después de clase. Le mostré la hoja y señalé las dos denominaciones murcianas.

—Cuando os presentan, ¿cómo os llaman?

Las leyó antes de responder.

—Depende de quién nos presente.

—¿Y vosotros?

—La tuna de Murcia.

Sonreí. Para él bastaba con eso; para mí, cada palabra empezaba a plantear una pregunta.

—¿Hay estudiantes de distintas facultades?

Comenzó a enumerar compañeros y estudios. Tuve que pedirle que fuera más despacio para anotarlos. Algunos nombres me resultaban conocidos; otros pertenecían a muchachos con los que apenas había hablado.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Quiero entender a quién reúne la tuna y a quién representa cuando sale.

El estudiante volvió a mirar los recortes.

—Eso quizá tenga que preguntárselo al delegado.

Guardé la hoja. Podía averiguar con los muchachos cómo se habían incorporado y de quién aprendían. Para conocer qué representación se atribuía a la agrupación, tendría que volver a seguir el cauce del Sindicato.

Busqué al delegado unos días después. Llevaba conmigo la hoja y los recortes, pero preferí comenzar por una pregunta.

—Cuando salís de Murcia, ¿a quién representáis?

—A la Universidad.

—¿Y por qué unas veces aparece el SEU y otras el distrito?

Le mostré las noticias. Las leyó antes de devolvérmelas.

—La tuna es la misma.

—Eso había pensado. Lo que quiero saber es quién facilita el nombre cuando se anuncia una actuación.

Me pidió que le dejara las referencias para comprobarlo. No podía decirme cómo habían llegado al periódico aquellas denominaciones de años anteriores. Copié las fechas en otra hoja y conservé los recortes.

Antes de marcharme le pregunté si podían incorporarse estudiantes de distintas facultades.

—Sí.

Antes de marcharme le hice otra pregunta.

—¿Todos los que salen a tocar con vosotros están matriculados en la Universidad?

Dejé los recortes sobre la mesa.

—Quiero decir si alguna vez invitáis a alguien que no lo esté para participar en una actuación.

El delegado dejó de mirar los recortes.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque quiero saber cómo se decide quién puede salir con la tuna.

Acercó las dos hojas y las dejó juntas sobre la mesa.

—Tendría que consultarlo.

—¿Con quién?

—Con la superioridad. También lo de los nombres. Necesito que me indiquen qué puedo responderle.

Hasta entonces había leído las noticias y contestado sin demasiada demora. Ahora parecía preocupado por el alcance de mis preguntas. Le dije que podía esperar y que le dejaría por escrito lo que necesitaba saber.

—Sí, será mejor.

Las escribí allí mismo. Cuando le entregué la hoja, volvió a leerla antes de guardarla con las referencias de prensa. Nos despedimos sin añadir nada más.

No anoté aquella reserva como respuesta a mi pregunta sobre los participantes. El delegado no había dicho que invitaran a personas ajenas a la Universidad, ni que dejaran de hacerlo. Iba a consultar antes de contestar, tendría que esperar.

Salí sin haber resuelto el origen de los nombres, pero con una tarea más concreta.

Pasaron algunos días hasta que pude dedicarle algún tiempo al tema.

En el siguiente ensayo me dispuse a anotar las facultades y cursos de los muchachos de la tuna a medida que iban llegando. Uno quiso saber si estaba preparando una lista para el Sindicato.

—No. Son notas para mí, trato de entender cómo se forma la tuna.

—Pues apunte también quién nos trae —dijo otro.

Le pregunté qué quería decir. Señaló a su compañero.

—Yo vine por él.

—Este no me dejaba en paz y al final vine —me indicó un tercero, señalando a otro de los muchachos.

—Y ahora llegas antes que yo —respondió el señalado.

Se rieron ambos.

Otros comenzaron a recordar quién los había invitado a su primer ensayo. Un compañero de clase, un amigo, alguien con quien compartían alojamiento. Uno señaló al estudiante que tenía al lado. Añadí esas relaciones junto a los estudios. El nombre del distrito indicaba a quién representaban; aquellas conversaciones empezaban a mostrarme cómo llegaban los muchachos a formar parte del grupo.

El muchacho miró los nombres que había escrito.

—¿Para qué necesita el curso?

—Para saber quiénes estáis ahora y cuánto tiempo podéis seguir aquí antes de terminar los estudios.

Me dijo el suyo y señaló a un compañero que acababa de entrar.

—Él está terminando. Apúntelo antes de que se nos vaya.

El aludido dejó el instrumento sobre una silla.

—Primero tendré que aprobar.

La conversación hizo que otros se acercaran. Uno recordó a un antiguo integrante que había continuado acudiendo a los ensayos después de acabar la carrera. Le pregunté si también había salido a tocar con ellos.

—No me acuerdo. A ensayar sí venía.

Anoté su nombre para preguntarle si tenía ocasión de encontrarlo. Aquello no respondía todavía a lo que había planteado al delegado: asistir a un ensayo y participar en una presentación podían estar sujetos a condiciones distintas.

Cuando comenzaron a afinar, me aparté para dejarlos ensayar. Uno de los nuevos seguía sin aparecer. Su compañero preguntó si alguien lo había visto en clase y otro se ofreció a buscarlo al día siguiente.

La relación que había preparado para conocer la composición universitaria del grupo empezaba a mostrar también las amistades por las que los estudiantes llegaban hasta él.

Cerré el cuaderno. La lista contenía facultades y cursos, pero lo que acababa de escuchar me interesaba tanto como esos datos: alguien había animado al ausente a entrar y ahora alguien iba a preocuparse por saber por qué no había vuelto.

Pasaron algunos días.

El ensayo estaba a punto de comenzar cuando uno de los nuevos descubrió que se le había roto una cuerda. Buscó en el estuche, removió unos papeles y acabó cerrándolo.

—No tengo otra.

Un veterano sacó una de repuesto y se la ofreció.

—Toma.

—Te la pago mañana.

—Reponla cuando puedas. Así habrá para la siguiente que se rompa.

Mientras la cambiaba, otro compañero lo ayudó a sujetar el instrumento. Los demás aprovecharon para repasar el comienzo de la pieza. Nadie convirtió aquella ayuda en motivo de conversación.

Me llamó la atención la respuesta del veterano. No le había pedido que saldara una deuda con él: le había indicado cómo corresponder para que otro pudiera recibir la misma ayuda. El nuevo aprendía algo acerca de pertenecer a la tuna antes de volver a tocar.

Cuando estuvo preparado, comenzaron. Guardé el cuaderno para escucharlos. Anotaría después aquel pequeño intercambio: allí se transmitían también la solidaridad y la responsabilidad por lo que compartían, sin necesidad de nombrarlas.

Al terminar el ensayo, el nuevo guardó el envoltorio de la cuerda.



—Para comprar la misma —comentó mirándome.

Todos comenzaron a recoger. Uno tenía prisa y pidió a un compañero que se ocupara de recoger las hojas sobrantes de las canciones que habían ensayado. El compañero asintió, pero le recordó que la próxima vez le tocaría quedarse a él.

—De acuerdo.

Me quedé un instante a observarlos. Unos volvían a colocar las sillas en su lugar. Otros se repartían lo que faltaba por hacer entre bromas. Si alguien necesitaba marcharse antes, otro asumía su parte; el acuerdo incluía corresponder cuando hiciera falta.

Al salir, el veterano me preguntó si había conseguido completar la lista.

—Casi. Hoy he anotado menos.

—¿Ya tiene lo que buscaba?

—He visto otras cosas.

Le hablé de la cuerda y de lo que acababa de ocurrir al recoger. Pareció extrañarle que me hubiera fijado en aquello.

—Si no nos ayudamos nosotros...

Dejó la frase sin terminar y llamó a uno de sus compañeros, que se había olvidado unas hojas.

No le pedí que continuara. Para él, aquella obligación resultaba tan evidente que apenas necesitaba explicarla. Yo empezaba a reconocer una forma de aprendizaje que mis preguntas sobre nombres, estudios y repertorios habían dejado en segundo plano.

De regreso a casa pensé en el muchacho que se llevaba el envoltorio para reponer la cuerda. Había recibido una ayuda y una indicación sobre cómo mantenerla disponible para otro.

Si algún día hacía lo mismo con un recién llegado, transmitiría también aquella manera de entender el compañerismo.

Al llegar a casa anoté lo sucedido antes de ocuparme de las clases del día siguiente. Junto al préstamo de la cuerda recogí el acuerdo entre los dos compañeros que se habían repartido la tarea de ordenar el local. En ambos casos, recibir ayuda llevaba consigo una responsabilidad hacia los demás.

No sabía de quién había aprendido el veterano aquella manera de proceder. Podía preguntárselo, aunque quizá no recordara una ocasión concreta. Yo mismo había necesitado detenerme a observar para advertir algo que entre ellos parecía corriente.

Dejé esas notas junto a la relación de estudiantes. Había comenzado anotando facultades y cursos para conocer la composición de la tuna. Ahora me interesaba también qué aprendían al pertenecer a ella y qué conservarían cuando terminaran sus estudios.

Al día siguiente, tras el tiempo destinado a almorzar, volví a los recortes antes de impartir la siguiente clase. Seguía pendiente la respuesta del delegado. Mientras llegaba, separé las noticias que mencionaban centros concretos de aquellas que presentaban a la agrupación como representante del distrito. Quería comprobar en qué ocasiones se empleaba cada denominación: si acompañaba a una visita oficial, a un viaje, a un certamen o a una salida benéfica. Quizá el motivo de la actuación me ayudara a entender la elección del nombre.

En 1953 volvieron a interrumpirse los ensayos. Durante meses no tuve ocasión de continuar aquellas conversaciones. Si encontraba a alguno de los muchachos, preguntaba por los demás; unos habían terminado y otros esperaban reunir gente suficiente para comenzar de nuevo.

La convocatoria del concurso de Madrid volvió a acercarlos. Uno me avisó al salir de clase. Habían recuperado las hojas de las canciones y estaban buscando a quienes pudieran ayudarlos a preparar el programa.

—Venga a escucharnos, profesor. Hay unos cuantos a los que todavía no conoce.

La preparación de un nuevo viaje me ofreció la ocasión de seguir el nombre de la agrupación desde la convocatoria hasta las noticias que se publicaran después. Conservé los anuncios y decidí preguntar con qué denominación los habían inscrito.

Pronto pude seguir los preparativos de un evento de tunas. En abril de 1954, los muchachos prepararon su participación en el Concurso Nacional de Tunas de Madrid. Una tarde los encontré repasando un pasaje de Torre Bermeja, de Albéniz. Al terminar, pregunté por qué habían vuelto tantas veces sobre él.

—Esta tenemos que tocarla todos —me explicó uno.

—¿Todas las tunas que acudan?

—Sí, además llevamos otras que podemos escoger.

Me quedé a escucharlos. La pieza obligatoria les exigía resolver juntos sus dificultades antes de viajar. Uno señaló dónde perdían el compás; otro pidió comenzar unos compases antes para no acostumbrarse a ejecutar aquel fragmento separado del resto.

Cuando regresaron de Madrid, les pregunté cómo les había salido.

—Torre Bermeja la llevábamos bien preparada —respondió el estudiante—. Pero tenía que haber oído el solo de flauta de los de Madrid.

Le pedí que me contara qué le había llamado la atención. Buscó a un compañero para que me lo explicara con él. Habían escuchado a las otras tunas mientras esperaban su turno y recordaban detalles que querían comentar en el siguiente ensayo. Abrí el cuaderno: también me interesaba saber qué traían de vuelta, además del resultado del concurso.

Un día el delegado me buscó al terminar una clase. Traía un pequeño libro publicado por la Jefatura Nacional del Sindicato en 1954, titulado *Qué es el SEU*.

Me lo entregó abierto por una página dedicada a las tunas. Le di las gracias. Esperé a que añadiera algo sobre las preguntas que le había dejado, pero cerró la conversación con una despedida.

Tal vez aquella fuera su manera de responderme. En lugar de una explicación propia, ponía en mis manos lo que la Jefatura Nacional había autorizado a publicar. Por primera vez podía comparar las denominaciones de los periódicos con una relación publicada por la propia organización.

Ya en el despacho, busqué la página que me había señalado. El apartado hablaba de Tunas Universitarias y enumeraba las jefaturas del SEU donde las había.

Seguí la relación con el dedo. Barcelona, Granada, La Laguna, Madrid, Murcia... Reconocía las cabeceras de distrito, pero después encontré otras ciudades: Bilbao, Cádiz, Córdoba, La Coruña, León, Pamplona, San Sebastián y Tarrasa. Conté veinte nombres.



Saqué la relación de los doce distritos universitarios. No coincidían. La publicación situaba tunas en jefaturas que no eran cabeceras de distrito, de modo que no podía utilizar ambas listas como si describieran la misma distribución.

El párrafo siguiente añadió otra dificultad. Mencionaba tunas de centros concretos: en Barcelona, una formada conjuntamente por alumnos de las Escuelas de Ingenieros y Peritos Industriales; en Madrid, agrupaciones de varias facultades y centros; en Cartagena, la de la Escuela de Peritos Industriales.

Me detuve en esta última. Cartagena pertenecía al distrito universitario de Murcia. Allí podía haber una tuna vinculada a una escuela sin que dejara de existir la agrupación que representaba al distrito. Tendría que prestar atención a las dos.

Copié la relación completa, después volví al encabezamiento. No decía Tunas de Distrito. Esa expresión aparecía en algunos de mis recortes, pero la Jefatura Nacional seguía empleando Tunas Universitarias en su publicación de 1954. Para el Sindicato seguían siendo Tunas Universitarias, las Tunas Universitarias del SEU.

El delegado me había proporcionado información oficial y la que podía utilizar aunque mis preguntas continuaran sin respuesta. El librito indicaba dónde había tunas; no explicaba por qué la prensa alternaba sus nombres ni aclaraba si podía participar en una actuación alguien que no estuviera matriculado.

Dejé un marcador entre sus páginas para encontrar fácilmente el apartado y abrí la carpeta de Murcia. Busqué después las noticias de Cartagena. Hasta entonces las había seguido por separado. Ahora quería averiguar si sus estudiantes se encontraban, compartían piezas musicales o participaban juntos en algún acto.

En mi siguiente visita al ensayo pregunté si alguno conocía a los muchachos de Peritos Industriales.

—Yo conozco a uno —respondió un estudiante.

—¿Toca en la tuna de su escuela?

—Sí.

Aquella respuesta me confirmaba que la Tuna de Peritos Industriales de Cartagena y la Tuna Universitaria del SEU de Murcia, también llamada Tuna del SEU de Murcia, estaban activas al mismo tiempo. Lo anoté. Le pedí que me avisara si volvía a verlo

—¿Quiere que le pregunte algo? —añadió.

—Cómo empezaron y si alguno ya había tocado en una tuna cuando se reunieron por primera vez.

El estudiante me pidió una hoja para apuntarlo. Escribí también otra pregunta: quién había enseñado a los nuevos.

—Eso puedo preguntárselo cuando lo vea.

Había seguido hasta entonces la llegada de estudiantes a una agrupación. Cartagena me ofrecía la posibilidad de conocer el repertorio de canciones de otra y si las aprendían de la misma manera que los de Murcia.

El librito del SEU acreditaba su existencia, pero no daba respuesta a mi curiosidad. No explicaba cómo habían conseguido instrumentos, preparado las primeras piezas o aprendido a organizar una salida. Tampoco si podían recurrir a personas que los ayudaran desde fuera. Dejé esas posibilidades abiertas.

Mientras esperaba, añadí a la carpeta de Murcia una separación para Cartagena. No quería que la pertenencia a un mismo distrito me hiciera confundir sus actividades. Había dos agrupaciones y necesitaba seguir los nombres de sus integrantes, sus actuaciones y las relaciones que pudiera documentar entre ellas.

Volví después a las notas del ensayo. El compañero que conocía al estudiante de Peritos Industriales podía ponerme en contacto con él sin que hubiera mediado el Sindicato.

En la hoja reservada a Cartagena anoté el nombre de quien se había ofrecido a preguntar. Debajo dejé espacio para la respuesta. Quería saber si la música y las maneras de hacer que observaba en Murcia habían llegado también hasta aquella escuela, o si sus estudiantes habían encontrado otros caminos para aprenderlas.

La respuesta llegó en una hoja doblada que el estudiante me entregó antes de clase. Su conocido había contestado algunas preguntas y se ofrecía a hablar conmigo si iba a Cartagena.

Leí la hoja en el despacho. Mencionaba a quienes sabían tocar cuando comenzaron y a otros que fueron aprendiendo con ellos. Sin embargo, no precisaba dónde habían adquirido sus conocimientos los primeros. Aquella diferencia me importaba: saber tocar un instrumento podía facilitar el comienzo, pero todavía quería averiguar de quién habían recibido las piezas y las costumbres de la agrupación.

Acepté el ofrecimiento y pedí que me indicaran cuándo podría encontrarlo. Preparé las preguntas procurando que no sugirieran las respuestas. No quería llevar a Cartagena una explicación construida únicamente a partir de lo que había observado en Murcia.

Cuando pude hacer la visita, el muchacho me recibió con otros dos compañeros. Llevé el librito del SEU y les mostré la página donde figuraba su escuela. Uno de ellos se inclinó para leerla.

—Aquí estamos.

Después reconoció los nombres de otras ciudades y comenzó a preguntar por sus tunas. La relación que yo había utilizado para localizarlo despertaba ahora su curiosidad por agrupaciones a las que nunca había escuchado.

Les pregunté con cuáles mantenían contacto. Mientras respondían, fui anotando nombres de personas, ocasiones en que se habían encontrado y materiales que habían intercambiado. Cuando alguno decía «nos enseñaron», le pedía que precisara quién y qué.

En un momento de la conversación, uno sacó unas hojas de música para mostrarme cómo trabajaban. Su compañero buscó otras y las juntó con las primeras. Antes de entregármelas revisó que no faltara ninguna.

—Estas déjelas juntas. Si se pierde una, al siguiente le faltará la mitad.

Anoté la indicación después de devolverle los papeles. En Murcia había observado cómo se prestaban ayuda durante los ensayos; allí encontraba también el cuidado de lo que otros

necesitarían para aprender. Cada agrupación tenía personas y circunstancias propias, pero empezaba a reconocer conductas semejantes.

Antes de despedirme volví a la pregunta que el librito no había resuelto.

—Cuando no sabíais hacer algo, ¿a quién acudíais?

Uno de los muchachos señaló a su compañero.

—Para la música, a él.

El señalado se rio.

—Cuando sabía. Si no, tenía que buscar quién me ayudara.

—¿En la escuela?

—No siempre.

Le pregunté si aquellas personas salían después a tocar con ellos.

—Una cosa era que nos echaran una mano y otra venir con la tuna.

Le pedí que me contara algún caso. Mientras hablaba fui distinguiendo en mis notas a quien enseñaba, a quien prestaba material y a quien participaba en las actuaciones. Había reunido esas posibilidades en una misma pregunta, pero sus respuestas me obligaban a separarlas.

—¿Y qué hacíais cuando os faltaba alguien para salir?

Se miraron antes de responder.

—Depende de quién faltara. A veces había que cambiar lo que íbamos a tocar.

La conversación pasó al reparto de las piezas musicales. Si uno no podía acudir, los demás tenían que preparar su parte o escoger otra pieza. Les pregunté cuánto tiempo necesitaban para resolverlo. Uno dijo que algunas veces apenas tenían unos días y semanas en otras ocasiones.

—Entonces hay que venir a ensayar —añadió su compañero.

Lo dijo mirando al tercero, que sonrió.

—Ya he aprendido.

No les pedí que explicaran la broma. Había quedado claro que la ausencia de uno podía exigir trabajo a los demás y que estos esperaban poder contar con él. La responsabilidad hacia el grupo aparecía en una dificultad concreta, ligada a una actuación que querían sacar adelante.

Antes de marcharme les pregunté qué nombre utilizaban cuando anunciaban sus salidas.

—El de la escuela, ¡somos la Tuna de Peritos de Cartagena!

Copié la respuesta junto a la referencia del librito. Compartían el distrito universitario con Murcia, se presentaban por el centro al que pertenecían aunque el distrito daba cabida a ambas agrupaciones. Esto me enseñó que para comprender su vida cotidiana tenía que seguir a cada una.

En el viaje de regreso repasé las notas. La ayuda podía llegar de fuera sin que quien la prestaba se incorporara a la tuna. Esa distinción me permitiría formular mejor mi pregunta al delegado cuando volviera a encontrarlo.

Al llegar al despacho extendí la relación de Murcia junto a las notas de Cartagena. En ambas había estudiantes que aprendían de otros y se comprometían a preparar lo necesario para salir juntos. También encontraban ayuda fuera de la agrupación. El nombre con que se presentaban decía a qué institución pertenecían, pero no recogía todas las relaciones que hacían posible su actividad.

Volví al librito del SEU. Había comenzado buscando una correspondencia entre tunas y distritos; su relación me había llevado hasta una escuela donde existía otra agrupación. Tendría que conservar esa diferencia al ordenar las noticias. Una tuna podía representar al distrito sin reunir por ello a todos sus músicos ni sustituir a las de sus centros.

Dejé las fichas de Cartagena en su apartado y añadí los nombres de los estudiantes con quienes había hablado. Quería poder volver a preguntarles cuando cambiaran sus integrantes. También allí llegaría el momento en que quienes me habían recibido terminaran sus estudios y otros tuvieran que ocuparse de enseñar, guardar los papeles y preparar las salidas.

La cuestión de quién podía participar seguía sin una respuesta precisa. No volvería a plantearla como si prestar una ayuda, acudir a un ensayo y salir en una actuación fueran lo mismo. La conversación de Cartagena me había permitido distinguirlos.

Antes de guardar el librito reparé en que la página sobre las tunas comenzaba a doblarse por el uso. La alisé y lo dejé junto al cuaderno. El delegado me lo había entregado para que leyera lo publicado por la Jefatura Nacional. De aquella lectura habían salido preguntas que solo los estudiantes estaban ayudándome a responder.

Guardé las notas de Cartagena en la carpeta asignada a Murcia. Antes de cerrarla volví a mirar las denominaciones que había copiado de la prensa. No sabía por qué unas comenzaban a ganar terreno sobre otras, el librito del Sindicato tampoco lo explicaba y ya no podía imaginar una tuna para cada distrito como si aquella distribución bastara para comprenderlas.

Dentro de un mismo distrito había agrupaciones de distintos centros, y en cada una los estudiantes encontraban maneras de aprender, ayudarse y preparar sus actuaciones.

Pensé en el muchacho que se había llevado el envoltorio de la cuerda. Quizá algún día prestara una a otro recién llegado y le pidiera que la repusiera para el siguiente. Quienes terminaran sus estudios dejarían esas enseñanzas entre sus compañeros y se llevarían consigo recuerdos de lo vivido.

Cerré la carpeta. Seguía sin saber quién había decidido llamarla tuna del distrito, empezándome a parecer que fue cosa de la prensa. Sabía, en cambio, algo más de lo que significaba para aquellos muchachos formar parte de ella.

Capítulo 5. La tuna reglamentada desde fuera

En marzo de 1955, la relación de facultades y cursos que había preparado por curiosidad adquirió otro significado. Una circular de la Dirección General de Seguridad exigía la expedición de una autorización por escrito, que se concedería previo informe favorable del SEU, para que las tunas pudieran actuar y desfilar por la vía pública. Ese permiso lo expedía el Gobierno Civil debía ir acompañado de una relación nominal de sus integrantes, con sus domicilios, sus números de DNI y las facultades donde estudiaban.

Leí el texto de la disposición. Yo había preguntado por sus estudios para conocer a los muchachos. La disposición exigía que se aportara esos datos para identificarlos cuando salieran a tocar.

Busqué quién debía llevar la autorización, era el jefe de la tuna. Los agentes del orden podían pedirle que la exhibiera y debían denunciar las infracciones ante la autoridad gubernativa. Tras aquella exigencia —pensé— podía esconderse el deseo del Régimen de controlar y limitar el número de salidas de las tunas.

Eran universitarios, jóvenes capaces de pensar por su cuenta, que podían recorrer las calles tocando y cantando hasta altas horas de la noche. De repente recordé la reforma de la Ley de Vagos y Maleantes que había entrado en vigor el año anterior. La ley procedía de 1933, de la Segunda República, y la modificación de 1954 había ampliado sus previsiones sobre conductas consideradas perturbadoras de la paz social o de la tranquilidad pública. No sabía si aquella reforma había influido en la circular, pero me pregunté cómo interpretarían los agentes una salida nocturna de los muchachos y qué podía ocurrir si no llevaban la autorización.

Dejé el papel sobre la mesa. Hasta entonces había seguido el cauce del Sindicato para comprender cómo se preparaban las salidas. Ahora encontraba, además, una exigencia de la Dirección General de Seguridad que alcanzaba a la actuación en la calle.

En el siguiente ensayo pregunté a los muchachos si conocían la circular. Uno de los veteranos me dijo que estaban preparando la relación.

—¿Con todos los que venís a ensayar?

—Con los que vayamos a salir.

—¿Y si alguno no puede acudir y viene otro?

El estudiante dejó de ordenar las hojas.

—Habrá que consultarlo.

No insistí. Recordé las veces que los había visto cambiar una pieza porque faltaba alguien. Ahora quería saber qué ocurriría si participaba alguien cuyo nombre no figurara en la documentación de la salida. En cualquier caso, este nuevo requisito frenaba la espontaneidad de sus salidas: debían solicitar la autorización y obtenerla antes de salir.

La conversación quedó pendiente. Meses después, una Orden fechada el 12 de noviembre trataba de la organización y el funcionamiento de las tunas. Su contenido me obligó a buscar la circular de marzo. Las leí siguiendo su orden de emisión. La circular les exigía disponer de una autorización por escrito para salir en una fecha determinada y presentar previamente los nombres y datos personales de quienes participarían. La Orden de noviembre les imponía desde fuera una determinada organización interna y manera de funcionar.

Busqué primero lo relativo al jefe. Los muchachos me habían recordado que era él quien debía llevar la autorización. Antes lo elegían ellos; ahora la nueva orden atribuía al SEU su designación. Volví a leer ese punto antes de continuar.

En mi siguiente visita esperé a que terminaran de ensayar y me acerqué al jefe.

—He leído la orden de noviembre. ¿Cómo llegó usted a ocupar este puesto?

Me preguntó qué quería saber.

—Si sus compañeros lo propusieron antes de que el Sindicato lo nombrara.

Tardó un momento en responder.

—El nombramiento lo hace el SEU.

—Eso dice la orden, le pregunto qué ocurrió antes.

Miró hacia los muchachos que aún recogían sus instrumentos. Bajé la voz. Quizá mi pregunta lo obligaba a explicar algo que prefería dejar en los términos de la disposición.

—Quiero conocer cómo se decidió —añadí.

—Tendría que hablar con el delegado.

No insistí. La orden me decía quién tenía la facultad de nombrarlo; su respuesta me hizo sospechar que el Sindicato había decidido sin consultar a sus compañeros, aunque todavía no podía asegurarlo. Guardé esa pregunta para cuando pudiera volver a hablar con el delegado.

Las preguntas que había dejado al delegado —quién podía participar, quién decidía y ante quién respondían— empezaban a encontrar respuestas por escrito.

Me pregunté qué harían cuando la ocasión de tocar surgiera durante una reunión, después de clase o al encontrarse varios compañeros. Hasta entonces había prestado atención a las salidas que podían prepararse con tiempo. La circular me obligaba a pensar también en las que nacían de una decisión tomada en el momento.

En mi siguiente conversación con los muchachos planteé un caso.

—Si esta tarde os reunís y decidís salir a dar una serenata, ¿qué hacéis?

Uno miró al compañero que tenía al lado.

—Preguntar si podemos.

—¿Solicitando autorización por escrito y presentando al mismo tiempo la relación de quienes saldrían?

—Sí, el permiso es para una fecha concreta.

—Entonces no podéis decidirlo esta tarde y salir sin más.

—No parece, antes hay que pedirlo y tenerlo.

Pensé en la serenata que había puesto como ejemplo, pero la ocasión podía surgir de pronto y aprovecharla exigía una autorización previa. Este dilema les haría aplazar la salida, renunciar a ella si el permiso no llegaba a tiempo o salir sin tenerla, arriesgándose a las consecuencias al salir sin ella y un agente se las pedía.

—¿Y si alguno propone salir sin el permiso? —pregunté.

—El que tiene que enseñarlo es el jefe —respondió uno.

Otro dejó de ajustar las clavijas de su instrumento.

—Pero salimos todos.

No añadí nada. Habían señalado dos cosas distintas: quién debía llevar la autorización y quiénes podían verse afectados por la decisión de prescindir de ella. Quise saber si habían hablado de aquello entre ellos.

—Nos han dicho que avisemos con tiempo cuando queramos salir.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso tendrá que preguntárselo al jefe.

Lo buscaría después. Me interesaba conocer qué debían hacer desde que proponían una salida hasta que recibían el permiso. La circular establecía la obligación, pero aún ignoraba cuánto tardaba en cumplirse y qué ocurría cuando la respuesta llegaba demasiado tarde.

Los muchachos comenzaron a tocar y me quedé escuchándolos.

Durante una pausa, uno recordó una serenata que querían dar.

—Habrà que decidir el día —dijo su compañero.

—¿A quién vais a cantarle? —pregunté.

—A la madrina.

Elegían una cada año y solían ofrecerle serenatas. También las daban a muchachas de su edad, especialmente en los colegios mayores. Quise saber si habían hablado ya con ella.

—Todavía tenemos que ponernos de acuerdo.

—Y ver quiénes podemos ir.

Antes de avisarla necesitaban acordar una fecha y reunir los nombres para solicitar el permiso. Les pedí que me dijeran cuándo lo habían presentado. Quería seguir los preparativos y saber si la autorización llegaba a tiempo para la noche elegida.



Durante una pausa, uno volvió a sacar el tema de la serenata que querían darle a la madrina.

—Tenemos que decidir el día de la serenata a la madrina—recordó.

Elegían una cada año. Su ayuda podía consistir en un donativo o en hacerse cargo de una nueva bandera, bordándola ella misma o pagando su confección. La serenata también se concertaba: acordaban cuándo irían a cantar bajo su balcón y ella les tenía preparados los refrigerios que les ofrecería al invitarlos a pasar.

—Y ver quiénes podemos ir —añadió otro.

Aquella salida requería ponerse de acuerdo con ella, además de reunir a los muchachos. La autorización debía corresponder a la fecha y las horas convenidas. No era un asunto menor. Al solicitar el permiso debían indicar la hora y el lugar del inicio de la marcha, las calles por las que pasarían y el domicilio de la madrina. Solían ir tocando en formación por la vía pública, y también debían precisar la hora y la ruta de regreso hasta el punto donde se disolvería el grupo.

También ofrecían serenatas a muchachas de su edad, especialmente en los colegios mayores. La que ahora estaban organizando me permitiría seguir una salida concertada y conocer qué ocurría desde que fijaban el día hasta que podían acudir. Les pedí que me avisaran cuando presentaran la solicitud.

Llegados a estos momentos, mi relación con los integrantes de la tuna era tan fluida como si yo fuese un integrante más.

Unos días después, el jefe me dijo que habían presentado la solicitud. Le pregunté si la madrina conocía ya la fecha.

—Sí, ahora esperamos la emisión del permiso.

—¿Y si no llega?

—Habrá que avisarla, no podemos a dejarla esperando con todo preparado. En tal caso deberemos concertar otra fecha y solicitar otro permiso.

En el siguiente ensayo repasaron las piezas que cantarían bajo su balcón. Uno de los nuevos preguntó si, después de entrar, seguirían tocando.

—Si nos lo pide, por supuesto.

—¿Las mismas?

Un veterano le indicó otras piezas que convenía preparar. El muchacho buscó las hojas y las dejó junto a las que estaban usando.

La visita tenía sus propias atenciones. Había que llegar puntualmente a la hora acordada, agradecer la ayuda y estar dispuestos a prolongar la música si ella quería escucharlos. El nuevo iba conociendo esas obligaciones mientras preparaba las canciones, entre indicaciones que sus compañeros daban por sabidas.

Antes de marcharme pregunté por la bandera.

—La está preparando la madrina —me dijeron.

Quise saber qué ocurría con la anterior.

—Esa se guarda.



La respuesta me hizo pensar en cuánto podía durar la ayuda recibida. El refrigerio terminaría aquella noche; la bandera los acompañaría en otras salidas, quizá cuando algunos de aquellos estudiantes ya hubieran dejado la Universidad.

La víspera de la serenata, uno de los muchachos me confirmó que habían recibido la autorización. Me acerqué a verlos partir a la hora convenida. El jefe llevaba los papeles y comprobaba quiénes habían llegado. Un estudiante preguntó por un compañero que aún faltaba.

—Ya viene —respondió otro, señalándolo al fondo de la calle.

Esperaron a que se incorporara. Cuando estuvieron todos, se colocaron en tres filas para iniciar la marcha. Cada fila iba presidida por un panderetista. A cada uno le seguían quienes tocaban las bandurrias y los laúdes; los guitarristas completaban el resto de la formación. Quienes no tocaban ningún instrumento se colocaban al final, en lo que ellos llamaban el coro.

Reconocí entre ellos al nuevo que había preguntado qué tocarían después de entrar en casa de la madrina. Buscó su sitio junto a un veterano y atendió a la señal de comienzo.

Los seguí durante un trecho. A su paso, su música llenaba de cabezas las ventanas y de siluetas los balcones. Algunos transeúntes se detenían al oírlos. Al llegar al domicilio, se acomodaron bajo el balcón, al que salió la madrina nada más escucharlos. Se quedó allí hasta que terminó la pieza. Después los invitó a subir.

En ese momento me despedí. Antes de entrar, el jefe recordó a los muchachos la hora a la que tendrían que iniciar el regreso. La invitación podía prolongarse, pero en la solicitud habían fijado también la hora de vuelta.

Uno de los veteranos se quedó junto a la puerta mientras pasaban los demás. Un muchacho quiso dejar su instrumento apoyado en la pared para ayudar a llevar otro.

—Dámelo, tú lleva ese.

Subieron detrás de sus compañeros. Eran pequeños cuidados que apenas interrumpían la conversación. El nuevo, que ya había comenzado a subir, volvió para recoger lo que quedaba.

Regresé a casa pensando en la visita. Habían conseguido preparar la salida, obtener el permiso y cumplir lo acordado con la madrina. La autorización condicionaba sus movimientos; entre ellos seguían resolviendo cómo repartirse el trabajo y atender a quien los recibía.

La conversación sobre las salidas quedó pendiente.

Continué leyendo aquella Orden. Al llegar a lo relativo a las tunas de facultad o escuela, busqué las notas que había tomado sobre Peritos Industriales de Cartagena. El librito del Sindicato había recogido su existencia el año anterior. Ahora la disposición restringía la formación de aquellas agrupaciones y la sometía a una autorización excepcional.

No sabía qué supondría para una tuna que ya estaba funcionando. Volví a leer el pasaje, buscando si debía entender que los muchachos de Cartagena podían continuar como hasta entonces o si también ellos tuvieran que obtener una nueva conformidad.

Ahora también se requería una decisión constituir una tuna, ya no les correspondía tomar solo a los estudiantes.

—¿Aunque todos fueran estudiantes?

—Aunque lo fueran.

Volví a la Orden. Al llegar a lo relativo a las tunas de facultad o escuela, busqué las notas que había tomado sobre Peritos Industriales de Cartagena. El librito del Sindicato había recogido su existencia el año anterior y ahora la disposición restringía la formación de aquellas agrupaciones y la sometía a una autorización excepcional.

No sabía qué supondría para una tuna que ya estaba funcionando. Volví a leer el pasaje, buscando si debía entender que los muchachos de Cartagena podían continuar como hasta entonces o si también ellos tuvieran que obtener una nueva conformidad.

En mi siguiente encuentro con el delegado llevé ambas publicaciones. Abrí primero el librito por la relación de tunas y señalé la de Peritos Industriales.

—Estos muchachos ya tenían su agrupación cuando se publicó esto.

Asintió.

Después le mostré la Orden.

—¿Qué ocurre ahora con ellos?

Leyó las líneas que le indicaba.

—Habrán que saber qué les han comunicado.

—¿La disposición cambia algo para las tunas que ya existían?

Dejó el librito sobre la mesa.

—No puedo decirle cómo van a aplicarla en Cartagena.

—¿Y aquí podrían los estudiantes de una facultad formar la suya?

Esta vez volvió al texto.

—Tendrían que solicitarlo. No bastaría con que se reunieran y decidieran salir.

Hasta entonces había seguido a los muchachos desde la invitación de un amigo hasta su incorporación al ensayo. Aquella respuesta me llevaba a un momento anterior: podían encontrar compañeros, disponer de instrumentos y aprender unas piezas, pero constituir otra tuna requería una decisión que no les correspondía tomar solos.

—¿Aunque todos fueran estudiantes?

—Aunque lo fueran.

Guardé las publicaciones. Quería volver a hablar con el muchacho de Cartagena. Me había contado cómo habían conseguido empezar; ahora necesitaba saber si les habían dicho algo sobre la continuidad de su agrupación.

Una mañana el estudiante con el que hablaba habitualmente me dijo que su compañero de Cartagena vendría a verlo aquella semana que podríamos conversar al terminar las clases. El día del encuentro llevé conmigo las notas y una copia de la Orden.

—¿Os han dicho algo sobre esto?

Lo leyó antes de responder.

—Yo no he visto ningún papel. Se lo preguntaré a quien lleva esos asuntos.

—¿Seguís ensayando?

—Sí, tenemos pendiente una actuación que tendrá lugar dentro de poco.

Le pedí que me avisara cuando supiera algo. Después le pregunté por los compañeros con los que había comenzado, diciéndome que —como en todas las tunas— algunos seguían y otros estaban próximos a terminar los estudios.

—Uno ya nos ha dicho que no estará en el curso que viene.

—¿Y quién se ocupará de lo que hace él?

—Ya se está enseñando a otro.

Recordé que en nuestro primer encuentro me habían hablado del esfuerzo que les había costado preparar las primeras piezas.

—Sí, hay canciones que las empieza él. Si él falta, nos cuesta más.

—¿El otro está aprendiendo esas entradas?

—Y a dar la señal. No sirve que se la sepa si los demás no sabemos cuándo empezar.

Mientras hablábamos, sacó una hoja doblada y me mostró la lista de piezas que preparaban. Junto a dos títulos habían escrito un nombre.

—Estas las comenzará el nuevo en el próximo ensayo.

Le devolví la hoja. No esperaban a que faltara su compañero para buscar cómo reemplazarlo. Todavía podían escucharlo, probar delante de él y corregir lo que no saliera bien.

Antes de despedirse, el estudiante volvió a mirar la copia de la Orden.

—¿Puedo llevármela?

Le dije que sí. La dobló junto a la lista de canciones y prometió hacerme llegar la respuesta.

Cuando se marchó, anoté el nombre del muchacho que estaba aprendiendo a comenzar aquellas piezas. Quería conocerlo si volvía a Cartagena. Me interesaba saber qué dificultades encontraba al tener que orientar a quienes, hasta hacía poco, lo habían orientado a él.

Pasaron varios días antes de que el estudiante volviera a hablarme de su compañero cartagenero.

—Ha enseñado la Orden al jefe. Ya la conocía.

—¿Y qué le ha dicho?

—Que están consultando lo de la escuela. Todavía no le ha dado una respuesta.

Le agradecí que me lo comunicara. No podía avanzar en aquel punto hasta que supieran cómo debían proceder. Entretanto, continué leyendo los demás apartados de la disposición.

Pocos días después fue otra disposición de aquella Orden la que ocupó mi atención. Me detuve en el apartado dedicado a la bandera. En ella se disponía que una cara llevara en la enseña del Sindicato y en la otra el color del distrito universitario. Recordé la que estaba preparando la madrina. Había preguntado quién la hacía y qué conservarían de la anterior, pero no qué indicaciones había recibido para bordarla.

En mi siguiente visita busqué al muchacho que me había hablado de ella.

—¿Le habéis llevado un dibujo a la madrina?

—Sí, tenía que saber cómo hacerla.

—¿Quién lo preparó?

Me remitió al jefe. Esperé a que terminara de hablar con sus compañeros y le expliqué qué quería ver.

—Las indicaciones para la bandera. He leído lo que dispone la Orden.

Buscó entre los papeles que guardaban y me mostró el dibujo. Lo extendimos sobre una silla. Mientras lo examinaba, uno de los estudiantes se acercó y señaló dónde iría la enseña.

—Esto es lo que le hemos llevado.

—¿Y la bandera anterior era igual?

Fue a buscarla. Al desplegarla, los demás apartaron los instrumentos para que pudiéramos verla. Comparé ambas caras con el dibujo. Por primera vez podía examinar una bandera de cerca, sin que el movimiento de la marcha me impidiera detenerme en sus detalles. La bandera antigua llevaba la inscripción «Tuna Universitaria de Murcia» por una cara y el escudo de la Universidad por la otra, todo ello pintado al óleo sobre una tela que parecía seda.

La nueva, que aún estaban confeccionando, llevaría el escudo del SEU sobre fondo negro en una cara; la otra tendría el color corporativo de la Universidad de Murcia y la inscripción «Tuna Universitaria de Murcia». Todo ello iría bordado.

Mientras tomaba mis apuntes, uno de los muchachos sostuvo la bandera antigua para evitar que rozara el suelo. Otro se acercó a mirar la tela.

—Por aquí está peor —dijo, señalando donde se fijaba al asta.

Terminamos de examinarla y la recogieron entre dos. Pregunté si sabían quién había pintado el escudo.

Ninguno pudo decírmelo con seguridad. Uno sugirió que quizá lo hubiera pintado un antiguo integrante aficionado a la pintura.

—Cuando yo entré, ya estaba.

No bastaba con conocer la bandera que habían usado: quería saber cuándo habían empezado a tener bandera y quién había decidido su composición.

El jefe recogió el dibujo de la nueva.

—Este tiene que volver a la madrina.

Le pedí unos instantes para terminar mis notas. La inscripción se conservaría, pero el escudo universitario dejaría paso al del Sindicato. Quien viera pasar a los muchachos seguiría leyendo el mismo nombre; al mostrarse la otra cara, encontraría una enseña distinta.

Al regresar al despacho busqué las noticias de aquella visita al Ayuntamiento de Barcelona. El periódico los había llamado «Estudiantina del SEU de Murcia». En la bandera que acababa de examinar figuraba «Tuna Universitaria de Murcia». Tenía, por fin, dos denominaciones cuya procedencia podía distinguir: una estaba impresa en la crónica; la otra, pintada en la tela.

Añadí ese dato a la hoja donde había reunido las variantes del nombre. Después volví a la Orden. También disponía que llevaran en el brazo izquierdo un lazo confeccionado con los colores de su facultad o escuela y, sobre el nudo, el emblema del SEU.

Recordé la noticia de 1893 sobre la Estudiantina de la Universidad Literaria de Sevilla porque era la primera referencia que había encontrado el uso de un lazo del color de los estudios que cursaban sus integrantes, distintivo que permitía reconocer su condición de estudiantes frente a las estudiantinas populares. ¡Ahora el Sindicato exigía llevarlo con su propio emblema sobre el nudo!

Hasta entonces me había fijado sobre todo en el conjunto del traje. En la siguiente visita tendría que observar aquel distintivo y preguntar cómo lo habían recibido. La disposición alcanzaba tanto a la bandera que los precedía en la marcha como a la ropa con la que cada estudiante salía a tocar.

En la siguiente presentación llegué antes de que se pusieran en marcha. Uno de los muchachos estaba sujetándolo el lazo a la manga del jubón. Me acerqué.

—¿Ese color corresponde a tus estudios?

—Sí.

Le pregunté si ya lo llevaba antes de la Orden.

—El lazo, sí. Esto es lo que hemos tenido que añadir ahora.

Señaló el emblema del Sindicato. Un compañero le sostuvo la manga mientras terminaba de colocarlo, luego se apartó un poco para comprobar cómo quedaba.

—Así es como queda.

El estudiante bajó el brazo y recogió su instrumento. Miré los lazos de quienes estaban cerca. Los colores permitían distinguir los estudios que cursaban; sobre los nudos se repetía el mismo emblema.

—¿Quién os ha dicho cómo ponerlo?

—Lo dice la Orden.

«En el brazo izquierdo llevarán los tunos el lazo con los colores de la Facultad o Escuela Especial a la que pertenezcan, y sobre el nudo el emblema del SEU» decía literalmente. Ellos lo habían cosido a la manga, a la altura del hombro izquierdo, lugar en el que los más veteranos decían que se llevaba «desde siempre».

Quise saber más cosas, pero los llamaron para formar y me aparté.

Al verlos reunidos recordé la relación de facultades y cursos que había preparado. Algunos de aquellos datos estaban ahora a la vista de cualquiera que conociera los colores académicos. El emblema añadía otra pertenencia, común a todos y obligatoria.

Cuando regresé al despacho anoté la respuesta del muchacho: ya usaba el lazo; había tenido que añadirle la insignia. La Orden empezaba a mostrarme sus efectos en cosas que podía observar y comparar.

Continué leyendo. El apartado relativo a los medios económicos me llevó a recuperar las notas de las salidas petitorias. Ya sabía que el Sindicato designaba un tesorero para acompañarlos en las giras postulantes fuera de la ciudad y que debían dar cuenta del dinero recogido. Ahora quería comprobar qué establecía la disposición sobre las cuestaciones y quién podía autorizarlas, incluso cuando su finalidad era benéfica.

A la mañana siguiente recuperé aquella noticia de la Universidad Literaria de Sevilla. Quería comprobar dónde situaba el lazo. El artículo describía su color, pero no precisaba el lugar con el detalle que yo buscaba. Separé las fotografías y los grabados en los que podía distinguirse la manga.

En algunos, el manteo ocultaba parte del brazo; en otros, el lazo quedaba a la vista junto al hombro. Anoté las fechas de las imágenes que permitían reconocerlo. Aquella colocación tenía antecedentes, aunque la expresión «desde siempre» no me dijera cuándo la habían aprendido los veteranos ni de quién.

Volví después a la Orden. El apartado económico me detuvo más tiempo. Las cuestaciones y colectas públicas necesitaban la aprobación del Sindicato, incluso cuando se organizaban con fines benéficos.

Busqué las notas de la salida junto a la mesa petitoria. Había observado cómo enseñaban al nuevo a acercarse al público, esperar y retirarse sin insistir. Ahora necesitaba seguir una decisión anterior: quién proponía ayudar y cómo conseguían que se autorizara la colecta.

En mi siguiente conversación con el jefe le planteé una posibilidad.

—Si os enteráis de que una familia necesita ayuda y queréis salir a recoger dinero para ella, ¿qué tendríais que hacer?

—Pedir permiso.

—¿Aunque entreguéis todo lo recaudado?

—También.

Le pregunté si bastaba con la autorización para tocar en la calle.

—Hay que decir para qué vamos a recoger dinero.

No había pensado en los permisos como decisiones distintas. Podían tener autorización para actuar y necesitar además la aprobación de la cuestación. La finalidad benéfica debía exponerse antes de acercar la primera pandereta al público.

—¿Habéis propuesto alguna que no os hayan autorizado?

El jefe me miró.

—Yo no recuerdo ninguna.

Dejé la pregunta allí. Su respuesta no me permitía saber si todas las propuestas habían sido aceptadas o si habían aprendido a presentar solo aquellas que creían que podían prosperar.

De regreso al despacho, continué con el artículo dedicado a los medios económicos. La administración de los fondos correspondía al Sindicato. También quedaban sometidas a su aprobación las cuestaciones y colectas públicas, incluso las destinadas a fines benéficos.

Recordé al veterano que me había explicado cómo reunían lo recogido por los panderetistas. «Hay que dar cuenta», me había dicho. Entonces había atendido a la entrega del dinero, ahora quería conocer qué ocurría antes de salir a pedirlo.

Cuando pude hablar nuevamente con él, le pregunté quién decidía a qué dedicar una cuestación.

—Depende de quién nos la proponga.

—¿Puede proponerse aquí, entre vosotros?

—Sí, luego hay que pedir permiso.

Le pedí que me explicara qué comunicaban al Sindicato.

—Qué queremos hacer y para quién o qué se va a recoger.

—¿Y quién habla con las personas a las que vais a ayudar?

—Eso podemos hacerlo nosotros, pero no podemos prometerles nada antes de saber si nos dan permiso.

Aquella respuesta me hizo pensar en las conversaciones que precedían a las actuaciones. Alguien podía acudir a los muchachos solicitando ayuda y encontrar en ellos disposición para prestarla. Antes de comprometerse, sin embargo, debían conseguir la aprobación.

—Si llega alguien nuevo, ¿cómo se entera de todo esto?

El veterano señaló al compañero que tenía cerca.

—Preguntando, como usted.

El muchacho sonrió.

—O porque uno se adelanta a decir que sí y tienen que pararlo.

No supe si hablaba de algo que le había ocurrido. El veterano le recordó que quien solicitaba ayuda podía empezar a contar con ella. Había que explicarle lo que todavía estaba pendiente.

—¿Y si os piden que vayáis a tocar, sin recoger dinero? —pregunté.

—También hay que pedir permiso.

Al regresar al despacho busqué el apartado sobre las actuaciones. La Orden exigía el consentimiento del jefe del Departamento de Actividades Culturales. Para los viajes al extranjero requería, además, autorización escrita y expresa de la Jefatura Nacional.

Dejé abierta la carpeta de las giras. En las noticias había seguido sus itinerarios, los recibimientos y los conciertos. Rara vez encontraba mención a los trámites que habían hecho posible el viaje. Ahora sabía qué buscar entre los papeles que pudieran conservar los muchachos.

En mi siguiente visita pregunté al jefe si guardaban las cartas de invitación.

—Algunas. ¿De qué viaje quiere saber?

Le dije que me serviría examinar una salida completa, desde la invitación hasta el regreso. Fue a buscar una carpeta y volvió con varios sobres. Sacó una carta, la leyó brevemente y me la entregó.

La petición se dirigía a la tuna. Quien la había escrito proponía una fecha y explicaba el acto para el que solicitaba su presencia.

—¿Cuándo pudisteis responder que iríais?

El jefe buscó otro papel.

—Primero tuvimos que comunicarlo.

Colocó ambos documentos sobre la mesa. Seguí las fechas antes de leer el contenido. Entre la invitación y la respuesta habían tenido que averiguar quiénes podían viajar y obtener la conformidad correspondiente.

—¿Conserváis también la relación de quienes fueron?

Siguió buscando. Yo preparé una hoja. Por fin podía reconstruir los preparativos de una actuación sin depender únicamente de la crónica publicada después.

Encontró la relación y la dejó junto a la carta. Reconocí varios nombres. Al lado de uno habían hecho una corrección.

—Este no pudo venir —me explicó.

—¿Lo sustituisteis?

—No, los que quedábamos tuvimos que preparar las piezas. Su ausencia nos obligó a repartir algunos pasajes entre otros compañeros.

—Finalmente la ensayamos, pero decidimos dejarla para otra ocasión.

Me interesó conocer cuándo habían tomado esa decisión. La invitación fijaba el día de la actuación y la autorización les permitía acudir. Entre ambos papeles quedaba el trabajo que habían tenido que hacer para presentarse con un programa que pudieran interpretar.

—¿Avisasteis del cambio?

—Sí, nos habían pedido los títulos para anunciarlos.

Volvió a buscar y encontró una copia del programa. Había anotado muchas veces lo que tocaban y ahora podía seguir también una de las razones por las que dejaban de tocar algo.

Mientras examinábamos los papeles, se acercó el estudiante que había asumido parte de aquellos pasajes.

—Me pasé varios días con eso —dijo al reconocer el programa.

—¿Quién te ayudó?

Nombró al compañero que no había podido viajar.

—Antes de irse lo repasó conmigo.

El jefe le pidió que recordara dónde habían guardado las hojas de aquella actuación. Ambos comenzaron a buscar entre las carpetas. El ausente había dejado preparada su parte para otro; los que viajaron tuvieron que decidir hasta dónde podían cumplir lo previsto.

Anoté lo que me habían contado junto a las fechas de los documentos. La correspondencia permitía seguir las decisiones del Sindicato y de los organizadores. Para reconstruir las de los estudiantes necesitaba todavía escucharlos.

Le agradecí que me hubiera dejado consultar los papeles y le pedí que conservaran aquella correspondencia. Quedaban detalles por aclarar, pero ya podía seguir el recorrido de una invitación hasta la decisión de aceptarla.

Al regresar al despacho reuní las notas de aquellos meses. Había comenzado con una circular que exigía identificar a quienes salían a tocar. La Orden de noviembre me había llevado después al nombramiento del jefe, las agrupaciones de escuela, la bandera, el lazo, los fondos y las actuaciones.

Entre esas notas aparecían también los compromisos que los muchachos asumían unos con otros. Seguían enseñando a los recién llegados, preparaban quien pudiera ocupar el lugar de los que terminaban sus estudios y aprendían a responder ante las personas que contaban con ellos. La reglamentación alcanzaba su actividad, pero para conocer cómo conseguían mantenerla necesitaba observarlos.

Dejé ambas disposiciones en el fichero. Después abrí el cuaderno por las páginas dedicadas a los sopistas. Había averiguado quién debía autorizar una salida y qué emblema tenían que llevar. Seguía sin conocer el camino por el que aquella explicación de su pasado había llegado hasta ellos.

Pensé llevar esas notas en la próxima visita.

En el despacho volví a la Orden. Cuando le había preguntado por su nombramiento, su respuesta me había hecho sospechar que evitaba hablar. Ahora debía considerar también que algunas de mis preguntas exigían respuestas que él no podía dar por su cuenta.

Saqué la hoja donde las había anotado. Junto a cada una escribí a quién tendría que dirigirme. En varias se repetía el delegado; otras seguían pendientes de una consulta a sus superiores.

Al llegar a la pregunta sobre quién lo había propuesto como jefe, dejé el espacio en blanco. La Orden decía quién podía nombrarlo. Todavía no sabía si los muchachos habían tenido ocasión de elegir.

Cerré el cuaderno. La próxima vez que hablara con el delegado le preguntaría qué había ocurrido antes de aquel nombramiento. Necesitaba saber si los estudiantes le habían llevado un nombre o si habían recibido uno decidido por otros.

Capítulo 6. Salir al mundo

A comienzos de 1956, uno de los muchachos me trajo el díptico del III Concurso Nacional de Tunas, que se celebraría en Cádiz los días 4 y 5 de febrero. —Esto le va a interesar, profesor.

No me dio tiempo de reaccionar y se marchó rápidamente. Lo abrí. En sus páginas encontré una afirmación que conocía de nuestras conversaciones:

«Las Tunas Universitarias, tras sus ocho siglos de existencia, pueden considerarse como la tradición universitaria más antigua del mundo».

La frase parecía responder a mi pregunta sin mencionar a los sopistas. Aquellos ocho siglos situaban el origen de la tuna en la Edad Media, el mismo pasado al que los muchachos remitían sus explicaciones. Todavía no sabía si las habían recibido de un impreso semejante, pero ya podía seguir otra vía por la que circulaba aquella antigüedad.

Busqué quién lo había publicado: el Departamento de Actividades Culturales del SEU y su Servicio Nacional de Tunas. Hasta entonces había escuchado a los estudiantes repetir aquella antigüedad sin que pudieran indicarme de dónde había surgido. Ahora tenía delante un escrito del Sindicato que difundía la afirmación de un origen medieval entre quienes acudieran al concurso.

«Ocho siglos de existencia».

Copié la frase, subrayé esas palabras y anoté la procedencia del díptico.

Después examiné el programa. Aquel impreso reunía una explicación del pasado y el anuncio de un encuentro al que llegarían estudiantes de distintas ciudades. Quería saber qué harían con él los muchachos: si leerían aquella presentación, si la comentarían y si conservarían el programa después.

Cuando volví al ensayo, el estudiante me preguntó si lo había visto.

—Sí. ¿Puedo quedármelo unos días más?

—Quédese con ese. Tenemos otro.

Se volvió hacia un compañero que buscaba sitio para sentarse.

—¿Has escrito a los de Cádiz?

—Todavía no, esta noche lo haré.

Esperé a que dejara el instrumento y le pregunté si los conocía.

—A uno, de un viaje. Nos dijo que le avisáramos si íbamos por allí.

El concurso tenía fechas y organizadores. Los muchachos, además, empezaban a contar con alguien a quien escribir al llegar a otra ciudad.

Volví al resto del contenido del díptico. El concurso reuniría a estudiantes de distintas ciudades. Estaba claro que había el programa había llegado a Murcia a través del SEU, ahora. debían prepararse para el viaje.

—¿De dónde lo habéis recibido? —pregunté para asegurarme.

—El delegado nos lo ha hecho llegar para acudir al concurso.

—¿Vais a ir?



Me dijo que estaban viendo quiénes podrían acudir. Uno de sus compañeros tenía un examen próximo; otro aún debía comprobar si podía ausentarse aquellos días. La Universidad, a través del SEU, les pondría un autobús para el viaje.

—Primero hay que saber cuántos somos —añadió.

Unos días después, el estudiante volvió a buscarme al terminar la clase.

—¿Ha leído el programa?

Le dije que sí y fui a abrir el cuaderno, pero me detuvo.

—También queríamos pedirle otra cosa.

La tuna iba a reunirse después del ensayo para despedir a uno de los compañeros que terminaba sus estudios y me preguntó si me quedaría con ellos.

—Yo apenas lo conozco.

—Él a usted sí, dice que siempre lo ha visto en nuestros ensayos.

Acepté. Aquella tarde, cuando terminaron de recoger, me hicieron sitio junto al muchacho. Hablamos de lo que pensaba hacer al acabar la carrera. Otros recordaron su primera salida y una pieza que les había costado preparar. Él corrigió algunos detalles entre las protestas de sus compañeros.

En un momento de la conversación quise anotar un nombre.

—Hoy no hace falta, profesor —me dijo el estudiante que me había invitado—. Ya se lo contaremos otro día.

Cerré el cuaderno y lo guardé. Cuando me levanté para marcharme, aún quedaban varios conversando.

—Quédese un rato más, hoy no tenemos que ensayar.

Volví a sentarme. El muchacho al que despedían me preguntó si había estudiado en Murcia antes de ser profesor. Le hablé de mis años de estudiante y de la estudiantina en la que había tocado mi padre.

—¿Su padre también salió a tocar?

Algunos ya lo sabían, pero los nuevos se acercaron. Uno quiso conocer qué instrumento tocaba mi padre; otro, si conservaba alguna fotografía.

Les conté lo que él me había relatado. Al mencionar a un compañero suyo con quien había perdido el contacto, el estudiante que terminaba la carrera miró a los demás.

—Eso es lo que no quiero que nos pase.

Le pidieron que escribiera cuando supiera dónde iba a vivir. Uno le recordó que aún tenía unas hojas suyas y fue a buscarlas.

—Quédatelas, yo ya me la sé.

—Entonces tendrás que volver a ver si la tocamos bien.

La conversación continuó hasta que empezaron a marcharse. Esta vez me levanté con ellos. El muchacho que había organizado la despedida recogió las últimas cosas y me acompañó hasta la puerta.

—No sabía que su padre hubiera estado en una estudiantina.

—Hace bastante tiempo. Tocaba la pandereta.

—Pues otro día nos cuenta más.

Al salir, el que terminaba sus estudios se despidió de mí y me pidió que siguiera acercándome a los ensayos.

—Así, cuando vuelva, también lo encuentro a usted.

Le dije que procuraría hacerlo. Caminé hacia casa recordando nombres que había escuchado a mi padre. Aquella tarde había ido a acompañar a uno de ellos en su despedida y había acabado hablando de otra generación.

En casa busqué la fotografía que me habían pedido. Tardé en encontrarla entre los papeles de mi padre. La sostuve bajo la lámpara y reconocí su cara. En el reverso había varios nombres; los leí antes de guardarla en una carpeta para llevarla.

La mostré al terminar el siguiente ensayo. Los muchachos se reunieron a mi alrededor.

—¿Cuál es su padre?

Lo señalé. Uno se acercó a la fotografía y otro quiso saber dónde la habían tomado. Les conté lo que había podido averiguar. Cuando llegué al compañero del que había hablado durante la despedida, les indiqué el lugar que le atribuían los nombres del reverso.

El estudiante que me había invitado pidió verla de nuevo.

—Se la enseñaremos cuando vuelva. Le gustará.

—Podemos hacer una copia —respondí—. Esta quisiera conservarla.

Se ofreció a preguntar dónde podían hacerlo. Mientras los demás regresaban a recoger sus instrumentos, permaneció mirando la imagen.

—Tendría que traer más cosas de aquellos años.

—Veré qué encuentro.

Antes de devolvérmela, el estudiante llamó al jefe.

—Se lo podemos preguntar ahora.

El jefe se acercó y dejó los papeles que llevaba sobre una silla.

—Hemos hablado de usted, profesor. Queremos que nos acompañe a Cádiz.

—¿Para seguir haciéndoos preguntas?

El muchacho sonrió.

—También podrá hacerlas. Pero queremos que venga con nosotros. Lleva años acercándose a los ensayos; los que acabamos de entrar lo encontramos aquí y los que se marchan le piden que siga viniendo.

El jefe miró la fotografía que aún tenía su compañero.

—Hasta ahora nos había contado poco de la estudiantina de su padre. Nos gustaría escucharlo durante el viaje, tendremos unas cuantas horas en el autobús para que nos cuente.

—Y queremos que esté cuando nos toque salir —añadió el estudiante—. Entre todo el público, dará gusto verle una cara conocida.

Miré a los dos. Yo había ido reuniendo noticias de sus actuaciones; ellos habían conservado el recuerdo de mis visitas. No sabía que hubieran hablado entre sí de invitarme.

—Me gustaría ir —les dije—. Antes de comprometerme tendré que organizar mis clases y encontrar a alguien que pueda sustituirme en la que coincida con el viaje.

—Entonces inténtelo. Nosotros contamos con usted.

Guardé la fotografía. Al día siguiente buscaría a mi compañero de Historia Contemporánea.

El jefe recogió los papeles que había dejado sobre la silla y la conversación pasó a las piezas que prepararían. Un estudiante propuso una que conocían bien, pero otro recordó que uno de los que llevaban la melodía quizá no pudiera viajar. Tendrían que resolverlo antes de decidir qué interpretarían en el concurso.

Me senté mientras probaban un pasaje. El muchacho que podía faltar permaneció junto a su compañero y le indicó dónde convenía cambiar la posición de los dedos. Tocarón despacio, se detuvieron y volvieron a empezar. Si conseguía acompañarlos, ambos interpretarían aquella parte; si tenía que quedarse, el otro debía poder tocarla con seguridad.

Durante una pausa le pregunté si le apenaba perderse el viaje.

—Claro, pero todavía no sé si podré ir.

Su compañero le interrumpió para repetir nuevamente el pasaje.

—Vamos, otra vez.

Los dejé trabajar. El díptico me permitía seguir la difusión de una afirmación sobre su pasado que no se podía acreditar y me encontraba ante los preparativos de un viaje para el que todavía no se había decidido quiénes irían. Guardé el impreso y abrí otra página del cuaderno para anotar quiénes podrían acudir y qué necesitaban resolver antes de salir.

—Primero hay que saber cuántos somos —añadió.

—¿Cuándo tenéis que dar la respuesta?

—El jefe está preparando la relación. También tiene que decirnos a qué hora saldremos.

Uno de los compañeros preguntó cuándo regresarían. Si lo hacían demasiado tarde tendría que llevar consigo lo necesario para acudir directamente a clase.

—No serás el único —le contestaron.

El autobús resolvía el desplazamiento, pero cada muchacho debía ajustar aquellos días a sus obligaciones. Les pregunté dónde se alojarían.

—Estamos esperando que nos lo comuniquen.

Mientras hablábamos llegó un estudiante que se había incorporado aquel curso. Al oír mencionar Cádiz, quiso saber qué debía llevar.

—El traje completo y el instrumento, para empezar.

Se rieron, pero un veterano le pidió que se acercara. Le recordó que revisara el estuche y llevara cuerdas de repuesto.

—¿Lleváis cada uno las vuestras?

—Llevamos de varios tipos. Si se rompe una, hay que poder cambiarla.

Otro preguntó quién se ocuparía de la bandera. El que solía llevarla aún no había confirmado que pudiera viajar.

—Habrà que hablar con él. No vayamos a llegar al autobús y descubrir que se ha quedado guardada.

El nuevo escuchaba y añadía preguntas. Preparar su equipaje exigía saber también qué llevarían los demás y qué podía quedar a su cargo. Alguien le ofreció hacer juntos un listado de cosas necesarias al terminar el ensayo.

Me aparté cuando comenzaron a tocar. El jefe pidió que quienes tuvieran alguna dificultad para acudir se lo dijeran antes de marcharse. Después abrió las hojas de música y señaló la primera pieza que prepararían para el concurso.

Al terminar el ensayo, el muchacho que tenía el examen se acercó al jefe. Había confirmado la fecha y no podría viajar. Su compañero le preguntó si dispondría de un rato para reparar juntos antes de la salida.

—Mañana, después de clase, luego tengo que estudiar.

Acordaron encontrarse allí. El que se quedaba recogió su instrumento y se marchó; el otro permaneció junto al jefe mientras decidían cómo repartir la parte de aquella pieza que él ejecutaba habitualmente.

Esperé a que terminaran y pregunté cuándo tendrían la selección definitiva de las piezas que interpretarían. Todas eran instrumentales. Entre ellas figuraba «La tuna pasa», una marcha de Luis Araque que comenzaba a convertirse en un himno entre las tunas.

—Esa hay que llevarla —dijo uno de los muchachos.

Varios estuvieron de acuerdo. El nuevo preguntó si también la tocarían las otras agrupaciones.

—Seguro que la oirás más de una vez en Cádiz.

Quise saber de quién la habían aprendido. Uno recordó haberla tocado desde sus primeros ensayos; otro empezó a tararear la melodía mientras buscaban las hojas. Para ellos estaba ligada a la tuna antes de que el recién llegado pudiera ejecutarla. Ahora le tocaba aprenderla y reconocerla también cuando la interpretaran otros estudiantes.

Cuando encontraron las hojas, el jefe las reunió con las demás piezas que estaban preparando. Retomé la pregunta que había quedado pendiente.

—¿Cuándo decidiréis cuáles lleváis al concurso?

—En cuanto probemos las piezas con los que vamos.

—¿Puedo venir a escucharlas?

—Claro. Y podría venirse a Cádiz.

No esperaba la invitación.

—Tendría que ver mis clases.

—Mírelo. Así nos escucha también allí.

De regreso a casa pensé en la posibilidad de acompañarlos. Hasta entonces los había visto preparar actuaciones y había leído noticias de sus viajes. En Cádiz podría observar qué ocurría al encontrarse con otras tunas y escuchar cómo los presentaban ante el público. También quería saber si aquella afirmación de los ocho siglos se repetiría fuera del díptico.

Al día siguiente consulté mis horarios. Antes de comprometerme debía resolver una clase. Busqué al compañero con quien podía acordar el cambio y le expliqué los días que necesitaba ausentarme. Si podía sustituirme, yo me ocuparía de una de sus clases a su regreso.

Cuando volví a encontrar al estudiante, aún no tenía la respuesta.

—Estoy intentando arreglarlo —le dije.

—Pues ya sabe lo que nos pasa a nosotros, profesor.

Un compañero de Historia Contemporánea aceptó hacerse cargo de mi clase. Le indiqué qué lección correspondía impartir y me ofrecí a sustituirlo yo cuando lo necesitara. Dejé preparado el material antes de comunicar a los muchachos que podía acompañarlos.

—Dígaselo al jefe, que está cerrando la relación.

Lo encontré al terminar el ensayo. Anotó mi nombre y me indicó dónde debía acudir para tomar el autobús.

—Lleve poco equipaje, no son muchos días.

La mañana de la salida llegué con una maleta pequeña. Algunos estudiantes ya estaban junto al autobús; otros aparecían cargados con los estuches de sus instrumentos y sus bolsas. El muchacho al que había oído preguntar qué necesitaba llevar se acercó a dejar su instrumento.

—Ese arriba —le indicó un veterano—. Donde podamos vigilarlo.

Lo recogió de nuevo y subió al autobús. Su compañero lo siguió para ayudarlo a buscar un lugar en el que no estorbara el paso. Abajo, el jefe comprobaba los nombres mientras dos estudiantes acomodaban el equipaje.

Uno llegó sin maleta, con el instrumento y un pequeño bulto de cremallera.

—¿Eso es todo?

—Todo.

Señaló a un compañero. Habían dado instrucciones de llevar un solo bulto.

Antes de subir pregunté por el estudiante que se quedaba a causa del examen. Había acudido a despedirlos, hablaba con el estudiante que tocaría su parte y le recordaba una dificultad del pasaje.

—Ya lo sé —respondió el otro.

—Por si acaso.

Se estrecharon la mano. El que viajaba subió y buscó asiento junto a los demás. Desde la acera, su compañero le deseó que les saliera bien.

Cuando el jefe terminó de comprobar la relación, entró y contó a los presentes. Me acomodé cerca de la ventana. El estudiante que me había invitado dejó su bolsa bajo el asiento y se sentó a mi lado.

—Al final ha podido, profesor.

El autobús se puso en marcha. Guardé el cuaderno: tendría tiempo de escribir después.

Durante los primeros minutos siguieron hablando de quienes habían quedado en Murcia. Uno recordó que debía escribir al compañero que había terminado sus estudios para contarle cómo les había ido. Otro le sugirió que esperara a tener reveladas las fotografías que tomarían durante el concurso, para enviarle una con la carta.

Las conversaciones se mezclaban de un asiento a otro. El estudiante que iba a mi lado se volvió hacia los de atrás.

—El profesor ha traído la fotografía.

La llevaba entre las páginas de un libro para que no se doblara. La saqué y se la entregué. Antes de pasarla para que la vieran los demás, señaló dónde aparecía yo.

—¿Y cómo entró usted? —me preguntó uno de los muchachos.

—Me llevó un compañero.

—Como a este.

Señaló al nuevo, que levantó la cabeza al oírse mencionar.

—A mí me tuvo que insistir.

Les conté que aquel compañero había pasado a buscarme el día del primer ensayo. Yo conocía algunas canciones, pero no sabía qué tendría que hacer al llegar. Su presencia me había ayudado a quedarme.

—¿También le enseñó a tocar?

—El y otros. No todos enseñaban de la misma manera.

Uno quiso saber qué ocurría cuando nos equivocábamos. Recordé las veces que había tenido que repetir un pasaje y cómo, al cabo de unas semanas, conseguía seguirlo sin mirar las manos de quien tenía al lado.

El muchacho nuevo sonrió.

—Eso todavía lo hago yo.

—Procura que no me equivoque —respondió su compañero.

La fotografía continuó hacia el fondo. Les pedí que la sujetaran por los bordes para evitar dañarla. El estudiante que la tenía repitió la indicación al entregársela al siguiente.

Después me preguntaron por las salidas. Les hablé de una en la que habíamos regresado más tarde de lo previsto y de lo que me había costado acudir a clase a la mañana siguiente. Aquello despertó comentarios entre quienes ya calculaban a qué hora regresaríamos a Murcia.

Mientras los escuchaba, el estudiante de mi lado me devolvió la fotografía.

—Podría escribir los nombres detrás.

Le mostré los que había anotado.

—Faltan algunos.

—Todavía puede acordarse durante el viaje.

Volví a guardarla. Había salido de Murcia con preguntas para los muchachos; ellos también tenían unas cuantas para mí.

Al cabo de un rato, las conversaciones fueron apagándose. Algunos se acomodaron para dormir; otros compartieron lo que habían llevado para comer. Mi compañero de asiento abrió un paquete y me ofreció un trozo de pan con queso.

—Gracias, he traído algo.

—Pues lo sacamos todo.

Extendió un papel sobre sus rodillas. El muchacho del asiento de delante se volvió y añadió una naranja. Comimos procurando recoger las migas antes de que cayeran entre los asientos.

Bajamos a estirar las piernas una de las paradas concertadas. El conductor indicó que solo permaneceríamos allí durante diez minutos y el jefe lo repitió a quienes estaban al fondo. Dos estudiantes entraron al restaurante de carretera buscando comprar algo. Cuando se acercaba la hora de continuar, uno de sus compañeros fue a avisarlos.

Antes de subir, el nuevo se quedó mirando un estuche que habían bajado para alcanzar una bolsa.

—¿De quién es?

Nadie respondió al principio. Lo recogió y preguntó otra vez desde la puerta del autobús. Su dueño apareció detrás de él.

—Es mío. Préstamelo, gracias.

El veterano que subía a continuación le recordó que comprobara dónde lo colocaba.

—Luego todos parecen iguales.

El muchacho abrió el estuche, verificó el instrumento y volvió a cerrarlo. Solo entonces lo acomodó junto a su asiento.

Reanudamos el viaje. Mi compañero me preguntó si conocía Cádiz.

—No lo suficiente para orientaros.

—Para eso hemos escrito a uno de allí.

Me contó que lo habían conocido en un encuentro anterior. Esperaban verlo al llegar y preguntarle por el alojamiento y los lugares donde podrían ensayar. No sabía si habría recibido su última carta.

—¿Y si no está?

Sacó del bolsillo un papel doblado.

—Tenemos su dirección.

Me la mostró. Junto al nombre había anotado el de la tuna a la que pertenecía. Guardó el papel y miró por la ventana.

—Él tampoco conocía a nadie cuando vino a Murcia. Lo fuimos a buscar nosotros.

—¿Cuándo vino a Murcia? —pregunté.

—Después de conocernos en aquel encuentro. Nos escribió diciendo que iba a venir y quedamos con él.

—¿Y dónde os habíais conocido?

Mientras me lo contaba, intenté situar aquel encuentro entre las noticias que había conservado. Había reunido varios recortes sobre los concursos nacionales, pero hasta entonces no había preguntado qué relaciones habían continuado después de ellos. Ahora viajaba junto a unos estudiantes que esperaban encontrar en Cádiz a alguien a quien habían recibido en Murcia.

Recordé las noticias del primer Certamen Nacional de Tunas de la posguerra. El ABC del 7 de marzo de 1945 mencionaba la presencia en Madrid de las agrupaciones de Santiago, Córdoba, Valencia, Valladolid, Madrid y Salamanca, con motivo de las fiestas de Santo Tomás de Aquino. La crónica decía que el certamen se había celebrado el día en el paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria. Anoté: *6 de marzo de 1945*, la entrega de premios se anunciaba para el día 8, a las diez y media de la noche, en el Teatro Español. Había precisado la fecha de la competición al comparar aquella noticia con la publicada por La Vanguardia el día siguiente.

La estancia incluía visitas oficiales: una recepción en la Secretaría General del Movimiento y otra anunciada en El Pardo. El cronista lamentaba que la premura de la convocatoria hubiera impedido reunir a todas las tunas y esperaba una participación mayor en futuras ocasiones.

Conservaba también el anuncio del segundo concurso nueve años después, convocado en Madrid del 1 al 4 de abril de 1954. Ahora el díptico de Cádiz daba continuidad a aquellas convocatorias. Sin embargo, en los recortes apenas encontraba lo que mi compañero acababa de contarme: las cartas posteriores, las visitas y la confianza de llevar una dirección en el bolsillo para buscar ayuda al llegar a otra ciudad.

—Si nos ha escrito y no ha llegado la carta, lo sabremos cuando lo veamos —añadió.

Me devolvió al viaje. Miré hacia los demás asientos: alguno de aquellos muchachos regresaría también con una dirección nueva.

Cuando llegamos a Cádiz, el estudiante se levantó para mirar por la ventanilla hasta que el autobús se detuvo. Buscaba a su amigo entre quienes esperaban cerca del autobús. Lo reconoció antes de que pudiéramos bajar y le hizo una señal.

El muchacho se acercó mientras descargaban los instrumentos. Se saludaron con un abrazo y enseguida comenzaron a hablar de la carta.

—Llegó ayer. Pensé que ya no os daba tiempo a recibir la mía.

Le presentó al jefe y después a quienes iban bajando. A algunos los conocía, los demás tuvieron que decirle sus nombres. Cuando llegó mi turno, mi compañero añadió:

—Es el profesor del que te hablamos.

El gaditano me estrechó la mano.

—Entonces ya le habrán contado cómo me trataron en Murcia.

Antes de que pudiera responder, uno pidió que le ayudaran con un estuche. El recién llegado lo tomó por un extremo y preguntó dónde estaba el resto del equipaje. Nos indicó adónde debíamos dirigirnos para conocer el alojamiento asignado y confirmar los horarios.

El jefe reunió a los muchachos. Dos se quedaron junto a los instrumentos mientras los demás recogían sus bolsas. Uno de los nuevos empezó a seguir al gaditano, pero su compañero lo llamó.

—Primero nos registramos y llevamos el equipaje, luego vamos todos.

Regresó y se hizo cargo de una guitarra. El gaditano esperó con nosotros. Había traído un folleto turístico de la ciudad. Había marcado en su mapa los lugares que podíamos necesitar. Enseguida las preguntas acabaron llevándolo hacia sus compañeros., querían saber quiénes seguían en la tuna y si vendría uno al que recordaban especialmente.

—Terminó la carrera, pero vendrá a escucharos.

—Dile que nos busque después.

El gaditano nos acompañó hasta el hostel donde nos habían reservado alojamiento. Mientras el jefe comprobaba la distribución de las habitaciones, dejamos las bolsas y los estuches junto al mostrador, procurando no estorbar el paso. Mi compañero sacó del bolsillo el papel con la dirección.

—Este ya no hace falta.

Fue a guardarlo de nuevo, pero el gaditano le pidió que se lo dejara. Anotó otra dirección debajo de la primera.

—Si no me encuentras, pregunta aquí por mí.

Mi compañero dobló el papel con cuidado. Después se acercó a ayudar al nuevo, que intentaba llevar a la vez su bolsa y la guitarra.

Siguiendo el listado que tenía en la mano, el jefe fue entregando las llaves y diciendo quiénes compartirían habitación. Me habían reservado una individual. Subí detrás de los muchachos, que tuvieron que detenerse en el descansillo para dejar pasar a una mujer que bajaba. Uno llevaba dos estuches y pidió que le abrieran la puerta.

Apenas había dejado mi bolsa en mi habitación llamaron a la puerta. Era el estudiante que había viajado a mi lado.

—Vamos a comer, el de Cádiz nos lleva a un sitio cercano.

Bajé con él. Antes de salir, el jefe recordó a qué hora se debía estar de vuelta. Insistió en que convenía dar un nuevo repaso a las piezas y ver si el viaje había dañado algún instrumento.

En la mesa, el gaditano acabó sentado entre dos de los nuevos. Le preguntaron por su tuna y pronto comenzaron a comparar lo que tocaban. Cuando mencionaron *La Tuna pasa*, uno marcó el ritmo al aire, como si dirigiera una orquesta.

—Nosotros también la llevamos —dijo el gaditano.

Un muchacho quiso saber cómo empezaban. El otro tarareó unos compases y se interrumpió al ver acercarse al camarero. Esperamos a que dejara los platos. Después retomaron la conversación, esta vez sobre una parte en la que los de Murcia habían tenido que insistir durante los ensayos.

—Eso prefiero escuchároslo —respondió el gaditano—. Si queréis, vuelvo luego.

El jefe asintió. Uno de los nuevos lo miró.

—¿Antes del concurso?

—Claro. Él nos ha oído otras veces.

El gaditano sonrió.

—Y vosotros a nosotros.

Continuaron comiendo. Yo había pensado que guardarían sus preparativos hasta salir ante el jurado. Sin embargo, acababan de invitar a un compañero de otra tuna a escucharlos mientras todavía podían corregir algo. Me quedé con ganas de ver qué se dirían cuando tuvieran los instrumentos en las manos.

De regreso al hostel, el jefe preguntó dónde podrían tocar sin molestar a los demás huéspedes. Les dejaron utilizar el comedor cuando quedara vacío y les pidieron que terminaran con tiempo para preparar las mesas para la cena. Apartaron una mesa, distribuyeron las sillas y sacaron los instrumentos. El gaditano llegó cuando estaban afinando.

Me senté cerca de la puerta. Comenzaron por *La Tuna pasa*. Desde allí podía ver al muchacho que había aprendido su parte en Murcia: seguía con atención los movimientos de quien dirigía el ensayo dando las entradas.

Al terminar, el jefe miró al visitante.

—¿Cómo la has oído?

—En esa parte os vais unos por delante de otros, algo desacompañados.

Tararé el pasaje para precisar a cuál se refería. Uno de los músicos asintió y señaló el mismo punto en sus papeles de canciones.

—Aquí, nos ha pasado antes.

Volvieron a tocar desde unos compases anteriores. El gaditano escuchó de pie, junto a la pared. Esta vez el jefe detuvo la pieza y pidió que probaran primero las guitarras. Después incorporó las bandurrias y los laúdes.

El nuevo se equivocó al entrar. Bajó el instrumento y su compañero le indicó dónde retomar. Repitieron el pasaje hasta poder continuarlo sin detenerse.

—Ahora sí —dijo el visitante.

Uno le preguntó cómo lo resolvían ellos. El gaditano se acercó a mirar la hoja y explicó dónde hacían más perceptible el cambio. Probaron su indicación; después, el jefe pidió otra vez la pieza desde el comienzo.

Cuando acabaron, el muchacho de Cádiz miró el reloj. Tenía que reunirse con los suyos.

—Luego os busco.

—Y nosotros iremos a escucharos —respondió mi compañero.

Lo acompañé hasta la puerta mientras los demás preparaban la siguiente pieza.

—¿También concursáis? —le pregunté.

—Sí, profesor. Por eso sabemos lo que cuesta traerlo preparado.

Se despidió y regresé a mi silla. Los de Murcia ya estaban tocando.

Cuando terminaron, uno quiso volver a probar aquel pasaje, pero el jefe miró el reloj.

—Mañana. Tenemos que dejar el comedor como estaba.

Guardaron los instrumentos y devolvieron las sillas a las mesas. El nuevo se disponía a subir cuando un compañero le recordó que aún quedaban algunas por colocar en su lugar. Antes de marcharnos, el jefe verificó que todo se encontraba como antes de ensayar.

Subí a mi habitación y abrí el cuaderno. Anoté la observación del gaditano y cómo la habían probado. Junto al nombre de la pieza escribí el de Luis Araque. Conocía al autor y sentí curiosidad por saber cómo había llegado aquella marcha a cada tuna.

No pude continuar, llamaron a la puerta para avisarme de que iban a consultar las instrucciones de la organización. Antes de bajar, pregunté si esta vez había alguna pieza de ejecución obligatoria. Pensaba cuánto habrían trabajado *Torre Bermeja* para el concurso de Madrid de 1954.

—No. Esta vez podemos escogerlas todas.

En el lugar donde atendían a los participantes encontramos a varios estudiantes esperando. Uno reconoció al jefe y se acercó a saludarlo. Poco después, los delegados se reunieron y los demás se acercaron a mirar la relación de tunas. Buscaban nombres conocidos y comentaban cuáles no habían escuchado nunca.

Un muchacho que esperaba detrás de nosotros llevaba otro ejemplar del díptico. Lo había doblado por la mitad y marcado a lápiz. Le pregunté si podía verlo.

—Es el mismo que tiene usted —dijo mi compañero.

Lo era. El estudiante había señalado los actos a los que debían acudir. Volví a encontrar, entre aquellas indicaciones, los «ocho siglos de existencia». Le devolví el impreso sin preguntarle por ellos: habían llamado a su jefe y todos se acercaron para escuchar.

Nuestro delegado regresó poco después con las instrucciones. Dos muchachos preguntaron a la vez y tuvo que pedirles que esperaran. Nos apartamos para dejar sitio a quienes seguían llegando.

—Vamos a repasarlo antes de volver al hostel —dijo—. Luego habrá que contárselo a los que se han quedado allí.

Desplegó las hojas y comenzó recordando los horarios. Uno de los muchachos sacó un lápiz para anotarlos. Cuando llegó al momento en que debían presentarse en el Gran Teatro Falla, otro preguntó si aquella era la hora de tocar.

—La de estar allí, no podemos llegar cuando nos toque salir.

Le pidieron que repitiera el punto de reunión. El estudiante lo añadió junto a la hora que acababa de escribir y enseñó sus notas al compañero más cercano, que se las pedía. Después preguntaron cuánto tiempo tendrían para interpretar las piezas, respondiendo el delegado que lo consultaría.

De regreso al hostel, uno propuso acercarse al teatro para conocer el camino. Los demás estuvieron de acuerdo. Me fui con ellos. Al llegar, nos detuvimos ante la fachada. Había visto su nombre en el díptico; ahora podía imaginar a los muchachos entrando con los instrumentos que acababan de utilizar en el comedor.

—Mañana habrá que salir con tiempo —dijo uno.

El nuevo preguntó dónde podría dejar el estuche durante la actuación. Nadie supo indicarle todavía el lugar.

—Cuando entremos lo preguntamos —respondió su compañero—. Tú ven con nosotros.

Volvimos al hostel. Los que habían permanecido allí bajaron para escuchar las instrucciones. El estudiante abrió sus notas sobre una mesa y fue repitiendo lo acordado. Uno le pidió que se las dejara copiar.

—Ahora, antes quiero comprobar que no me falta nada.

Miró al delegado, que añadió una indicación. La escribió y después pasó la hoja.

Durante la cena, la conversación volvió al concurso. Uno de los veteranos recordó que en Madrid había estado más nervioso esperando que tocando. El nuevo quiso saber qué había hecho para tranquilizarse.

—Mirar al que daba la entrada y empezar con los demás.

—Eso ya lo hago.

—Pues allí también.

El muchacho sonrió. Siguió preguntando mientras los otros le contaban sus primeras actuaciones. Esta vez escuché sin sacar el cuaderno. Al día siguiente tendría que buscar mi sitio entre el público; ellos ya sabían dónde querían encontrarme.

Al día siguiente bajé cuando aún estaban desayunando. Habían juntado dos mesas y dejado una silla libre. Mi compañero me hizo una señal para que me sentara. Uno repasaba las piezas en una hoja, otro le pidió que la apartara antes de que alguien derramara el café.

El nuevo apenas hablaba. Cuando le preguntaron si había dormido bien, dijo que sí, aunque se había despertado pensando en el comienzo de la marcha de Araque. El veterano que tenía enfrente le acercó el pan.

—Desayuna, todavía tienes tiempo.

Después subieron a ponerse el traje de tuna, los esperé en la entrada del hostel. Fueron bajando con los instrumentos y comprobando que no faltara nada. Uno pidió ayuda para colocar el lazo de su hombro, otro volvió a la habitación porque había dejado allí una hoja. El jefe aguardó atento a todo hasta que regresó.

Llegamos al teatro con tiempo. Allí nos encontramos con estudiantes que habíamos visto la tarde anterior y con otros que acababan de llegar. Los saludos se interrumpían para atender las indicaciones de quienes organizaban el acceso. Antes de separarme de los muchachos, mi compañero quiso saber dónde me sentaría.

—Buscaré un lugar desde el que pueda veros bien.

—Y nosotros a usted.

Encontré rápidamente el asiento porque tenían reservadas las primeras filas para los delegados del SEU, los profesores de los centros universitarios de Cádiz y los que acudieran acompañando a las tunas.

Las tunas parecían distintas desde el patio de butacas. Al comenzar cada actuación podía escuchar cómo habían reunido las voces de los instrumentos, dónde hacían descansar un pasaje y cómo preparaban el siguiente. Una pieza conocida podía sorprenderme sin que cambiara su melodía.

Cuando anunciaron a los de Murcia, me incorporé un poco. Los vi colocarse y buscar con la mirada a quien debía dar la entrada. Mi compañero me encontró rápidamente entre el profesorado. Apenas inclinó la cabeza antes de acomodar el instrumento.

Comenzaron. Reconocí en *La Tuna pasa* el pasaje sobre el que habían trabajado en el comedor. Esta vez lo ejecutaron sin fallos. El nuevo mantenía la vista levantada y entró a tiempo con los demás. Yo había escuchado aquella música por partes, entre interrupciones y comentarios; ahora podía escucharla de principio a fin y sin interrupciones.

Al terminar, aplaudí con quienes me rodeaban. Los muchachos se retiraron y pude volver a acomodarme. Un hombre sentado cerca preguntó a su acompañante de dónde eran. Le respondí antes de que ella pudiera hacerlo.

—De Murcia.

Me miró y sonrió.

—Gracias.

Esperé hasta que pude reunirme con ellos. Mi compañero quiso saber cómo los había oído, pero otro se adelantó:

—¿Ha visto al nuevo? No ha perdido la entrada.

El aludido se volvió hacia el veterano.

—Lo estaba mirando a él.

Me preguntaron por el conjunto. Les dije dónde los había escuchado más seguros y mencioné el pasaje que habían repetido la víspera. Uno aún no estaba satisfecho con otro momento. Su compañero le pidió que esperara: querían escuchar a la siguiente tuna y hablarían después.

Los seguí hasta donde podían dejar los estuches. El gaditano nos encontró allí. También había oído la actuación y recordó la prueba del comedor. Mientras comentaban el resultado, vi acercarse a un hombre joven al que dos muchachos salieron a recibir. Era el antiguo integrante por quien habían preguntado al llegar.

—Has venido —dijo mi compañero.

—Os dije que vendría.

Lo presentaron a quienes no lo conocían. Uno de los nuevos le preguntó qué instrumento tocaba. La respuesta llevó a recordar una salida en Murcia y pronto se mezclaron varias versiones. El recién llegado corrigió una fecha y los otros le discutieron quiénes habían ido. Se reían sin conseguir ponerse de acuerdo.

Cuando llegó el fallo, el primer premio fue para Madrid, el segundo para Córdoba y el tercero para Sevilla. Los de Murcia aplaudieron. Después empezaron a comparar lo que habían escuchado. Algunos destacaban una interpretación; otros recordaban la seguridad con que una agrupación había comenzado. El jefe les pidió que no se dispersaran: aún tenían que atender el resto del programa.

Yo conservé los nombres de las vencedoras, pero también anoté que el muchacho al que habían ido a buscar en Murcia nos había acompañado durante los preparativos. Aquella ayuda no había dependido del premio que pudieran obtener.

La última noche me pidieron que bajara al comedor un poco antes. Pensé que querían acordar la hora de salida. Encontré a los muchachos reunidos y al jefe de pie junto a una mesa. Habían apartado una silla para mí.

—Profesor, queremos decirle algo antes de volver.

Me quedé junto a la silla. Mi compañero tenía una carpeta en las manos y evitaba mirarme, como si temiera anticipar lo que habían preparado.

—Hemos acordado nombrarlo presidente honorario de nuestra tuna —continuó el jefe.

Miré a los demás. Varios asintieron. El nuevo sonreía y uno de los veteranos le dio un ligero codazo para que dejara hablar.

—No sabía que estuvierais pensando en eso.

—Desde antes de salir —respondió mi compañero—. Pero queríamos hacerlo aquí, con usted.

El jefe explicó que habían hablado entre ellos y llevado la propuesta al delegado. Después me entregaron una especie de pergamino con mi nombre y el nombramiento, redactado

al uso de los diplomas de antaño. Al tomarlo reconocí la letra de uno de los estudiantes. Había visto aquella misma mano copiar indicaciones musicales para sus compañeros.

—Nos ha acompañado mucho durante estos años —dijo un veterano—. A los ensayos, a las actuaciones... Y cuando algunos terminemos, nos gustaría que siguiera viniendo.

Busqué unas palabras para responder. La hoja pesaba poco, pero me costaba sostenerla sin volver a leer mi nombre.

—Si me lo permitís, seguiré viniendo. Aunque tendréis que explicárselo a los que lleguen y no me conozcan.

—Para eso estaremos nosotros —respondió el nuevo.

Los demás se rieron y él también. No retiró lo que había dicho.

Antes de que pudiera darles las gracias, uno comenzó a decir en voz alta:

—¡Que hable el presidente!

Los demás se sumaron a coro.

Me puse en pie con el diploma en las manos y esperé a que me dejaran hablar.

—Cuando empecé a guardar notas y noticias de vuestra tuna, no imaginaba que acabaría viajando con vosotros, y menos aún que me haríais este regalo. Os agradezco el nombramiento y que queráis seguir contando conmigo.

Miré al nuevo, que acababa de ofrecerse a presentarme a quienes llegaran después.

—Yo también he aprendido viniendo a vuestros ensayos. Algunas cosas me recordaban lo que mi padre contaba de su estudiantina; otras me las habéis enseñado vosotros. Espero que sigáis dejándome acompañaros.

Aplaudieron. Dejé el diploma a salvo antes de sentarme, mi compañero levantó su vaso para brindar. Todos lo. Imitamos y se sucedieron los brindis.

—¡Por el presidente!

—¡Por la tuna!

—¡Por la Universidad!

Cuando volvimos a sentarnos, mi compañero de autobús miró el diploma.

—¿Dónde va a ponerlo, profesor?

—En el despacho, tendré que hacerle sitio.

—Así recordaremos que estamos en nuestra casa cuando vayamos a verlo.

Durante la cena me preguntaron de nuevo por la estudiantina de mi padre y hablamos un buen rato sobre las diferencias entre aquella agrupación y la tuna de la que ahora formaban parte.

Al subir a mi habitación coloqué el nombramiento junto al díptico. En uno, los estudiantes habían escrito mi nombre porque querían que continuara cerca de ellos. En el otro, el Sindicato atribuía ocho siglos de existencia a las tunas. Antes de acostarme anoté la petición de la pieza musical antigua. Buscar más datos sobre ella era una tarea que podía comenzar al regresar.

La mañana de la partida, el gaditano vino a despedirse. Los muchachos habían añadido direcciones a las que traían y prometieron enviar fotografías cuando estuvieran reveladas. Uno pidió que escribieran los nombres al dorso. Mi compañero me miró antes de responder.

—Esta vez los pondremos todos.

En el autobús apenas hubo conversación durante el primer trecho. Algunos se durmieron con el abrigo doblado bajo la cabeza. Yo abrí la carpeta y releí el nombramiento. Después la cerré para mirar por la ventana. Tendría que contarle a mi compañero de Historia Contemporánea cómo había ido el viaje y recordar que le debía una sustitución.

Al volver a Murcia, las clases y los exámenes recuperaron su lugar. Las fotografías llegaron más tarde. Las extendieron después de un ensayo y discutieron cuál enviar al compañero que había terminado sus estudios. Eligieron una en la que aparecía el grupo entero. El estudiante encargado de escribirle pidió a los demás que firmaran la carta.

También encontraron una para mí. Salíamos a la puerta del teatro, apretados para caber en el encuadre. El nuevo había quedado junto al jefe y yo, en un extremo. La guardé con la fotografía de la estudiantina de mi padre.

Después de aquellas primeras reuniones a nuestro regreso, los ensayos volvieron a interrumpirse. Pasé meses sin recibir una invitación. Algunos de los muchachos seguían

visitándome y el diploma permanecía colgado en el despacho, aunque ya no hubiera una salida que preparar.

Las noticias que guardaba desde entonces procedían sobre todo de otras ciudades.

Durante los años siguientes llegaron noticias de viajes más lejanos. Supe de las actuaciones de la Tuna Hispanoamericana del Colegio Mayor Universitario Nuestra Señora de Guadalupe de Madrid en el sur de Francia, durante los veranos de 1956 y 1958. Las nuevas distancias me hicieron buscar con más atención quiénes se encontraban fuera, qué música llevaban y qué relaciones conservaban después. No siempre podía reconstruirlo con los periódicos. Cuando conocía a alguien que hubiera participado, procuraba hablar con él.

En 1958 salió a la venta el disco *Cuando los tunos pasan*, de la Estudiantina de Madrid. Aunque figuraba con ese nombre, sabía que lo habían grabado integrantes de la Tuna de la Universidad de Madrid, antigua Universidad Central. Lo compré para disfrutar de la interpretación de aquellos estudiantes que había visto en Cádiz. Uno de los antiguos integrantes murcianos me acompañó a la tienda y propuso escucharlo con algunos compañeros. Alguien podía llevar un tocadiscos portátil.

No habían vuelto a organizar la tuna, pero todavía se encontraban de vez en cuando. Acordamos reunirnos en casa para escuchar la grabación.

Nos reunimos para escucharlo. Al acabar una cara, uno pidió repetir un fragmento. Un compañero buscó la melodía en su instrumento y otro trató de seguirlo. Tuvieron que volver a poner el disco. Me preguntaron si podían tomarlo prestado para escucharlo con quienes habían faltado.

Acepté, les pedí que lo trataran con cuidado para no rayarlo y anoté a quién se lo entregaba. La grabación podía llegar donde no había llegado la agrupación y sonar de nuevo cuando sus integrantes ya no estuvieran juntos. Días después me lo devolvieron con una hoja dentro de la funda. Habían comenzado a sacar una de las piezas y querían que les ayudara a conseguir su partitura.

Recibí también noticias de las muchachas del Colegio Mayor Universitario Santo Tomás de Aquino de Oviedo, que habían formado una tuna a mediados de la década. Pedí más información y fui reuniendo los datos que pude obtener. Quería conocer de quién habían aprendido, cómo habían preparado su repertorio y dónde habían actuado. Las preguntas que hacía a los estudiantes de Murcia podían ayudarme a seguir aquella experiencia, pero no debía responderlas por ellas.

Cuando lo comenté durante otra de aquellas visitas, uno quiso saber si las muchachas tocaban los mismos instrumentos. Otro preguntó qué canciones llevaban. Les dije lo que había podido averiguar. Un antiguo integrante recordó a una compañera de su facultad que sabía tocar la guitarra.

—Pues podría enseñarnos la que toca siempre —dijo su amigo.

Le pregunté dónde la había escuchado y anoté su nombre. Si aceptaba hablar conmigo, podría conocer cómo había aprendido ella.

El interés por aquellas universitarias me hizo volver a las fotografías que conservaba. Hasta entonces había seguido sobre todo a las agrupaciones cuyos integrantes podía encontrar. Necesitaba ampliar la búsqueda sin suponer que todas habían tenido las mismas oportunidades para reunirse, ensayar y presentarse ante el público.

En una de aquellas conversaciones recordamos una salida benéfica antes que la interrumpiera su actividad. Un hombre se había acercado a preguntar por un integrante que ya había terminado sus estudios y después había pedido una canción. El nuevo no la conocía; un veterano reconoció el comienzo y los demás se incorporaron.

Al acabar, el oyente quiso saber qué estudiaba el muchacho. Este señaló el lazo del hombro y tuvo que explicarle su color. Recordé aquella escena cuando llegaron las noticias de Madrid sobre el cambio de distintivo.

En 1960 llegaron noticias de una reunión celebrada en Madrid por los jefes de las tunas del SEU. Habían acordado sustituir el lazo por una beca. Cuando pregunté por el motivo, uno de los muchachos me dijo que quedaba mejor sobre el jubón. Según me explicó, no esperaban una reacción tan severa: aunque era una prenda colegial, la beca resultaba más vistosa y se distinguía desde más lejos.

Enseguida busqué la Orden de 1955. Disponía que llevaran el lazo con los colores de sus estudios y el emblema del Sindicato sobre el nudo. No encontraba allí ninguna referencia a la nueva prenda ni conocía una disposición posterior que autorizara el cambio.

—¿Lo ha autorizado el SEU? —pregunté.

—¡Lo han acordado los jefes de las tunas! —respondió mi visitante.

Aquello no respondía a mi pregunta. La beca me era conocida por las agrupaciones de los colegios mayores, especialmente la Hispanoamericana; ahora pretendían llevarla también quienes no eran colegiales.

En otoño supe que en Madrid se había comunicado la disolución de las tunas hasta nueva orden. Parecía que respondía al cambio no autorizado, por lo que pedí que me consiguieran una copia de aquella comunicación. Quería comprobar qué decía y si mencionaba el cambio de indumentaria.

Pero en octubre comenzaron a aparecer fotografías de tunas madrileñas con beca en los actos relacionados con Fabiola de Mora y Aragón. Guardé aquellas imágenes junto a la Orden. Los muchachos habían elegido una prenda distinta de la prescrita y ahora la lucían en presentaciones que recibían amplia atención pública. Todavía debía averiguar cómo se había resuelto el desacuerdo con el Sindicato.

Al terminar de revisar los periódicos de 1960, las carpetas ocupaban más espacio del que les había destinado. Guardaban concursos, viajes, actuaciones benéficas y grabaciones. Entre las noticias continuaban apareciendo explicaciones sobre los antiguos escolares pobres medievales. El díptico de Cádiz seguía siendo una referencia precisa: sabía quién había publicado aquella afirmación y dónde se había difundido. Aún debía averiguar de qué escritos procedía.

No hubo más ensayos por inactividad de la tuna durante bastantes meses hasta que me avisaron de que se había reorganizado. Habían buscado a antiguos integrantes para que los ayudaran. Uno me visitó y me pidió que llevara alguna música de la que conservaba.

—Los nuevos quieren conocerlo —añadió.

Busqué entre mis papeles algo que pudiera llevarles. La recuperación apenas comenzaba; no sabía todavía quiénes continuarían cuando avanzara el curso.

Una tarde fui al ensayo con la copia de una pieza que había encontrado entre mis papeles. Me recibió un estudiante al que no conocía. Le pregunté por mi compañero y me explicó que ya había terminado, aunque pensaba acudir aquella semana.

—¿Es usted el profesor que acompañaba a la tuna de Murcia?

Asentí. Antes de que dijera nada más, llamó a uno de los veteranos.

—Ha venido el presidente honorario.

El muchacho se acercó y me preguntó qué llevaba. Le mostré la copia de la canción y le conté que antes de la guerra civil mi padre la había tocado en su estudantina. Buscó una silla para mí y llamó a los demás. Algunos reconocieron la melodía cuando comencé a tararearla.

El nuevo se sentó junto a quien tenía las hojas. Le señaló una indicación y esperó a que se la explicara. Abrí el cuaderno para anotar la fecha, pero lo dejé sobre las rodillas cuando me pidieron que repitiera el comienzo. Uno de los veteranos me pidió que siguiera tarareando mientras buscaba la melodía en la guitarra. Se detuvo en un punto que no le resultaba familiar y volvimos a él. La copia no recogía una variación que recordaba de cuando mi padre la cantaba en casa.

—¿Su padre la hacía así? —preguntó después de probarla.

—Así la recuerdo. No sé si otros la tocaban de la misma manera.

La repitió y un compañero lo siguió con la bandurria. El nuevo consultaba las hojas, pero pronto levantó la vista para observar dónde colocaba los dedos quien tenía a su lado. Me pidieron que continuara tatareando hasta el final. En un pasaje tuve que detenerme: recordaba cómo empezaba, aunque no conseguía recuperar lo que venía después.

Esperaron mientras volvía a intentarlo. Finalmente les señalé la copia.

—Aquí tendréis que seguir lo escrito. No puedo aseguraros cómo continuaba.

El estudiante que había tomado las hojas anotó algo a lápiz. Le pregunté qué ponía.

—Lo que nos ha enseñado. Para acordarnos cuando no esté usted.



Me mostró las indicaciones antes de continuar. Distinguía lo que figuraba en la música de aquella variación que acababan de escucharme. Le pedí que añadiera que procedía de mi recuerdo de cómo la cantaba mi padre. Después les dejé probarla sin intervenir.

Al principio tuve ganas de hacerlo porque habían elegido un ritmo algo distinto y una entrada me hizo esperar el acompañamiento que recordaba. Sin embargo, consiguieron continuar juntos. Cuando terminaron, uno preguntó si me había gustado.

—Sí. Tendréis que trabajarla, pero ya podéis seguir sin mí.

El nuevo quiso repetirla. Su compañero le señaló el lugar desde el que comenzarían y esta vez fue él quien le dio la entrada. Permanecí sentado mientras tocaban. Había llevado aquella canción para que la conocieran; ahora empezaban a decidir cómo interpretarla.

Al recoger, pregunté si necesitaban otra copia. Me dijeron que prepararían las que hicieran falta y conservarían la que les había entregado. Uno escribió mi nombre y la fecha al dorso.

—Así sabremos de dónde vino —comentó.

Me acompañaron hasta la puerta. El veterano me recordó que avisarían a los que habían faltado para que la escucharan en el siguiente ensayo. Mientras hablábamos, el nuevo regresó a buscar sus papeles. Los había dejado sobre una silla y no quería marcharse sin ellos.

Volví al despacho antes de ir a casa. El diploma de Cádiz estaba colgado donde los estudiantes podían verlo al entrar. Dejé el cuaderno sobre la mesa y anoté lo ocurrido. Por primera vez podía seguir una pieza desde mis propios recuerdos hasta las manos de aquellos muchachos. También había visto el momento en que comenzaban a cambiarla.

Después abrí la carpeta donde conservaba el díptico del concurso. La afirmación de los ocho siglos continuaba allí. Sabía quién la había difundido en aquel impreso; aún no había encontrado los documentos que permitieran sostenerla ni reconstruido cómo había llegado a quienes lo publicaron. El nombramiento no resolvía aquella pesquisa. Seguiría preguntando y comparando los escritos que consiguiera reunir.

Antes de cerrar el cuaderno añadí la variación musical que les había enseñado y el punto en el que mi memoria había fallado. Si volvía sobre esas notas años después, quería distinguir ambas cosas.

Desde el pasillo me llegó una voz. Era el nuevo, que había visto luz bajo la puerta. Asomó con las hojas en la mano.

—Profesor, ¿la próxima semana puede venir?

Le pregunté si había quedado alguna duda.

—No, queremos que escuche cómo nos sale cuando estemos todos.

Consulté el horario de mis clases y acordamos el día. Se despidió y lo oí alejarse tarareando la canción. En el tramo que alcanzaba a escuchar, ya seguía el ritmo que habían escogido durante el ensayo.

Capítulo 7. ¿Quién puede ser tuno?

En 1961 terminó la última prórroga que la ley me permitía para continuar dando clases tras cumplir los sesenta y cinco años. La docencia había sido mi pasión, y la historia de las estudiantinas y tunas había ido ocupando buena parte del tiempo que me dejaban las clases. El momento de dejar el despacho había llegado. Durante varias mañanas fui llevando a casa los libros y las carpetas que había reunido allí. Al separar los materiales de mis clases de los papeles de la investigación, encontré notas de los muchachos entre las fichas de las lecciones. Los había escuchado tantas veces al terminar una clase que ambas cosas habían acabado compartiendo sitio en mis cajones.

Lo último que recogí fue el diploma de presidente honorario, quedando al descolgarlo un fantasma rectangular en la pared. Lo envolví y lo coloqué en la caja de papeles que quedaba por cerrar.

Inadvertidamente había dejado la puerta entreabierta y uno de los estudiantes de la tuna me encontró cerrando una caja.

—¿Ya se marcha, profesor?

—De este despacho, sí.

Miró las estanterías casi vacías y después el diploma.

—¿Y seguirá viniendo a los ensayos?

—Si seguís avisándome, ahora tendréis que buscarme en casa.

Le anoté la dirección. Se ofreció a ayudarme con las cajas y volvió al terminar las clases con un compañero. Entre los tres llevamos a casa lo que quedaba. El diploma permaneció envuelto hasta que decidiera en qué lugar colgarlo.

Las últimas interrupciones habían cambiado casi todas las caras. Algunos antiguos integrantes acudían a ayudar, pero ya no podían quedarse cada tarde. El estudiante que me había ayudado con las cajas prometió avisarme cuando se reunieran.

—No espere a oírnos por la calle, profesor. Por ahora nos encontrará antes en el sótano.

Unas semanas después acudí al ensayo. Ahora ya no era en la cafetería, les habían permitido ensayar en una habitación del sótano que hacía las funciones de trastero, en el edificio de la Facultad de Letras. Los tunos la recibieron con ilusión porque podrían dejar allí guardados la bandera y algunos instrumentos. Su único acondicionamiento fue apartar en el fondo todo lo que la Universidad guardaba aún allí.

Había estudiantes a los que no conocía. Uno de los veteranos me acercó una silla y me preguntó si había terminado de ordenar los libros. Antes de que pudiera responder, otro llegó con noticias de la Tuna Hispanoamericana del Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe de Madrid. Estaban preparando un viaje a Puerto Rico para las vacaciones de Navidad.

—Voy a escribirles antes de que se marchen —dijo el jefe.

—¿Conoces a alguno?

—Sí. Quiero preguntarles si podría ir con ellos.

Dejé el cuaderno un momento.

—¿Te han invitado?

—Todavía no. Primero tendrán que decirme si necesitan a alguien y si pueden llevarme.

Uno de sus compañeros quiso saber cuánto duraría el viaje. El jefe respondió que tendría que consultarlo también.

—Si vas, escríbenos —le pidió.

—Y cuando vuelvas, tendrás que contarnos cómo os ha ido —añadí.

—Eso no hará falta que me lo pida, profesor.

Le pregunté qué lo había animado a intentarlo.

—Nunca he viajado tan lejos. Conozco a algunos de la Tuna Hispanoamericana y me gustaría tener esa experiencia. Pero primero tienen que decirme si puedo ir.

Se levantó y llamó al inicio del ensayo. Recogió el instrumento y fue a reunirse con los demás. Yo guardé la pregunta que iba a hacerle: quería saber si llevaría consigo a esa tuna algo de lo aprendido en Murcia. Primero tendría que llegar la respuesta.

La respuesta llegó unos días después. El jefe me la mostró al terminar el ensayo. Le pedían que fuera a Madrid para tocar con ellos antes de decidir si podían incorporarlo al viaje.

—Tengo que ver cómo lo arreglo con las clases —me dijo.

Le pregunté qué piezas debía preparar. En la carta recibida le indicaban el listado que integraría su repertorio en el Caribe. Algunos formaban parte de su repertorio, pero tendría que buscar otros. Un compañero se ofreció a prestarle las hojas que conservaba de alguna de aquellas piezas.

—Pero en Madrid pueden tocarla de otra manera —advirtió otro.

El jefe asintió.

—Por eso quieren que vaya antes, debo conocer el arreglo musical que le hayan hecho.

Hasta entonces lo había visto dar indicaciones a los demás. Ahora debía presentarse ante unos tunos que llevaban tiempo tocando juntos y aprender a seguirlos sin equivocarse. Le pregunté si conocía al director musical y me dijo que solo habían hablado en una ocasión y nunca había tocado con él.

En mi siguiente visita, el jefe ya había regresado de Madrid. Dejó pasar a los muchachos que entraban con sus instrumentos y me llevó a un lado.

—Me han dicho que puedo ir.

Me alegré y quise saber cómo había sido la prueba.

—Las piezas que conocía no me dieron tanto trabajo. Lo difícil fue acostumbrarme a sus entradas y silencios. En uno seguí tocando cuando ellos se habían detenido.

—¿Qué hiciste?

—Escucharlos y volver a empezar.

Sonrió antes de añadir que le habían dejado indicaciones para preparar el resto. Tendría que regresar a Madrid antes del vuelo y ensayar de nuevo con todos.

Uno de los veteranos lo llamó. Quería saber quién dirigiría los ensayos mientras estuviera fuera. El jefe se acercó y comenzó a hablar con ellos. Indicó que el vicepresidente de la tuna se encargaría de la gestión mientras estuviera fuera y en la importancia de repartir las hojas de las nuevas canciones, especialmente a quienes las necesitaran. Un muchacho preguntó por una actuación que tenían pendiente.

—Eso también tenemos que dejarlo resuelto —respondió.

Me quedé mientras lo acordaban. La posibilidad de viajar había empezado con una carta personal; ahora obligaba a sus compañeros a organizarse para continuar sin él. Antes de marcharme, le pedí que me avisara cuando supiera la fecha de salida.

—Y guarde las cartas, profesor. Luego podré explicarle lo que haya cambiado.

En aquella habitación había una mesa que podía utilizar para tomar mis notas con mayor comodidad. Como había tantos nuevos, tuve que presentarme. Era la primera vez que lo hacía como profesor jubilado de la Universidad de Murcia y aproveché para explicar mi relación con la tuna. Luego, en un receso, pregunté al jefe por los preparativos y le pedí que, a su regreso, me contara sus actuaciones y los encuentros con los universitarios de Puerto Rico.

Finalizado el ensayo, recogí mis cosas. Ya no tenía despacho en la Facultad y debía acostumbrarme a llevar conmigo los papeles que pudiera necesitar. Al guardar el cuaderno, recordé una noticia que quería comparar con lo que el jefe me había contado. Tendría que buscarla en casa; por un instante había pensado en consultarla en mi antiguo despacho a la mañana siguiente. Era difícil cambiar de un día para otro una rutina que había mantenido durante tantos años en la Universidad.

Unos días antes de marcharse, el jefe vino a casa. Traía la dirección del Colegio Mayor y me indicó que saldrían de Madrid el 15 de diciembre. Dejé de ordenar las fichas y le ofrecí asiento. Quería despedirse antes de trasladarse allí para los últimos ensayos.

—¿Lo has dejado todo preparado aquí?

—El vicepresidente tiene las hojas y sabe lo que queda pendiente. Ayer repasamos la actuación que teníamos acordada.

Se había llevado algunas copias para estudiar durante los días anteriores al viaje.

—Si cambia algo, le escribiré.

Le recordé mi petición de los programas. Asintió, pero añadió que no sabía cuánto podría contar mientras estuvieran viajando.

—Lo que puedas, lo demás lo hablaremos a tu vuelta.

Se levantó para marcharse. Lo acompañé hasta la puerta y le deseé buen viaje. Después volví a la mesa y continué ordenando mis fichas.

En el siguiente ensayo, el vicepresidente ocupó el lugar desde el que solía dirigir el jefe. Antes de comenzar, preguntó quién había preparado la canción nueva. Dos estudiantes levantaron las hojas, otro se excusó diciendo que aún no tenía una copia.

—Ponte conmigo —le dijo un compañero—. Me la sé, luego te la llevas.

El vicepresidente dio la entrada. Tocarón hasta un pasaje que necesitaba trabajarse más. Un veterano propuso cómo resolverlo, pero esperó a que el vicepresidente indicara desde dónde repetir. Yo había visto al jefe preparar su incorporación a otra tuna; ahora sus compañeros aprendían a entenderse durante su ausencia.

Al terminar, uno preguntó si habría llegado ya a Puerto Rico. Nadie tenía noticias. El vicepresidente les recordó que habían dejado mi dirección para las cartas que quisieran hacernos llegar.

—Si recibe alguna, tráigala, profesor.

Les dije que lo haría. Antes de salir, anoté quiénes habían faltado y pregunté si sabían el motivo. Uno estaba enfermo con fiebre y su compañero pensaba llevarle las hojas al día siguiente. Le pidieron que le preguntara también si necesitaba los apuntes de clase.

La primera carta llegó después de Navidad. Reconocí la letra del jefe y busqué la fecha antes de comenzar a leer. Habían llegado a San Juan el 17 de diciembre, más tarde de lo previsto. El viaje se había complicado por el temporal: tras las dificultades en las Azores, el avión tuvo que desviarse a las Bermudas antes de poder aterrizar en Puerto Rico.

«Cuando por fin llegamos mi cuerpo se rebeló por la hora local», escribió. Tenía sueño cuando los demás se disponían a almorzar y se despertaba cuando aún faltaban varias horas para el alba. «Mi cuerpo seguía queriendo estar en Murcia», añadió.

Contaba que había tenido tiempo de hablar con aquellos compañeros durante las esperas en los aeropuertos, incluso mientras se turnaban para vigilar los estuches cuando los demás se ausentaban para ir al aseo o comprar algún refrigerio.

«Nos hemos encontrado con la tuna de la Universidad de Puerto Rico. Su primera actuación fue dos días antes de que llegáramos al país. Nos invitaron a una fiestecilla en cuanto supieron que visitábamos la Isla. Tiene muchachas y muchachos.

El día de Navidad nos reunimos en la casa del tesorero de la Universidad con algunos integrantes de la tuna que acababa de tener su primera actuación: un concierto al aire libre en una plaza del campus universitario. La profesora Norma Urrutia y su director musical, Francisco López Cruz los acompañaban. No habían acudido todos porque muchos habían regresado a sus pueblos por las vacaciones navideñas».

No añadía mucho más. Leí otra vez aquellas líneas. Ahora aparecía una tuna americana de cuya existencia nadie sabía.

La llevé al siguiente ensayo. El vicepresidente esperó a que se reunieran los presentes y me pidió que la leyera. Las peripecias del avión provocaron preguntas y alguna broma. Al llegar a la noticia de los estudiantes puertorriqueños, uno quiso saber si ya habían actuado juntos.

—No lo dice —respondí.

Me pidió que le dejara mirar la hoja. La recorrió con el dedo hasta encontrar el párrafo y después se la pasó al compañero.

—Habrá que preguntárselo.

Abrí el cuaderno para recoger lo que querían saber. Preguntaron por los instrumentos, las canciones y el traje. Uno añadió si habían aprendido de los visitantes.

—Si ya estaban preparándola cuando llegaron, habrán empezado antes —observó otro.

Anoté esa diferencia. En mi respuesta pediría al jefe que distinguiera lo que había visto de lo que le hubieran contado. También quería saber qué podían enseñarse unos a otros. Dejé espacio bajo las preguntas: aquella carta acababa de abrir una parte de la investigación para la que aún no tenía carpeta.

En su segunda carta aportó otros comentarios muy interesantes de la conversación mantenida en la casa del tesorero de la Universidad.

«Norma nos contó que todavía no tenían traje de tuna cuando se presentaron el 15 de diciembre. Nilda González, la directora del Teatro Universitario, les había prestado las capas. Salieron con camisa blanca y pantalón negro; las capas eran las que pudieron encontrar: cortas y largas, negras con forro rojo, procedentes del vestuario del grupo de teatro universitario».

Semanas después recibí una fotografía de la Tuna de la Universidad de Puerto Rico. Era su primera foto oficial, tomada cuando ya disponían de los trajes confeccionados por una sastrería madrileña. Reconocí la indumentaria que había visto en los estudiantes de Madrid y Murcia, aunque, en lugar de taleguilla, las muchachas llevaban falda hasta debajo de las rodillas. ¡Habían comenzado a tocar juntos antes de disponer del traje de tuna!



Di la vuelta a la fotografía. Habían escrito los nombres y la fecha al dorso. La guardé junto a las cartas. La ropa los asemejaba a los tunos españoles, pero los instrumentos me hicieron detenerme de nuevo.

En la siguiente visita al ensayo llevé la imagen. Uno de los veteranos la mostraba a todos mientras los demás se acercaban.

—¿Estos son los de Puerto Rico?

Asentí. Un estudiante señaló a las muchachas y preguntó qué tocaban. Les conté lo que sabía por las cartas. Después buscaron en la fotografía los instrumentos que no conocían: el cuatro puertorriqueño.

—¿Y quién les enseña? —preguntó el nuevo.

Le hablé de Francisco López Cruz, el profesor de Música que los dirigía, y uno quiso saber si habían aprendido de los españoles.

—Tendremos que averiguar qué aprendieron después y qué llevaban consigo desde el principio.

Los demás lo escucharon con atención: hasta entonces habían visto un grupo. Ahora podían relacionar algunas caras con los tunos madrileños de los que se les estaba hablando.

Le devolvieron la fotografía y me pidió que se la dejara unos días. Quería añadir una copia a la carta para que supieran a quiénes había reconocido y preguntar por los demás. Anoté lo que acababa de proponer: el viaje había terminado, pero todavía podía traer al ensayo canciones que ninguno de los presentes conocía.

Al terminar el ensayo, el subjefe se quedó conmigo mientras los demás guardaban los instrumentos. Me preguntó si el jefe me había contado algo más sobre el comienzo de la tuna puertorriqueña.

—Todavía no. Le preguntaré cuando le escriba.

Añadimos la pregunta a las que habíamos reunido y le pedí que me devolviera la fotografía cuando terminara con ella.

La respuesta llegó semanas después. El jefe había podido hablar con Norma Urrutia y dedicaba buena parte de la carta a lo que ella le había contado. La idea de formar la tuna le había venido después de escuchar a unos tunos españoles tocando por la calle cerca de la Ópera de París, durante un viaje en el verano de 1959. No pudo identificar qué tuna era.

Cuando la profesora regresó de Francia, quiso reunir universitarios que tocaran instrumentos de cuerda y quisieran formar una tuna. Colocó carteles en la Facultad de Estudios Generales y acudieron dieciséis estudiantes: ocho muchachas y ocho muchachos. De esta manera fundó la que el tiempo haría la tuna universitaria más antigua del continente americano con actividad continuada.

Volví a la carta. Decía que en aquella fiesta de Navidad la Hispanoamericana había entrado bajo los acordes del *Manolo*. Escribió que Norma quería que sus estudiantes se fijaran en la manera en que los españoles avanzaban tocando sus instrumentos, porque sus estudiantes permanecían demasiado rígidos al interpretar las piezas. Lamentaba la profesora que solo hubieran podido asistir cuatro o cinco de sus tunos y los demás no los hubiera visto.

Llevé la carta al ensayo y el subjefe me pidió que leyera varias veces este contenido.

Al terminar la lectura, el subjefe miró a los muchachos.

—¿Os acordáis de cuando empezasteis a tocar andando?

Uno dijo que al principio tenía que mirar dónde pisaba. Otro recordó que se acercaba demasiado al compañero y acababa estorbándole el instrumento. Un tercero reconoció que al principio no podía caminar y tocar sin fijarse en los trastes en los que ponía los dedos.

El nuevo escuchaba con la guitarra sobre las piernas.

—A mí todavía me pasa.

Un veterano le pidió que se levantara con él. Pasaron al frente y probaron tocar algo mientras caminaban entre la mesa y la puerta. El corto espacio bastó para que el nuevo volviera a acercarse demasiado a quién desfilaba delante de él. Su compañero se detuvo y le dejó dos cosas.

—Deja sitio para que pueda tocar. Mira dónde estamos antes de empezar.

Volvieron a colocarse. Esta vez el muchacho levantó la vista y mantuvo la distancia, aunque dejó de tocar al llegar al punto en que debían girar.

—Eso habrá que probarlo fuera —dijo el subjefe—. Aquí no cabemos.

Regresaron a sus sillas. El nuevo preguntó si los estudiantes de Puerto Rico habían salido ya a tocar por las calles. Busqué en la carta, pero no encontré una respuesta.

—Cuenta lo que ocurrió en la fiesta. No dice qué hicieron después.

El subjefe me pidió que añadiera aquella pregunta a la próxima carta. Después llamó a los demás para continuar el ensayo.

En casa releí el pasaje. Acababa de aprender cuánto trabajo podía esconder la soltura de tocar mientras se desfila. Quienes la habían adquirido apenas necesitaban hablar de ella hasta que alguien tropezaba con una dificultad.

Escribí al jefe y le pedí que, si volvía a reunirse con los tunos puertorriqueños, me contara cómo ensayaban. Añadí las preguntas de los muchachos y le pedí que guardara algún programa de sus actuaciones para enviármelo o traerlo a su regreso.

La siguiente carta me obligó a corregir la fecha en que esperábamos volver a verlo. La estancia se prolongaba. Habían recibido nuevas invitaciones y querían pasar por Nueva York antes de regresar a España.

Llevé la noticia al ensayo. El subjefe la leyó y dejó la carta sobre la mesa.

—Entonces tendremos que preparar también la próxima actuación sin él.

Uno preguntó si el jefe había dicho cuándo volvería. Le mostré las últimas líneas: aún no podía asegurarlo. Había escrito para avisarnos en cuanto supo que el viaje duraría más de lo previsto.

El subjefe buscó las hojas de las piezas que tenían preparadas. Un muchacho quiso añadir otra, pero faltaba quien solía llevar su melodía. Miraron al nuevo y este negó con la cabeza.

—Todavía no me sale entera.

—Pues para esta llevamos las que tenemos —respondió el subjefe—. Esa la seguimos trabajando.

Antes de comenzar, repartieron entre el resto los pasajes de solistas de quienes no podrían acudir. Un veterano se sentó junto al estudiante que asumiría uno. Le pidió que la probara y esperó a que terminara antes de señalar dónde debían entrar juntos. Yo había pensado en la ausencia del jefe como una interrupción; los muchachos estaban aprendiendo a prolongar lo que habían dejado preparado con él.

En casa escribí una respuesta breve. Le conté que continuaban ensayando y que el compañero enfermo ya había vuelto. Añadí la fecha de la actuación para que pudiera imaginar dónde estarían mientras él seguía al otro lado del Atlántico.

A finales de febrero llegó el aviso de su regreso a Madrid. Días después, el subjefe vino a buscarme a casa.

—Ya está aquí y quiere que venga al ensayo.

Llegado el momento del ensayo encontré al jefe rodeado de compañeros, con varios papeles extendidos sobre la mesa que yo utilizaba. Me hizo sitio y sacó un sobre de su bolsa.

—Estos son para usted. Los he ido guardando.

Había programas, recortes y algunas fotografías. Antes de que pudiera examinarlos, uno de los muchachos le pidió que empezara por el viaje en avión. Otro quiso saber cómo había acabado tocando en Nueva York cuando habían salido para pasar las vacaciones de Navidad en Puerto Rico.

En un momento sorprendió a todos sacando de debajo de la mesa un instrumento de cuerdas que jamás habíamos visto.

—Nos lo ha regalado la tuna boricua como muestra de amistad. Es el cuatro puertorriqueño.

—Tiene diez cuerdas: los pares de Si y Mi se afinan en octavas y los otros tres al unísono. Su disposición por cuartas se parece a la de las bandurrias y los laúdes españoles, y también se toca con púa —añadió ante la curiosidad generada en quienes tocaban los instrumentos españoles de púa.

Los demás se acercaron para verlo mejor. Abrí el cuaderno. Esta vez podía detenerlo cuando una fecha no estuviera clara y pedirle que distinguiera lo que había presenciado de lo que le habían contado.

El nuevo le pidió que lo tocara. El jefe se sentó y rasgó las cuerdas con la púa verificando la afinación antes de tocar una melodía. Tuvo que fijarse en la posición de los dedos.

—Todavía tengo que acostumbrarme. Se toca como si fuera un laúd y yo toco la bandurria.

Uno de los guitarristas acercó una silla. Miraba su mano izquierda y, cuando terminó, le pidió que repitiera el comienzo. El jefe lo hizo más despacio y después le ofreció el cuatro.

—Prueba.

El muchacho dejó su guitarra en la mesa y le pasó el instrumento. Buscó las posiciones que acababa de ver y el sonido lo hizo reír.

—Tendré que empezar otra vez.

—Como yo allí.

El jefe le señaló dónde debía colocar los dedos. Los demás esperaron mientras probaba. Al devolvérselo, el guitarrista preguntó si lo llevaría al siguiente ensayo.

—Si vamos a usarlo, habrá que aprender a tocarlo —respondió el jefe.

Antes de guardarlo, otro quiso sostenerlo. Lo volvió con cuidado para examinar la caja y se lo pasó al compañero que aún no había podido verlo de cerca.

—Curiosa forma.

—Tiene esos recortes en la cintura. Me recuerda al violín —dijo otro.

El jefe les recordó que debían encontrarle un sitio donde quedara protegido.

—En el fondo no —dijo uno—. Luego mueven cualquier cosa del trastero y nos lo golpean.

Apartaron unos papeles de un estante y comprobaron si cabía allí. Mientras lo acomodaban, el jefe les pidió que lo envolvieran en algo que lo protegiera.

Después volvimos a la mesa donde había dejado los programas y las fotografías.

—Ahora sí —dijo el estudiante que había preguntado por Nueva York—. Cuéntenos cómo acabaron allí.

El jefe buscó entre los papeles que había traído. Sacó un programa, lo extendió y lo sujetó con cuidado para para que no pudiera doblarse.

Acerqué el cuaderno. Hasta entonces había seguido el viaje a través de sus cartas; ahora podía preguntarle por cuanto había sucedido entre una y otra.

—Regresamos a Nueva York el 7 de febrero —dijo—. Para entonces llevábamos fuera bastante más tiempo del que habíamos previsto.

—¿No ibais para las vacaciones de Navidad? —preguntó uno.

—Eso pensábamos al salir. Pero fueron llegando invitaciones y prolongamos la estancia.

Le pedí que me dejara ver el programa de su presentación en la Gran Manzana. Mientras copiaba datos, explicó que allí habían seguido contando con sus patrocinadores puertorriqueños.

—Finalmente fue el 23 de febrero cuando regresamos a Madrid.

Busqué esas fechas entre mis notas. Las cartas me habían permitido seguir algunas actuaciones, pero no había advertido hasta qué punto se había alargado el viaje.

—¿Y las clases? —preguntó el subjefe.

El jefe dejó los papeles sobre la mesa.

—También se lo preguntarán cuando vuelva a la Facultad —dijo un compañero.

Las risas hicieron que interrumpiera lo que estaba anotando. Quería oír su respuesta, pero otro muchacho ya le pedía las fotografías. Las fue sacando y colocando junto al programa. Le preguntaban dónde se había tomado cada una y quiénes aparecían con ellos. Cuando no recordaba un nombre, dejaba la fotografía aparte.

—Lo consultaré con los de Madrid.

Le ofrecí una hoja para apuntar aquellas dudas. Escribió dos nombres y me pidió que le recordara prestarle las cartas: quería comprobar qué nos había contado antes de ordenar los recuerdos del viaje.

El subjefe, entretanto, había recogido la guitarra que seguía apoyada junto a la mesa.

—¿Ensayamos algo? Ya nos contará lo demás otro día.

El jefe miró a los presentes y preguntó qué habían preparado durante su ausencia. Colocaron las hojas y comenzaron. El jefe escuchó los primeros compases sin intervenir. Al llegar a un pasaje, levantó la mano para dar una entrada, pero el estudiante encargado de hacerlo se le había adelantado. Bajó la mano y siguió escuchando.

Cuando terminaron, pidió que la tocaran otra vez. El subjefe le señaló al muchacho que había dado la entrada.

—Ahora empieza él.

—Lo he visto —respondió—. Vamos desde el principio.

Dejé las fotografías a un lado para escuchar. Había vuelto con música y noticias que todos querían conocer; también tendría que ponerse al corriente de lo que sus compañeros habían aprendido mientras estaba fuera.

Al terminar el ensayo, el jefe me pidió que le devolviera las cartas cuando hubiera acabado de tomar mis notas. Quería reunir las con los programas y las fotografías para que sus compañeros pudieran consultarlas.

—Los que entren después también querrán verlas —añadió.

Durante los meses siguientes acudí cuando me avisaban de que iban a reunirse. Desde el sótano, los acordes de las bandurrias y laúdes destacaban sobre las guitarras, aunque fuera de la Facultad rara vez me encontraba con ellos tocando.

Durante los meses siguientes seguí acudiendo a aquella habitación del sótano desde donde, de cuando en cuando, los acordes de las bandurrias y laúdes destacaban sobre el acompañamiento de las guitarras.

Algunos de los nuevos no habían conocido al jefe antes del viaje y le preguntaban por las fotografías que encontraban entre los papeles. Él les señalaba a los compañeros de Madrid y Puerto Rico, les decía sus nombres y recordaba dónde habían tocado juntos.

Entretanto, continué buscando noticias de otras agrupaciones. El viaje me había llevado a seguir la creación de una tuna al otro lado del Atlántico; en otoño encontré un artículo que me obligó a detenerme en las que estaban apareciendo mucho más cerca.

A finales de octubre de 1962 encontré en *Dígame* un artículo que me hizo volver a la Orden de noviembre. El autor hablaba de las «tunas piratas». Las describía como agrupaciones que no llevaban bandera, no estaban encuadradas en el SEU y carecían del permiso exigido para salir. Según la crónica, aunque eran multadas y perseguidas, resultaba difícil acabar con ellas. Mencionaba veinte tunas conocidas en Madrid, entre ellas una que se presentaba como tuna de los vecinos de la prolongación de la calle del General Mola.



Hasta entonces había intentado comprender cómo intervenía el Sindicato en una agrupación de universitarios. Aquella noticia planteaba otra cuestión: ¿qué ocurría con quienes se presentaban ante el público como tuna sin estar matriculados en la universidad ni pertenecer al SEU?

Llevé el recorte al siguiente ensayo. El jefe lo leyó y se lo pasó a un compañero.

—¿Los vecinos de una calle? —preguntó este.

Otro se acercó para comprobarlo. Durante unos instantes comentaron el nombre, pero el jefe volvió al pasaje sobre los permisos.

—¡A nosotros nos los exigen!

—Aquí tampoco dice si esos estudian —observó uno.

Le pedí que me mostrara dónde había encontrado aquella duda. Recorrió las líneas con el dedo.

—Dice que no están en el SEU, pero no es lo mismo.

Volví a leerlo con él. El artículo reunía bajo una misma denominación la ausencia de bandera y las salidas sin autorización.

Más adelante acusaba a algunos jóvenes de vivir de lo que recogían por las noches en restaurantes y otros locales. Un veterano dejó de leer.

—Si uno de esos se porta mal, luego, al llegar nosotros nos miran de otra manera.

—¿Os ha ocurrido?

Me dijo que en alguna ocasión habían tenido que explicar de dónde venían antes de que los dejaran tocar.

El jefe acercó una silla. Los instrumentos permanecieron en sus estuches unos minutos más. Aquella vez no necesitaba proponerles un caso: ellos conocían lo que podía suceder cuando otra agrupación se les había adelantado.

—Una noche nos dijeron que ya habían pasado otros —comenzó el veterano—. Que no querían más tunas.

—¿Dónde?

Me dio el nombre de un restaurante. Lo anoté y le pregunté qué había ocurrido.

—El dueño decía que habían molestado a los clientes pidiéndoles dinero de manera «poco correcta». Le explicamos que nosotros veníamos de la Universidad y al principio no quiso escucharnos.

—¿Y os dejó tocar?

—Uno de los camareros conocía a un compañero. Habían ido juntos al instituto. Lo llamó por su nombre y se quedaron hablando. Al final nos dejaron.

Volví al recorte.

—¿Llegasteis a ver a los otros?

Negó con la cabeza. Tampoco sabía si eran estudiantes. No podía identificar a quienes se les habían adelantado ni asegurar que fueran una de aquellas agrupaciones que el artículo llamaba «piratas».

—Pero al dueño le había quedado la idea de que todos hacíamos lo mismo —añadió.

El nuevo miró al jefe.

—¿Y cómo sabe la gente que somos de la Universidad?

—Por la bandera —respondió otro.

—Por el lazo del hombro —dijo otro enfáticamente.

—Aquella noche no sirvieron nuestros argumentos. Nos dejaron por el camarero —le recordó el veterano.

El jefe tomó el periódico y buscó el final del artículo. Allí se indicaba que el banderín de la facultad o escuela permitía distinguir una tuna verdadera de una pirata.

—Pero nosotros no llevamos siempre la bandera —observó un compañero.

—Solo en los actos oficiales —apostilló el jefe.

La respuesta me hizo levantar la vista. Había examinado la bandera y leído las disposiciones que regulaban su uso; ahora aparecía una salida en la que el público había tenido que reconocerlos de otra manera.

Les pedí que me aclararan aquella diferencia.

—Si vamos unos cuantos a tocar, no es como cuando salimos todos —explicó.

Dejé de escribir un momento. La noticia establecía una separación tajante entre las tunas del SEU y las piratas, mientras que el relato de los muchachos me obligaba a examinar qué hacían ellos cuando salían de tuna sin ser una salida oficial.

—¿Y quién decide esas salidas? —pregunté.

—Los que podemos ir. A veces uno avisa a los demás.

—¿Lo sabe el jefe?

—Si estoy, voy con ellos —respondió—. Pero no puedo salir siempre.

Le pregunté por la autorización y hubo un silencio muy espeso.

El veterano miró el periódico que seguía sobre la mesa.

—Tendríamos que mirar cómo se pidió aquella vez. Yo no me ocupé.

Anoté que debía comprobarlo. No quería convertir su falta de recuerdo en una respuesta sobre el permiso.

El nuevo volvió a señalar el pasaje sobre los restaurantes.

—¿Y pedir dinero a los comensales es lo que los hace piratas?

—Nosotros también recogemos —dijo un compañero.

—No será lo mismo recoger que molestar —respondió el veterano.

Le pregunté qué habría querido decir el dueño con aquella manera «poco correcta» de pedir. El veterano no pudo precisarlo: el hombre estaba enfadado, quería que se marcharan y no les había explicado mucho más.

—Por eso entramos primero dos a pedir permiso para cantar, sin instrumentos. ¡No íbamos a ponernos a tocar hasta que nos autorizaran! Siempre lo hacíamos así, por respeto al dueño.

El nuevo lo escuchó.

—¿Y si el camarero no hubiera conocido a vuestro compañero?

—Nos habríamos ido.

Un estudiante que hasta entonces había permanecido junto a la puerta intervino:

—Mi hermano estaba allí. Fue con nosotros, pero no estudia en la Universidad.

Dejé el lápiz sobre el cuaderno.

—¿Tocó?

—No. Se quedó en una mesa.

El jefe le preguntó si era la noche en que los había ayudado a llevar los estuches. Asintió. Le pedí que me dijera cómo habían llegado juntos al restaurante.

—Nos acompañó desde casa, luego se quedó escuchando.

Aquel detalle me interesó. Alguien podía caminar con ellos, llevar un instrumento y entrar en el mismo local sin formar parte de la tuna.

—¿Vestía el traje de la tuna?

—No, profesor.

Añadí ese dato. El muchacho se acercó para ver lo que escribía.

—Pero no lo apunte como tuno.

—He anotado que los acompañó.

Esperé a que terminara y después volvió junto a sus compañeros. Me había corregido antes de que mi relación de aquella salida incluyera a alguien que no pertenecía a la agrupación.

Al regresar a casa abrí la carpeta de las disposiciones. Tenía pendiente comprobar cómo habían solicitado el permiso; también quería releer qué exigían para formar parte de la tuna. El artículo hablaba de intrusismo, pero aún debía separar lo que denunciaba su autor de las condiciones que establecían los reglamentos.

Busqué en la Orden de 1955 lo dispuesto sobre los integrantes. Luego releí el artículo para fijarme en la manera en que su autor distinguía a las tunas verdaderas de las piratas. La bandera podía verse; la matrícula de un estudiante, no. Quienes vestían como los integrantes de las tunas del SEU ofrecían al público la misma imagen. Era muy difícil que todos se percataran de que aquella indumentaria no tenía el lazo que indicaba los estudios que cursaban.

Anoté esas diferencias y preparé el recorte para mi siguiente visita. Añadí la fotografía de Puerto Rico.

Cuando puse la fotografía sobre la mesa del ensayo, el jefe comenzó a señalar a quienes conocía. Lo dejé terminar antes de acercarle el periódico.

—Según lo que dice aquí, ¿cómo distinguirían a estos compañeros?

—Lucieron una beca confeccionada con los dos colores de su Universidad —respondió.

—Entonces aquí la beca dice que estudian. Lo manifiestan también cuando salen sin bandera.

Recordé las noticias de Madrid de 1960. Allí los jefes habían decidido sustituir el lazo por la beca; sin saberlo, los universitarios de Puerto Rico habían escogido esta misma prenda para mostrar su pertenencia a la Universidad.

Acercué la fotografía, quise observar sus detalles. La indumentaria se parecía a la de los tunos españoles y la beca aparecía un distintivo que, por su de mayor tamaño, permitía reconocer desde más lejos a qué universidad o facultad pertenecían.

Cuando el nuevo recogía los papeles, me preguntó si podían formar una tuna unos estudiantes que no hubieran aprendido de otra. La pregunta era lógica después de conocer el caso de Puerto Rico.

Norma había comenzado a reunir a los suyos después de escuchar a unos tunos en París y aquellos universitarios ya habían actuado cuando la Hispanoamericana llegó a la isla.

—Ellos comenzaron antes de conocer a los compañeros españoles —le respondí—. Después también adoptaron la beca, sin saber lo que había sucedido en España por sustituir el lazo.

El muchacho se quedó pensando.

—¿Y los primeros de aquí? Alguien tendría que empezar.

Un veterano mencionó a los sopistas, otro a los escolares pobres medievales.

—¿Quién dice que venimos de ellos? —preguntó el nuevo.

Saqué el díptico de Cádiz y les mostré la afirmación de los ocho siglos. Lo leyeron despacio.

—Aquí lo dice el Sindicato. ¿Pero de dónde lo sacó?

Le dije que esa era una de las preguntas que seguía intentando responder desde que supe de la existencia de ese díptico. Me pidió que llevara algunos de los artículos antiguos. Quería leer qué decían antes de que existiera el SEU.

Acordamos hacerlo al terminar el próximo ensayo. Guardé el díptico y dejé la fotografía sobre la mesa: aún había muchachos esperando que el jefe les contara quiénes aparecían en ella.

Preparé unas copias para que pudieran leerlas sin manejar los recortes originales. Incluí las descripciones de 1878 y algunos artículos sobre las actividades de aquellas agrupaciones. Anoté en cada hoja el periódico y la fecha.

Al terminar el siguiente ensayo, un muchacho recogió las cosas junto a dos compañeros. Aquella tarde volví a sacar el díptico para que todos pudieran verlo. Quiso la casualidad que también estuviera presente el delegado del Sindicato. Mientras guardaban los instrumentos, la conversación volvió sobre el origen de las tunas.

Uno de los estudiantes preguntó de nuevo por los ocho siglos.

—Eso es lo que nos han enseñado —respondió el delegado—. Las tunas vienen de aquellos estudiantes pobres que recorrían los caminos tocando instrumentos para poder mantenerse mientras estudiaban.

—¿Y cómo sabemos que eran tunas?

El delegado señaló el díptico.

—Aquí tenéis su historia.

Saqué entonces una de las copias que había preparado.

—Pero estos periódicos son anteriores al Sindicato. Quizá convenga ver qué decían entonces.

Comenzó por la crítica a la indumentaria de la Estudiantina Española. Se detuvo en las palabras *abigarrada y ecléctica* y me preguntó qué prendas había reunido aquel conjunto. Le mostré las otras descripciones para que pudiera compararlas.

Después puse ante él la reproducción de una fotografía de 1878 que llegó a circular por todo el país como postal de correos. La indumentaria del retratado se correspondía a la de la Estudiantina Española, pero debajo se leía: *Antiguo estudiante español*.

El muchacho acercó la imagen a los artículos.

—Aquí lo presentan como un estudiante antiguo.

—¡Y lleva el traje es el usado en el carnaval de París de 1878!

Volvió a leer el pie de la fotografía.

—Si hubiera visto esto sin los artículos, habría pensado que los estudiantes vestían así.

Su observación me llevó a pensar que pudo ocurrirle lo mismo a los que la vieron a la venta o circulando durante finales del siglo XIX y comienzos del siguiente. Además, la imagen ofrecía una identificación que el lector podía aceptar sin conocer las críticas a la mezcla de prendas. Lo anoté. Aún no sabía quién había elegido aquel pie ni en qué se había fundado para escribirlo.

Le expliqué que aquella imagen no estaba sola. En los artículos y las ilustraciones que había reunido aparecían estudiantes junto a otros personajes presentados como tipos de la vida española. Los escritores describían sus ropas, sus necesidades y sus maneras de comportarse. También los pintores y escultores los representaban.

—Eso es lo que llamamos *costumbrismo* —añadí—. Para entender esta fotografía tendremos que mirar también esas otras imágenes.

El muchacho volvió a las palabras impresas debajo del retrato.

—¿Entonces podía parecer antiguo porque la gente ya conocía esa figura?

—Podía reconocerla. Lo que debemos comprobar es qué estaba reconociendo y de dónde procedía esa imagen.

Acercó la crítica a la mezcla de prendas.

—Y si después alguien tomó el retrato como prueba... Dejó la frase sin terminar. Le pedí que anotara aquella posibilidad: aún tendríamos que encontrar quién había hecho esa identificación y cuándo.

Un compañero tomó el díptico de Cádiz y lo puso junto a las copias de las canciones.

—Aquí tampoco habla un tuno.

—Lo publica el Sindicato —respondió el nuevo.

Fue pasando las hojas de mis apuntes. En una encontró una descripción más extensa y llamó al veterano que ya se disponía a marcharse.

—Mira cómo iban vestidos estos.

El veterano dejó su bolsa y leyó con él. Compararon las prendas mencionadas con las que ellos usaban. Cuando no reconocían un término, lo señalaban para preguntármelo después.

—¿Nos las deja? —me pidió el muchacho—. Quiero terminar de leerlas.

Asentí. Buscó un lápiz y comenzó a anotar las dudas en el margen.

—Escribe también la página —le indicó su compañero—. Luego no vas a encontrar dónde estaba.

Antes de irse, separaron las hojas que hablaban del traje y las que relataban actuaciones. El nuevo quiso llevarse también el díptico.

—Si se lo presto, tendrá que devolvérmelo —le advertí.

Lo guardó entre las copias. Acordamos que me avisaría cuando hubiera terminado. Me interesaba escuchar qué encontraba en aquellas lecturas, pero tendría que dejarle tiempo para que sus preguntas no fueran únicamente las mías.

El muchacho conservó las copias durante varias semanas. Cuando me devolvió el díptico, hablamos de los pasajes que había señalado y quedamos en hablar de ello cuando sus clases se lo permitieran.

Entretanto, un colega mexicano con quien mantenía correspondencia me escribió desde Madrid. Había viajado a España y me propuso que nos viéramos antes de su regreso. Aproveché la ocasión para visitarlo. Él conocía mi afición por las estudiantinas, por lo que me no extrañó que me preguntara por los tunos de Murcia. Le hablé de ellos y acabé comentándole las noticias que había recibido de Puerto Rico. Entonces me contó que también en la Universidad de Guanajuato se había formado una estudiantina que se había presentado el 13 de abril de 1963 en la plazuela de San Roque, después de una función de entremeses cervantinos. Era la Estudiantina de la Universidad de Guanajuato.

—¿Qué ropa utilizan? —le pregunté—. ¿Cómo muestran que son estudiantes universitarios?

Mi colega me dijo que procuraría conseguirme una fotografía.

—Prefiero que la vea, no sabría describirle todas las prendas.

Le pedí que, si podía, acompañara la imagen con algún programa de sus actuaciones. Quería observar la indumentaria y conocer el nombre con que se presentaban ante el público.

—¿También le interesa lo que tocan?

—Claro. Y cómo lo aprendieron.

Mi colega anotó lo que le pedía. Después me contó que la estudiantina se había formado para incorporar música a los Entremeses cervantinos que se estaban preparando en Guanajuato y la vestimenta de las agrupaciones consideradas no encajaba con la época que querían representar.

La solución apareció cuando dos muchachos del Teatro Universitario se reunieron en casa de uno de ellos para escuchar un disco de la Estudiantina de la Universidad de Barcelona.

Según me contó, cuando el anfitrión mostró el disco a Joaquín «el Flaco» Arias —que buscaba aquella música— no tuvo dudas:

—¡Ese es el aspecto que quiero!

Unos instantes después, con un vasito de tequila en la mano, añadió al escuchar las guitarras y bandurrias:

—¡Y ese es el sonido que busco!

Recordé cómo los muchachos de Murcia habían aprendido canciones escuchando el disco de la Estudiantina Madrileña que les presté. En Guanajuato, la escucha aquel disco ofreció también una imagen con la que presentarse.

Le expliqué entonces por qué mi interés por la ropa: acababa de leer una noticia española que proponía distinguir a las tunas universitarias de otras agrupaciones por sus banderas y distintivos.

El nuevo que conservaba mis copias quiso saber qué disco habían escuchado pero la carta no lo precisaba.

—Pregúntaselo cuando contestes —le pidió al jefe.

Este le acercó una hoja.

—Escríbeme lo que quieres saber.

El muchacho anotó el título del disco y después añadió una pregunta sobre las primeras canciones. Un compañero se inclinó para leerla.

Le dejaron sitio en la mesa. Entre los dos prepararon unas líneas que el jefe incluiría en su respuesta. Yo les pedí que preguntaran si podían conseguir alguna noticia publicada en México. Interesaba conocer cómo se había anunciado aquella presentación y qué habían dicho de sus integrantes.

—Aquí la llaman estudiantina —señaló el nuevo.

—Así se llamó también la mía —le recordé.

Me devolvió la carta, pero mantuvo su hoja delante.

—Entonces no voy a preguntar por qué no se llaman tuna. Primero, que nos cuenten cómo empezaron.

Tachó unas palabras y volvió a escribir. Después leyó sus preguntas a los compañeros antes de entregárselas al jefe.

Me quedé con la fecha de la presentación anotada en el cuaderno. Aquellos estudiantes aún eran nombres desconocidos para nosotros, pero los muchachos ya querían escuchar sus canciones y saber cómo habían aprendido a tocarlas. Si la correspondencia prosperaba, podría seguir esa relación desde sus inicios.

En el siguiente ensayo les conté lo que mi colega había dicho sobre la elección del traje. El muchacho que había leído los artículos de 1878 fue a buscar sus copias.

—Querían que pareciera de la época de Cervantes —dijo—. Pero lo habían visto en un disco de una estudiantina de ahora.

El jefe le pidió que explicara qué le extrañaba poniendo sobre la mesa la copia de la postal del *Antiguo estudiante español*.

—Aquí la ropa de una estudiantina se usa para mostrar la imagen de un estudiante antiguo. Y en México han escogido una ropa de estudiantina universitaria para acompañar los entremeses.

Le pregunté si creía que ambos casos eran iguales.

—No lo sé, habría que ver el disco.

Anoté aquella petición para hacérsela a mi colega.

El nuevo se quedó mirando las dos hojas.

—Entonces podemos tocar canciones que nos enseñaron los veteranos y vestir como ellos sin saber de dónde viene cada cosa.

Uno de sus compañeros tomó la fotografía.

—Yo no había visto esto hasta que usted la trajo.

Le pedí que no confundiera lo que habían aprendido de quienes los precedieron con la explicación histórica que daban a ese aprendizaje. Podían recordar quién les había enseñado una pieza, cómo habían corregido un pasaje o de quién habían recibido una prenda. Otra cosa era averiguar cuánto tiempo llevaba ocurriendo y qué había cambiado.

—Poned también en la lista lo del disco de Barcelona, a lo mejor alguno lo tiene.

El nuevo añadió la petición. Después ofreció redactar una copia de las preguntas para mi colega mexicano.

—Así no tiene que escribirlo todo otra vez, profesor.

Acepté. Cuando terminó, se la dio a leer al compañero que había seguido la conversación. Este señaló una frase.

—Aquí parece que les dices que el traje está mal.

El muchacho volvió a leerla, la tachó y escribió de nuevo.

—Les pregunto cómo lo escogieron.

Me entregó la hoja cuando ambos estuvieron conformes. La llevé a casa para enviarla con mi carta.

Pasó el tiempo y en 1964, los amigos de la Tuna Hispanoamericana regalaron al jefe un ejemplar del disco de la Tuna de la Universidad de Puerto Rico reeditado con motivo de la Feria Mundial de Nueva York. Me lo mostró antes de llevarlo a la reunión. Mientras él se interesaba por los títulos de las canciones, yo me interesé por leer la presentación de la tuna que se hacía en la funda del disco.

El texto relacionaba a la tuna con las tradiciones hispánicas y evocaba a los estudiantes medievales. También mencionaba a Norma Urrutia y a los profesores que habían intervenido en su preparación musical.

—Aquí aparecen las dos cosas —le dije.

Se acercó para leer.

—¿Cuáles?

Le señalé primero el relato sobre los antiguos estudiantes y después los nombres de quienes habían formado y dirigido la tuna puertorriqueña.

—De esto último conocemos a personas que pueden contárnoslo, pero para lo otro necesitaremos seguir buscando.

Al llevar el disco al ensayo, el muchacho que había leído mis copias pidió ver la contraportada. El jefe le dejó la funda mientras preparaban el tocadiscos.

—¿Podemos copiar este texto también?

Le dije que sí. Buscó sitio junto a la mesa, pero un compañero lo llamó: estaban a punto de comenzar.

Dejó la funda para escuchar el disco y después volver a ella. Durante la escucha, el jefe reconoció el sonido del cuatro puertorriqueño y lo comentó cuando sobresalía en los diferentes pasajes musicales. Yo anoté la procedencia y editor del disco.

En la contraportada encontré otra afirmación que no había advertido al principio: presentaba a esa tuna universitaria boricua, formada por muchachas y muchachos, como la única del mundo en su género.

Se la mostré al jefe.

—¿Única por qué?

Leyó el párrafo completo antes de responder.

—Supongo que porque tocan juntos mujeres y hombres.

Anoté la frase tal como aparecía. Tendría que compararla con las noticias que conservaba de otras agrupaciones mixtas. El disco podía dar a conocer a aquellos estudiantes y, al mismo tiempo, atribuirles una singularidad que requería comprobación.

Mientras el tocadiscos lo reproducía, uno de los muchachos pidió la funda para examinarla detenidamente.

Entonces el jefe volvió a poner el fragmento de una canción

—Aquí hay algo que hacen diferente.

Escucharon hasta el final y después probaron con sus instrumentos. El jefe corrigió una entrada; otro encontró una posición más cómoda para continuar el pasaje. Cuando estuvieron conformes, el muchacho escribió arriba el título de la canción y añadió debajo: *Versión de Puerto Rico*.

—Pon también que el disco es del jefe —le recordó su compañero—. Luego habrá que devolvérselo.

El jefe les dijo que podían conservarlo unos días. Uno se ofreció a llevarlo a casa para escuchar mejor aquella parte y preparar una copia.

—Trae dos —le pidió el estudiante que había empezado a probarla—. Yo quiero seguir sacándola contigo.

Antes de marcharme miré la hoja. Habían dejado indicada la procedencia de lo que estaban aprendiendo. Si aquella versión llegaba después a otros estudiantes, al menos tendrían un nombre por el que comenzar a preguntar.

Guardé mis notas sobre la contraportada. La supuesta continuidad con los escolares medievales seguía pendiente; la relación entre aquellos compañeros, en cambio, empezaba a dejar rastros que podía seguir.

Cuando se levantaron, el veterano me preguntó si seguiría visitándolos. Le dije que sí.

—Entonces los verá cuando ya no estemos nosotros.

Lo acompañé hasta la puerta. Antes de salir se volvió hacia el muchacho con quien había estado tocando.

—El próximo día empezamos por eso.

Regresé a casa recordando a los estudiantes que habían dejado de acudir durante aquellos años. Habían terminado sus estudios. Algunos aparecían en las fotografías del viaje a Cádiz; otros, en mis primeras notas sobre los ensayos. Quería volver a hablar con ellos y conocer cómo había influido la tuna en sus vidas. Hasta entonces los había escuchado como integrantes de la agrupación y ahora me interesaba lo que pudieran contarme tras dejarla.

Capítulo 8. Una tradición que evoluciona

En 1965 me encontré a uno de los estudiantes que viajaron con la tuna a Cádiz. Ya trabajaba y apenas podía acudir a los ensayos. Me reconoció desde la otra acera y cruzó para saludarme.

Le pregunté si mantenía comunicación con sus compañeros. De algunos recibía cartas; con otros se veía cuando regresaban a Murcia. Me habló de uno que iba a casarse y de otro que le había ayudado a encontrar alojamiento cuando se trasladó por motivo de su trabajo.

—¿Seguís tocando cuando os reunís?

—Algo se toca y canta si hay instrumentos y unas cervezas.

Lo invité a venir a casa. Quería enseñarle las fotografías que conservaba del concurso. Aceptó y me pidió que buscara también las que se tomaron en el autobús.

—En esas estamos todos, en las del escenario siempre falta alguien.

Cuando vino, dejamos las fotografías sobre la mesa del comedor. Fue reconociendo caras y contándome qué sabía de cada uno. Al llegar a un compañero del que hacía tiempo que no tenía noticias, me pidió una copia.

—Su familia sigue aquí, puedo preguntarles.

Separé la fotografía. Él continuó mirando las demás y se detuvo en una donde aparecían preparando los instrumentos.

—De este me acuerdo mucho. Me prestaba una bandurria para que practicara en casa cuando entré en la tuna.

—¿No tenías una?

—Todavía no. Estaba ahorrando para comprarla y me la dejaba aunque luego tuviera que venir a recogerla cuando él tenía tocar.

No había anotado aquello durante mis visitas. Le pregunté si había vuelto a verlo.

—Hace años que no coincidimos.

Buscó su cara entre las otras fotografías. Después escribió el nombre al dorso de la copia que iba a llevarse.

Antes de marcharse vio el periódico que había dejado junto a mi sillón. Era *La Vanguardia* del 21 de agosto. La Tuna Universitaria de Barcelona desfilando en Nueva York. Se publicó que había actuado en la Casa Blanca ante la esposa del presidente Johnson.

Se quedó leyendo la noticia.

—Nosotros volvimos de Cádiz como si hubiéramos llegado muy lejos.

Sonrió y me devolvió el periódico.

Guardó las fotografías y quedamos en seguir en contacto. Lo acompañé hasta la puerta. Aquella tarde me había contado más de los años posteriores a la carrera de lo que yo habría podido encontrar en las noticias de sus actuaciones.

Llevé el periódico al siguiente ensayo. Lo dejé sobre la mesa mientras me quitaba la chaqueta y uno de los muchachos reconoció a los tunos de la fotografía.

—¡Venid a ver dónde ha acabado la Tuna de Barcelona!

Dos compañeros se acercaron. Otro, mientras afinaba, preguntó desde su silla:

—¿Dónde?

—Desfilando en Nueva York, también tocando en la Casa Blanca para la esposa de Johnson.

El jefe pidió el periódico. Apenas había comenzado a leer cuando le señalaron a uno de los fotografiados.

—¿Ese no estuvo en Cádiz?

—No lo veo bien.

Despejaron una mesa para extender las páginas. El muchacho que seguía afinando dejó el instrumento y se reunió con ellos.



—¿Y qué le tocaron?

Buscaron la respuesta en la crónica. Al encontrar *Valencia*, uno tarareó el comienzo.

—Esa también podríamos tocarla nosotros.

—Sí, pero para hacer un viaje similar tendrían que invitarnos —respondió su compañero.

Sonrieron. El jefe siguió leyendo y les contó que habían estado en la Feria Mundial de Nueva York.

—¿Cuánto tiempo se habrán quedado? —preguntó uno.

—¿Cómo habrán pagado el viaje? ¿Se lo habrán pagado? —añadió otro.

Me preguntaron si el periódico decía algo más. Les expliqué que aquella era la noticia que tenía y que procuraría conseguir las anteriores. El jefe dobló el periódico dejando a la vista el artículo.

—Déjenos este, profesor. Voy a escribirles.

Uno de los veteranos recordó el nombre de un compañero barcelonés. Entre dos buscaron su dirección en los papeles guardados en el sótano.

—Nos contará cómo lo organizaron si continúa allí.

—A estos los vemos en los periódicos más que a nosotros por Murcia —comentó uno.

El jefe levantó la vista.

—Aquí salimos poco.

Era cierto. Podía encontrarlos ensayando en el sótano y pasar mucho tiempo sin escucharlos por las calles. Quien no entrara allí difícilmente sabría cuántos se reunían o qué estaban preparando.

Dejó el periódico con ellos. Cuando comenzaron a ensayar, todavía hubo quien propuso incluir *Valencia* en la siguiente actuación.

Cuando regresé al ensayo, la carta estaba sobre la mesa. El jefe la había empezado, pero quería que los demás le dijeran qué preguntar.

—Lo del viaje —respondió uno.

—Eso ya está. ¿Qué más?

El estudiante que había reconocido una cara en la fotografía pidió que preguntara por aquel compañero. Recordaba su nombre, aunque no estaba seguro del apellido. Un veterano lo ayudó a completarlo.

—Dile que todavía me acuerdo de cuando vino a Murcia.

El jefe añadió unas líneas. Después leyó lo que llevaba escrito. Había preguntado quién los había invitado a Nueva York, cuánto tiempo habían permanecido fuera y cómo habían podido reunir el dinero.

—Pon también que aquí tienen sitio si pasan por Murcia —dijo otro.

—¿Dónde? —preguntó su compañero—. No vamos a meterlos a dormir en el trastero.

Entre las risas, uno explicó que en su casa podrían alojar a dos. Otro tendría que hablar con sus padres.

—Primero que contesten —dijo el jefe—. Pero les pondré que nos avisen si vienen.

Me pidió que leyera la carta antes de cerrarla. La petición de información ocupaba menos espacio que los saludos y los recuerdos de quienes se habían conocido.

Uno de los muchachos miró el reloj y empezó a recoger su instrumento. Había quedado en acompañar a su hermano a comprar una guitarra.

—¿Va a entrar en la tuna? —le preguntó un compañero.

—Todavía está en el colegio. Allí van a formar una tuna.

El jefe levantó la vista.

—¿Quién les enseña?

—Un profesor de música. Mi hermano me ha pedido que vaya un día.

—Ve —le dijo el veterano.

—Y antes de que compre nada, que vea si alguien puede prestarle una —aconsejó otro.

El muchacho se quedó un momento junto a la puerta.

—¿Tú no tenías una guardada?

Su compañero asintió.

—Mañana venís a casa y la probamos.

Le pregunté en qué colegio estudiaba su hermano. Me lo dijo mientras guardaba las hojas en el estuche. Cuando salió, el veterano me explicó que la guitarra llevaba tiempo sin usarse.

—Para que esté en un armario, mejor que alguien la toque.

Recordé al antiguo integrante que había venido a casa y me había contado cómo le prestaban una bandurria mientras ahorra para comprarla. Ahora alguien estaba dispuesto a hacer lo mismo con un muchacho que aún no había llegado a la Universidad.

A la semana siguiente, el muchacho llegó al ensayo acompañado de su hermano. Traían la guitarra prestada. El menor la sostenía bajo el brazo mientras buscaba dónde sentarse.

—Guárdala en la funda siempre que no la estés usando —le dijo el dueño.

Su hermano apartó un estuche y le acercó una silla. El chico se sentó con la guitarra sobre las rodillas.

—¿Te ha servido?

Asintió tímidamente con la cabeza.

—El profesor dice que esta guitarra está bien para aprender. El jueves tenemos ensayo y tengo que llevarla —dijo el menor con un hilillo de voz.

—Pues el jueves te acompaño —respondió el veterano—. Quiero conocerlo.

El muchacho miró a su hermano.

—¿Puedo quedarme a escuchar?

—Un rato, he dicho en casa que volverías antes de cenar.

Me presentaron. Al saber que había sido profesor de la Universidad, el chico se incorporó un poco en la silla. Le dije que podía seguir sentado.

—Ahora vengo a escuchar, como tú.

Sonrió y preguntó si todos los presentes eran universitarios. Su hermano fue señalando a los compañeros y diciéndole que estudiaban. Cuando los llamaron para comenzar, le pidió que acercara la silla a la pared.

El chico permaneció atento. Durante una pausa quiso saber si en su colegio podrían tocar una de aquellas canciones.

—Pregúntaselo a vuestro profesor —le dijo el jefe—. Si le interesa, os dejamos las partituras.

—¡Hasta las tenemos en lenguaje cifrado para los que no saben solfeo —añadió otro.

Antes de que terminara el ensayo, su hermano le hizo una señal. El menor comenzó a guardar la guitarra, pero se detuvo al ver que una cuerda se había enganchado en el borde de la funda. El dueño se acercó y le mostró cómo colocarla.

—Así. No hace falta apretarla.

El chico cerró la funda y le dio las gracias.

—El jueves la llevo.

—Y si se te rompe una cuerda, me lo dices. No dejes de practicar por eso.

Al despedirse, su hermano me preguntó si quería acompañarlos al colegio. El profesor de Música también podría contarme cómo estaban preparando la agrupación.

Acepté. Acordamos encontrarnos a la puerta: ellos entrarían al salir de clase y yo procuraría llegar a esa hora.

Llegué cuando los dos hermanos me esperaban junto a la entrada. El pequeño llevaba la guitarra prestada en su estuche.

—Hoy vamos a probarla con todos —me dijo contento.

Los acompañé hasta el aula donde ensayaban, la charla —muy amena— hizo que el camino discurriera sin sentirlo. El profesor de Música estaba colocando unas hojas sobre los pupitres. Mi compañero de a tuna murciana nos presentó y le explicó que su hermano había traído aquella guitarra al ensayo.

—Desde entonces no habla de otra cosa —dijo el profesor.

El chico bajó la mirada, pero sonrió. Abrió el estuche y sacó el instrumento mientras iban llegando sus compañeros. Algunos se acercaron a verlo; uno quiso saber si se lo habían comprado.

—Me lo han prestado.

—Pues tendrás que cuidarlo —le dijo otro.

Su hermano lo ayudó a afinar. El profesor dejó que terminaran antes de reunirlos.

—¿Te quedas a escucharnos? —le preguntó el pequeño.

—Para eso he venido.

Le indicó una silla junto a la mía. Después buscó su sitio entre los demás.

Comenzaron despacio. El muchacho miraba alternativamente las indicaciones de la hoja y la mano de su hermano, que seguía los cambios de posición sin tocar. En un pasaje se perdió y dejó de mover los dedos. El profesor detuvo al grupo.

—Vamos otra vez desde aquí.

Antes de comenzar, el chico se inclinó hacia su compañero para señalarle dónde estaban. Esta vez entraron juntos.

Durante el descanso, su hermano sacó las copias que había traído del sótano.

—Estas son las que le comenté. Tenemos también la versión en lenguaje cifrado.

El profesor las extendió sobre un pupitre. Eligió una y pidió al chico que acercara la guitarra.

—Vamos a ver hasta dónde puedes seguirla.

Su hermano se levantó para ayudarlo, pero el profesor le hizo sitio a su lado.

—Muéstramelo tú también. Así podré continuar con ellos cuando no estés.

El universitario acercó una silla y señaló el primer dibujo. Su hermano colocó los dedos y probó el acorde. El profesor siguió la hoja con un lápiz.

—¿Estas copias las preparáis vosotros?

—Uno de nuestros compañeros las hace para los que no saben leer música.

El pequeño quiso pasar a la siguiente posición, pero su hermano le indicó que esperara.

—Todavía no. Escucha en qué momento cambiamos de acorde.

Tocó despacio aquel fragmento. El chico lo intentó de nuevo. El profesor tomó la hoja y escribió la nota sobre la sílaba en que se hacía el cambio.

—Así podré repasarlo con él.

Dos compañeros se habían acercado a escuchar. El pequeño les hizo sitio y apoyó la guitarra sobre la pierna para que vieran mejor su mano. Cuando uno quiso probar, miró a su hermano.

—¿Se la puedo dejar?

—Claro. Ayúdalo a sostenerla.

El profesor aprovechó para llamar a los demás. Antes de que acabara el ensayo habían conseguido acompañar entre varios el comienzo de la canción.

Mientras guardaban los instrumentos, un chico preguntó si podrían tocarla en la fiesta del colegio. Otros se sumaron a la petición.

—Si la preparamos bien, sí —respondió el profesor.

El pequeño cerró el estuche y vino hacia nosotros.

—Tendrás que venir a escucharnos —le dijo a su hermano.

—Avísame cuando sepáis el día.

Después me miró.

—Usted también.

Acepté la invitación. El profesor conservó las copias y nos acompañó hasta la puerta. Allí le preguntó al universitario si podría volver alguna tarde.

—No hace falta que sea a todos los ensayos. Me vendría bien que los escuchara cuando hayamos avanzado un poco.

Mi acompañante consultó conmigo el día de nuestra próxima visita a la tuna.

—La semana que viene podría venir antes. Si terminamos a tiempo, luego iremos juntos a nuestro ensayo.

El pequeño, que ya salía al pasillo, se volvió y regresó por la hoja. Al despedirnos, el profesor le recordó que siempre llevara las hojas.

Salimos los tres. Durante el camino, el pequeño quiso saber si para la fiesta podrían vestirse como los de la tuna. Su hermano le dijo que aún tendría que hablarlo con el profesor.

—Pero tú tienes traje.

—Y me queda bien a mí. A ti habría que recogértelo por todas partes.

El chico se echó a reír, aunque enseguida propuso que su madre pudiera arreglarlo.

—Primero vamos a preguntar. No vayas a decirle que se ponga a coser esta noche.

Los dejé al llegar a la esquina. Continuaron juntos, con el pequeño ilusionado y explicando cómo podrían ajustarle la capa.

En el siguiente ensayo, su hermano contó la visita mientras sacaba el instrumento. Un compañero quiso saber cuántos chicos estaban aprendiendo y otro preguntó qué canciones preparaban.

—Si les dejamos las hojas, habrá que ir algún día a escucharlos —dijo el que había prestado la guitarra.

—Puedes venir conmigo la semana que viene.

Aceptó. Después preguntaron por los trajes. Uno recordó que guardaban prendas de antiguos integrantes, pero nadie sabía cuántas ni en qué estado se encontraban. Tampoco sabían si podían prestarlas sin pedir permiso al delegado del SEU.

—Antes de ofrecerlas, vamos a verlas —propuso el jefe.

Dos muchachos apartaron los estuches que impedían abrir un armario. Sacaron las prendas y las dejaron sobre dos sillas. Un jubón tenía una costura abierta bajo el brazo; otro parecía demasiado grande incluso para los universitarios.

—A mi hermano le va a llegar hasta las rodillas.

—Pues ese no —respondió el jefe—. No vamos a estropearlo para que lo use una tarde. Separaron lo que podía servir y volvieron a guardar el resto. El préstamo quedó pendiente de la consulta. Antes de comenzar el ensayo, el muchacho pidió que no olvidaran las partituras.

—Con estas ya pueden ir trabajando.

Un compañero reunió las copias y se las entregó.

La respuesta de Barcelona llegó antes de que volviéramos al colegio. El jefe llevó la carta al ensayo y esperó a que estuvieran casi todos para abrirla. Varios se acercaron a la mesa; aún querían saber cómo habían organizado aquel viaje a los Estados Unidos.

Había también fotografías. Mientras unos escuchaban la lectura, otros las iban pasando. Un estudiante separó una.

—Estas no son las del viaje.

En ella aparecían unas muchachas vestidas de tuna y listas para actuar.

—Es la Estudiantina Femenina Universitaria del SEU de Barcelona —dijo el jefe.

El muchacho me mostró la fotografía de 1964. Era la misma que tres años antes había grabado un disco de 45 rpm.

—Usted nos enseñó la tuna de Puerto Rico, esta es de Barcelona.

—Sí. Era un certamen en el que tocaban muchachos y muchachas.



Su compañero se acercó para mirar.

—¿Y tocan solas?

—Eso parece.

—Pues habrá que escucharlas —dijo quien tenía la fotografía.

Otro quiso saber si habían grabado algún disco. El jefe buscó entre los papeles por si la carta lo mencionaba, pero no encontró la respuesta.

—Lo preguntaré cuando les escriba.

El hermano del chico del colegio seguía mirando la imagen.

—Mi hermana toca la guitarra. Cuando nos oye ensayar en casa, acaba tocando con nosotros.

—Tráela un día —propuso un compañero.

El jefe levantó la vista.

—Si quiere venir a escucharnos, que venga.

—A escuchar no sé si se conformará —respondió su hermano.

Se rieron. Él dejó la fotografía sobre la mesa, pero volvió a recogerla al terminar el ensayo.

—¿Puedo llevármela para enseñársela?

El jefe le pidió que la devolviera en la siguiente reunión. Antes de guardarla, el estudiante anotó el nombre de la agrupación.

—Luego va a preguntarme quiénes son.

Me despedí mientras buscaba algo con que protegerla. Habíamos pasado la tarde separando trajes que podían prestar a unos escolares y mirando a unas universitarias que ya los vestían. Ahora aquella fotografía iba a salir del sótano para llegar a una muchacha que tocaba en casa y todavía no había venido a conocerlos.

En la siguiente reunión devolvió la fotografía y anunció que su hermana vendría al terminar sus clases.

—Estudia aquí —añadió, antes de que alguien se lo preguntara.

Llegó cuando ya habían comenzado. Su hermano dejó la guitarra para presentarla y ella se quedó junto a la puerta hasta que le acercaron una silla. Yo aparté mis papeles para hacerle sitio.

Durante un rato escuchó. Cuando reconoció una canción, acompañó en voz baja a quienes cantaban. Su hermano la oyó y, al terminar, le ofreció el instrumento.

—¿La sabes?

—La que cantamos en casa, sí. Vosotros la hacéis de otra manera.

Probó unos acordes. El muchacho que tenía al lado le indicó dónde cambiaban y ella volvió sobre aquel fragmento. Después tocaron juntos.

—Podrías venir el próximo día —le dijo él.

La joven miró a su hermano.

—¿Puedo?

El jefe, que había seguido escuchándolos, se acercó.

—Para ensayar, sí.

—Yo quiero tocar —respondió ella—. Si solo voy a mirar, no necesito traer guitarra.

Nadie contestó enseguida. Su hermano recogió una hoja y se la puso delante.

—Esta también la conoces.

Continuaron, aunque yo advertí que el jefe permanecía cerca. Al terminar, ella le preguntó si las muchachas de Barcelona actuaban como las otras tunas.

—Tendría que preguntarles.

—Pues pregúnteles también cómo empezaron. Conozco a dos compañeras que podrían venir conmigo.

El jefe buscó la carta entre los papeles.

—Escriba aquí sus nombres. Les contaré que quieren saberlo.

La joven dejó la hoja sobre la mesa. Antes de escribir, preguntó si podía añadir ella misma unas líneas. El jefe le cedió el lápiz y se apartó para dejarla trabajar.

Su hermano volvió a sentarse con los demás. Ella permaneció a mi lado, pensando cómo comenzar.

—No quiero que parezca que les pido permiso —me dijo—. Quiero que nos cuenten cómo lo hicieron.

—Entonces pregúnteles eso.

Escribió despacio. Al acabar, leyó lo que había puesto y cambió una frase. El jefe le pidió que dejara una dirección donde pudieran responderle.

Cuando se marcharon, el muchacho que le había ofrecido volver recogió la guitarra.

—Toca bien.

El jefe dobló la carta.

—Sí. Pero habrá que hablarlo.

—Para los que entramos este curso no hubo que hablar tanto.

Reconocí la voz de uno de los nuevos. El jefe lo miró y dejó la carta sobre la mesa.

—El próximo día lo hablamos con todos.

Guardé el cuaderno. Esta vez no les había planteado yo la pregunta. Cuando regresé, la joven aún no había llegado. Su hermano preguntó por ella nada más entrar.

—Vendrá con una compañera. ¿Habéis hablado?

El jefe le pidió que esperara a que estuvieran los demás. Entretanto, les dejaron dos sillas.

Las muchachas llegaron con una guitarra. La compañera llevaba unas hojas dobladas que sacó del bolso al sentarse. Se las mostró a su amiga y comenzaron a hablar en voz baja.

El jefe se acercó.

—Queríamos saber qué tenéis pensado.

—Tocar con otras compañeras —respondió la hermana—. Pero todavía no sabemos cuántas querrán.

—¿Y dónde ensayaríais?

Las dos se miraron.

—Eso también tendremos que buscarlo.

Uno de los veteranos señaló la habitación.

—Aquí cabemos si venís otro día.

—El local nos lo han dejado para nuestros ensayos —recordó el jefe—. Antes de ofrecerlo habrá que consultarlo.

La compañera volvió a doblar sus hojas.

—Podemos preguntar en la Facultad. Lo que nos cuesta más es encontrar a alguien que nos ayude a empezar.

El hermano se ofreció enseguida.

—Yo puedo ir.

—Tú tienes exámenes —le recordó ella.

—Vosotras también.

Un muchacho dejó el estuche que estaba abriendo.

—Podemos turnarnos. No tiene que ir siempre él. Además, nosotros no ensayamos aquí todos los días; sería cuestión de organizarnos.

El jefe les pidió que concretaran los días antes de comprometerse. Después acercó una silla y se sentó con ellas.

—¿Qué sabéis tocar?

La compañera extendió las hojas. Habían escrito los títulos de varias canciones; algunas formaban parte del repertorio de los muchachos.

—Estas las hemos probado entre nosotras. De las otras solo conocemos la letra.

Uno fue a buscar las copias. Cuando volvió, las puso junto a la lista.

—Esta os la podéis llevar. Tenemos otra.

La joven reconoció los dibujos de las notas y señaló uno que no entendía. Su hermano acercó la guitarra, pero ella lo detuvo.

—Espera, quiero probarlo yo.

Colocó los dedos y pulsó las cuerdas. Su compañera sujetó la hoja para que pudiera verla mejor.

Me quedé escuchando. La conversación sobre el local continuó a un lado; al otro, tres estudiantes empezaban a ponerse de acuerdo para tocar.

Antes de marcharse, las muchachas anotaron cuándo volverían. El jefe conservó la lista de canciones para reunir lo que pudiera servirles.

—No sabemos todavía cómo vamos a llamarnos —dijo la hermana.

—Para la carta no hace falta —respondió él—. Pondré vuestros nombres.

Ella comprobó que estuvieran bien escritos. Luego recogió la guitarra y esperó a su compañera en la puerta. Su hermano las acompañó hasta el pasillo.

Cuando volvió, el veterano le preguntó qué tarde podía dedicarles.

Abrieron sus cuadernos de clase sobre la mesa para comparar los horarios.

No encontraron una tarde que les viniera bien a todos. Uno tenía prácticas; otro, una clase que terminaba demasiado tarde. Fueron descartando días hasta que el hermano señaló un hueco.

—El martes puedo llegar antes.

—Yo también —dijo el dueño de la guitarra prestada—. Pero a las seis tengo que marcharme.

Lo anotaron. El jefe se quedó con la tarea de consultar el uso de la habitación.

Antes de irme, le pregunté por la carta de Barcelona.

—Todavía no han contestado.

Había dejado junto a ella la lista de las muchachas. Me pidió que no me llevara la fotografía: quería enseñársela a quienes habían faltado.

La semana siguiente encontré al hermano en la puerta de la Facultad. Traía la guitarra y parecía tener prisa.

—Hoy ensayamos en casa. Aquí aún no nos han dicho nada.

Me invitó a acompañarlo. Durante el camino explicó que su hermana había reunido a otras dos compañeras, pero una no podría quedarse mucho tiempo. Tendrían que aprovechar la primera hora.

Nos abrió ella. Habían apartado las sillas del comedor y colocado las hojas en el centro de la mesa. Una de las jóvenes se levantó para saludarme; las otras estaban intentando afinar una guitarra.

—Esta cuerda no se queda donde la pongo.

El universitario dejó el estuche y se acercó a comprobarla. Mientras tanto, la chica fue a buscar otra silla para mí.

—No tenemos mucho sitio.

—Aquí estoy bien.

La madre asomó por la puerta y les pidió que terminaran antes de la cena. Después dejó un plato con unas galletas y unos vasos de zumo sobre el aparador.

Comenzaron por una canción que todas conocían. El muchacho las acompañó, pero al llegar a la segunda estrofa una se detuvo: en su hoja faltaban unas líneas.

Su compañera acercó la silla.

—Mira mi hoja. Luego las copias.

Continuaron compartiendo el papel. El hermano corrigió un cambio y esperó a que lo probaran. Cuando repitieron la canción, dejó de tocar durante unos compases para escucharlas.

Al terminar, su hermana lo miró.

—¿Por qué has parado?

—Quería saber si podíais seguir.

—Pues avisa. He pensado que nos habíamos equivocado.

Él sonrió y volvió a tomar la guitarra. Esta vez acordaron dónde las dejaría continuar solas.

Llegó el otro universitario cuando ya llevaban un rato. Se disculpó por el retraso y buscó un sitio entre las sillas. Antes de sentarse preguntó qué habían preparado.

La joven que debía marcharse recogió su bolso.

—Cuéntaselo tú —le pidió a su compañera—. Yo vuelvo el martes.

—Llévate la hoja.

—Nos queda una sola.

La hermana buscó papel en un cajón.

—Espera, te copio lo que falta. Así no tienes que empezar de nuevo cuando vuelvas.

El muchacho recién llegado le sostuvo la guitarra mientras ella escribía. Yo acerqué el plato de galletas, que nadie había tocado todavía.

La madre volvió cuando comenzaban otra canción. Esperó a que terminaran antes de entrar.

—El martes podéis venir, pero después tendremos que buscar otra hora. Vuestro padre llega del viaje y necesita descansar.

Su hija dejó de rasgar la guitarra.

—Podríamos empezar antes.

Una compañera negó con la cabeza: no salía de clase hasta las cinco. Fueron comparando sus horarios mientras la madre comenzaba a preparar la mesa para la cena. Recogimos las hojas y devolvimos las sillas a su sitio.

Al salir, el hermano propuso preguntar por un aula.

—Una cosa es que no nos dejen el sótano y otra que no haya ninguna habitación.

Su hermana le pidió que esperara.

—Mañana iremos nosotras. Tú ya has preguntado por vuestro local.

Se despidieron en la puerta. Caminé con los dos universitarios hasta la esquina, donde cada uno tomó su camino.

La semana siguiente cuando volví al ensayo, el jefe me llamó antes de que me sentara. Había llegado la respuesta de Barcelona.

—La muchacha se llevó la carta para leerla con sus compañeras. Nos ha dejado esto.

Me tendió una hoja en la que había copiado una dirección y el nombre de la persona a quien podían escribir.

—Ya no tendrán que hacerlo todo por medio de nosotros.

Le pregunté si habían resuelto dónde reunirse. Aún no. Entretanto, seguirían en casa, procurando terminar antes de que regresara el padre.

El jefe guardó la dirección y sacó otra carta del mismo sobre.

—También nos han contestado lo del viaje.

Dos muchachos dejaron de afinar y se acercaron. Él buscó el párrafo que respondía a sus preguntas sobre los gastos. Uno quiso que lo leyera desde el principio; otro fue a buscar una silla.

—No basta con que nos inviten —dijo un veterano—. Hay que saber qué nos pagan.

—Y cuánto tendremos que poner nosotros.

El jefe continuó leyendo. Al terminar, un estudiante le pidió la carta y volvió sobre las condiciones.

—¿Y si alguno no puede ir cuando llegue el momento?

—Por eso no podemos dar nombres todavía.

Dejaron el papel abierto sobre la mesa. La fotografía de la Casa Blanca les había hecho imaginar el viaje; aquella respuesta empezaba a ponerle cuentas y compromisos.

—Antes de contestar a una invitación así, habrá que reunirnos todos —añadió el jefe.

Uno de los nuevos, que había permanecido escuchando, preguntó:

—¿También los que no puedan viajar?

—También. Los instrumentos y la bandera siguen siendo de la tuna.

La semana siguiente, cuando volví al ensayo, el jefe me llamó antes de que me sentara. Había llegado la respuesta de Barcelona.

—Han contestado a las preguntas de las muchachas. Nos cuentan cómo empezaron y dan una dirección para que puedan escribirles directamente.

Le pregunté si podía leerla.

—La muchacha se llevó la carta para leerla con sus compañeras.

Me tendió una hoja en la que había copiado aquella dirección y el nombre de la persona a quien podían dirigirse.

—Ya han escrito —añadió—. Su hermano llevó la carta al correo.

Dejé la hoja sobre la mesa y pregunté por el lugar donde ensayaban. Seguían reuniéndose en la misma casa, aunque habían tenido que cambiar de tarde para no coincidir con el descanso del padre.

—Han pedido un aula. Están esperando que les digan algo.

En ese momento llegó el hermano. Traía las copias que habían utilizado las muchachas y una petición para el compañero que las preparaba.

—Mi hermana dice que falta un cambio. Lo han marcado aquí.

El estudiante tomó la hoja, buscó su guitarra y probó el pasaje.

—Tiene razón.

Corrigió el dibujo de la nota y volvió a tocarlo antes de devolverle la copia.

—Dale las gracias. Voy a mirar las nuestras.

El hermano dejó las demás hojas sobre la mesa.

—También quieren saber si podríais ayudarlas a preparar una actuación. Les han preguntado si tocarían en una fiesta del colegio.

—¿Han dicho que sí?

—Han dicho que necesitan saber cuándo sería y cuánto tiempo tendrían que tocar.
El jefe sonrió.
—Bien hecho, antes deben ser bastantes más, crear un repertorio mínimo de canciones y sabérselas de memoria.
—¿Han dicho que sí?
—Han dicho que necesitan saber cuándo sería y cuánto tiempo tendrían que tocar.
El jefe sonrió.
—Bien hecho. Antes deben ser bastantes más, preparar un repertorio mínimo de canciones y sabérselas de memoria.
El hermano guardó las copias.
—Todavía están buscando compañeras. Algunas han ido una tarde, pero no saben si seguirán.
—Pues que no prometan una actuación hasta saber con quiénes cuentan —añadió el jefe.
Uno de los veteranos preguntó si todas tocaban algún instrumento.
—No. Algunas quieren cantar. Mi hermana les ha dicho que vengan a probar.
—¿Y quién va a ayudarlas?
—Yo seguiré yendo cuando pueda y no quiero que dependan de que esté allí para comenzar.
El compañero que había revisado la copia de la canción le pidió que se la mostrara una vez más. Añadió el nombre de la canción en la parte superior.
—Diles que empiecen por esta. Cuando puedan tocarla entera les daremos otra.
El hermano dobló la hoja con las demás.
—Hablaré con mi hermana para que explique al colegio lo que les falta, le hacía ilusión la fiesta pero parece muy prematura esa presentación.
—Que sigan haciendo planes, pero que les dé tiempo a aprender—respondió el veterano—.
El jefe tomó su instrumento y llamó a los que aún conversaban junto a la puerta. Mi compañero dejó el estuche abierto a sus pies y ocupó su sitio. Las copias para las muchachas quedaron dentro, preparadas para la próxima visita.
Al terminar, el hermano se acercó al jefe.
—¿Qué le digo de los trajes? También me lo ha preguntado.
El jefe miró el armario.
—Que no los encarguen todavía. Primero tendrán que saber cuántas van a seguir y **preparar** un repertorio mínimo. No es sensato que gasten dinero antes.
—No quiere comprarlos. Quiere saber cómo podrían hacerlos.
—Da igual, la tela y los demás materiales tampoco salen gratis. Que tengan paciencia.
Uno de los veteranos recordó la fotografía de Barcelona.
—Que escriban también sobre eso. Las de allí ya habrán tenido que resolverlo y sus comentarios les serán de ayuda.
Le pregunté al muchacho si su hermana había podido leer la carta con todas sus compañeras.
—Con dos. Las demás no fueron ese día.
Se quedó un momento pensando antes de guardar el instrumento.
—Le diré que no corra tanto. Aunque fui yo quien le enseñó la foto.
Salimos juntos. En la puerta le pedí que les hiciera llegar mi ofrecimiento: si querían volver a mirar la fotografía de Puerto Rico, podía llevársela. Me dio las gracias y se apresuró para alcanzar a sus compañeros.
Durante las semanas siguientes coincidí menos con él. Unas veces faltaba por los exámenes; en otras llegaba cuando ya habían comenzado. Cuando pude preguntarle por su hermana, me dijo que seguían reuniéndose, pero que habían dejado pasar la fiesta del colegio.
—Les daba pena. Luego probaron las canciones una detrás de otra y vieron que todavía no podían.
—¿Siguen las mismas?
—Una ha dejado de ir, ahora viene otra que toca el acordeón.

Le pregunté qué había ocurrido con las hojas.

—Las tiene mi hermana. Y apunta lo que hacemos cada tarde, para no volver siempre al principio.

No había traído nuevas peticiones. Aquella vez pudo quedarse hasta el final del ensayo.

Al recoger, el jefe informó sobre una actuación por la que les habían ofrecido una cantidad. Habían recibido las condiciones y necesitaban saber quiénes podrían acudir.

—Yo ese día puedo —respondió—. ¿A qué hora volveríamos?

El jefe le mostró la carta.

El muchacho la leyó de un tirón.

—No llego, al día siguiente tengo examen.

—¿A qué hora?

Se lo dijo. El jefe hizo una anotación junto a su nombre.

—Voy a preguntar si podemos tocar antes. Pero no cuentes con ello todavía.

El muchacho le devolvió la carta. Había sido el primero en ofrecerse y ahora tendría que esperar.

—Si no puedes, ya habrá otra ocasión —le dijo su compañero.

—Sí, pero estaba aprendiendo esas canciones.

—Y las seguirás aprendiendo. Ven el próximo día y las repasamos.

Se quedaron hablando mientras los demás recogían. Me acerqué al jefe y le pregunté para qué querían emplear aquella cantidad.

—Tenemos la posible compra de algunos instrumentos. Y hay quien propone ahorrar para grabar un disco.

Miré hacia los estuches. Recordaba las veces que habían llevado un disco al ensayo y detenido la aguja para volver a escuchar un pasaje. Ahora querían estar al otro lado de los hechos: dejar grabada su propia manera de tocar para que sean otros los que pongan su disco.

—¿Habéis preguntado cuánto costaría?

—Todavía no, antes tenemos que saber si podemos aceptar esto.

Volvió a doblar la carta.

—Tampoco sé a quién tenemos que comunicarlo ahora.

Le pregunté qué quería decir.

—Antes lo llevábamos al delegado del SEU. No sé cómo se hace ahora.

Quedamos en hablar cuando lo hubiera averiguado. Al salir encontré al muchacho esperando a su compañero junto a la puerta. Me preguntó si yo iría a escucharlos.

—Cuando sepáis el día y la hora, decídmelo.

—A ver si podemos ir los dos.

Su compañero llegó y le pidió las hojas.

—Me las llevo esta noche. Mañana te marco lo que falta.

El muchacho abrió el estuche y se las entregó. Después se marcharon juntos.

La siguiente vez que acudí, el jefe me dijo que habían contestado. La actuación terminaría a tiempo para que el muchacho pudiera regresar antes de su examen.

—Ahora no tienes excusa para dejar de estudiar —bromeó su compañero.

Él sonrió y sacó las hojas. Había pasado las indicaciones a una copia nueva; en la anterior apenas quedaba sitio entre las correcciones.

No los acompañé aquella noche. Les pedí que vinieran a contarme cómo había ido y, unos días después, dos se presentaron en casa. Uno dejó sobre la mesa un papel con las cuentas. Después de pagar el desplazamiento, podrían comprar unos pocos instrumentos y reservar una cantidad.

—Para el disco todavía falta —me dijo.

El otro había llevado su instrumento. Quería mostrarme el pasaje que tanto le había costado preparar. Aparté una silla para que pudiera sentarse y lo escuché. Cuando terminó, su compañero le indicó que aquella noche lo había tocado algo más deprisa.

—Estaba nervioso.

—Pues salió.

Se quedaron un rato. Antes de marcharse, el muchacho me habló de su hermana. Seguía reuniéndose con las compañeras del colegio, aunque ahora tenían que buscar un horario que les

conviniera a todas. La que tocaba el acordeón les había enseñado una canción y estaban probándola con las guitarras.

—¿Y las hojas que os pidieron?

—Las usan, pero algunas cosas las están cambiando porque no tienen nuestros instrumentos.

Le pedí que me avisara cuando quisieran que fuera a escucharlas. No necesitaban preparar una fiesta para que pudiera visitarlas.

El año terminó y en el verano de 1969 comenzaron a hablarme de una tuna que se estaba formando entre los estudiantes de Medicina de mi universidad. Ya había cumplido setenta y ocho años y aún me entretenía asistiendo a los ensayos de la tuna. La noticia llegó al terminar un ensayo, pocas semanas después de haberse iniciado el curso. Uno de los muchachos conocía a un estudiante de Medicina y nos contó que estaban formando una tuna. Habían comenzado a ensayar el 12 de octubre.

—Son unos doce y todos estudian Medicina.

El jefe dejó de recoger los papeles.

—¿Y quién les enseña?

—Uno que vino trasladado desde Granada. Allí perteneció a la Tuna de Distrito. Las canciones las están sacando de un disco de la tuna madrileña: lo ponen y vuelven a escucharlo hasta que consiguen sacar cada parte.

—¿Dónde se reúnen?

—Les han dejado usar un aula en la parte trasera del Hospital General, fuera del horario de clases. Allí la Facultad dispone de unas aulas mientras terminan el nuevo edificio en el Campus de Espinardo.

—¿Ya se han hecho los trajes? —preguntó otro.

—Han hablado con la Tuna de Peritos de Cartagena para comprarles los que tienen usados.

—¡Tendrán que ver cómo les quedan!

—Se tendrán que adaptar a lo que encuentren si quieren ahorra dinero en eso.

Yo seguía acercándome a la habitación del sótano cuando me avisaban de un ensayo y ellos siempre me buscaban una silla junto a la mesa del jefe sin que tuviera que pedirla. Mis ausencias hacían que ya no los conociera a todos, pero aquellos comentarios eran nuevos para mí. Quise saber cómo habían empezado a reunirse los estudiantes que organizaban la tuna de Medicina.

—Por uno que vino trasladado desde Granada, allí fue tuno de la Tuna de Distrito.

—¿Sabes su nombre? —preguntó el jefe.

—No, sólo que para ellos él es el *Pipas*, allí todos funcionan con un apodo, *cognomen*, le dicen.

—¿Es que fuma en pipa? —inquirió otro con curiosidad

—Sí, pero me comenta que no es por eso por lo que le llaman así. Es de la Falange y acude a clase con una pistola, su *pipa*.

El silencio se hizo entre caras de asombro y desconcierto. Nadie había esperado que, al preguntar por las canciones de la nueva tuna, acabáramos hablando de una pistola en clase.

Anoté lo que había contado. No llegué a conocer a aquellos estudiantes, pero la noticia me dejaba una pregunta: ¿qué estaban aprendiendo sus compañeros al formar la agrupación?

La explicación de los sopistas seguía sin ofrecerme el recorrido que buscaba.

Antes de cerrar el cuaderno encontré una indicación que había escrito muchos años atrás:

Preguntar a los que estaban antes.

Ahora también me interesaba saber de quienes estaban formando la nueva tuna.

Capítulo 9. Los ocho siglos

En abril de 1965 se había producido un cambio importante en la organización estudiantil. Un decreto estableció las Asociaciones Profesionales de Estudiantes, que sustituyeron al Sindicato Español Universitario. Con ello, el SEU, que durante décadas había intervenido en la vida universitaria y en el funcionamiento de las tunas, desaparecía oficialmente.

Sin embargo, aquella desaparición no significó que se borrara todo cuanto el Sindicato había dejado tras de sí. Algunas prácticas se mantuvieron, como la necesidad de solicitar permisos para salir de ronda por las calles y para viajar, que en los últimos años del SEU ya se expedían con validez anual. También sobrevivieron las explicaciones que había difundido sobre el pasado de las tunas. La memoria colectiva era más difícil de modificar.

Un lustro después, en la primavera de 1970, volví a tener noticias del proyecto de la Tuna de Medicina, mientras que la tuna del SEU, ahora tuna del Distrito Universitario, cuya actividad seguía desde mis tiempos de profesor llevaba varios años inactiva. Un día me encontré por la calle al muchacho que nos había hablado de los primeros ensayos de la Tuna de Medicina y me comentó que habían celebrado una fiesta en el Casino de Murcia para presentar a su madrina.

—Entonces han seguido ensayando —le dije.

—Sí, todas las semanas desde octubre.

Le pregunté si había asistido a alguno de sus ensayos. Él no había ido, pero esperaba que su compañero le enseñara las fotografías.

—Me gustaría verlas si consigue alguna.

Quería saber el resultado de aquellas gestiones con los tunos de Peritos de Cartagena. También me interesaba conocer si todos los estudiantes que se reunieron inicialmente habían llegado hasta la presentación. En octubre me habían hablado de unos doce estudiantes; ignoraba si seguían los mismos.

El muchacho quedó en preguntarlo. Antes de marcharse, quiso saber si conservaría una copia de la fotografía.

—Se lo diré. Ya sabemos que usted guarda estas cosas.

Cuando llegué a casa busqué la nota del 12 de octubre. Había escrito la fecha de su primer ensayo y lo que me habían contado del estudiante llegado de Granada. Añadí debajo la fiesta del Casino, dejando espacio para precisar el día.

Pasaron varias semanas antes de que volviera a verlo. Me trajo una fotografía que su compañero le había prestado.

—Tengo que devolverla, es la única copia que conserva.

La imagen mostraba a varios estudiantes ensayando en un patio del Hospital General, en la zona destinada a la Facultad de Medicina y otras de una de los exámenes que hacían a sus

novatos, pero la que más me impactó fue la que usaron para felicitar en la Navidad de 1970: todos “vestidos” solo con la beca tras un cartel que tapaba sus zonas públicas.



Reconoció a su compañero y me lo señaló. De los demás no pudo darme los nombres, solo sus apodos. El Pipas había sido el presidente fundador. No recordaba todos, pero sí que el Óvulos, Pez, Gaby, Cabras, Eliseo, La Voz, Somega, Suso, Delfín y Urgencio pertenecieron también a aquella primera generación. Después se incorporaron el Ogro, Foca, Demóstenes, Corleone, Sospechoso, Tiburón, Oscuro, Prisiones, Perjudicado, Enano Saltarín, Felipito Tacatún, Nene y Trino por mencionar solo a unos cuantos para dejar constancia del ingenio y el humor que caracterizaban a los integrantes de aquella tuna.

Más tarde llegó otro tuno de Granada que hizo buenas migas con algunos de los recién llegados, entre ellos Ardilla, Rulos, Nerón y Bombillas. Por entonces se había puesto de moda entre los tunos interpretar canciones del folclore argentino, y el segundo de ellos apareció un día con un bombo legüero, dejando temporalmente de lado su inseparable pandereta.

El muchacho se sentó. Había hablado con su compañero de los ensayos y de las canciones que preparaban. Algunas las conocía también nuestra tuna y no sabía identificarlas por su título.

—Dice que a veces uno empieza a cantarla y entonces los demás se acuerdan de cuáles. Le pregunté si habían recibido partituras.

—Siguen utilizando el disco.

Aquello me recordó una tarde de los años sesenta, cuando asistía a uno de los ensayos de nuestra tuna. Vi a un veterano entregar unas hojas a uno de los nuevos. Habían quedado en trabajar juntos, pero el primero tenía que marcharse antes.

—Empieza por esta. Lo que no entiendas, márcalo.

El nuevo pasó las páginas.

—¿Y si no me sale?

Un compañero se acercó con su instrumento.

—Yo me quedo un rato.

Apartaron dos sillas del paso. El primero les indicó dónde habían terminado la última vez y esperó a que ambos encontraran el pasaje antes de despedirse.

Me quedé junto a ellos. El nuevo tocó despacio, se detuvo y volvió al comienzo. Su compañero lo dejó terminar.

—Eso ya lo tienes. Sigamos con el siguiente pasaje.

No saqué el cuaderno mientras trabajaban. Al acabar, el muchacho escribió una señal en el último pasaje ensayado y guardó las hojas.

—Así mañana no empezamos otra vez por lo que ya me sale bien.

Su compañero le pidió que se las enseñara antes de cerrar el estuche. Comprobó la marca y añadió una indicación.

—Y esto pregúntaselo a él cuando vuelva. Yo no estoy seguro.

Había conservado aquella escena en mis apuntes. Los estudiantes se enseñaban unos a otros lo que sabían, y lo aprendido pasaba después a quienes iban incorporándose. Pero no solo transmitían canciones y maneras de tocar. También historias sobre el pasado de las tunas.

Recordé entonces lo que me habían contado del estudiante llegado de Granada.

—¿Tu compañero de Medicina te ha dicho algo más del granadino?

—Que les ayudó mucho al principio.

—¿Y les habló de los sopistas?

—Sí. Dice que fue él quien se lo contó.

—¿Y tú conocías esa historia?

—¡Claro, eso lo sabe todo el mundo!

—¿Quién te la contó?

Se quedó pensando.

—No me acuerdo. Antes de entrar en la tuna ya la había oído. En casa, quizá. O en el colegio.

Me interesó aquella respuesta. Dos estudiantes habían recibido una misma explicación por caminos distintos: uno de boca del granadino y otro en un momento que ya no podía recordar. Ninguno había necesitado consultar un libro para conocerla.

Cuando llegué a casa abrí la carpeta donde guardaba los programas de las tunas. Entre ellos estaba el díptico de Cádiz de 1956, publicado por el SEU. Volví a leer la afirmación que había llamado mi atención desde que lo encontré:

Ocho siglos de existencia.

El Sindicato había difundido aquella antigüedad como parte de la historia de las tunas. Ahora, catorce años después, encontraba la misma explicación entre estudiantes que habían comenzado a formar una nueva agrupación.

La diferencia era que aquellos muchachos no parecían conocer el impreso. La historia les había llegado de boca en boca.

En una de sus visitas, mostré el díptico a mi joven informante.

—¿Habías visto esto alguna vez?

Lo examinó y negó con la cabeza.

—No, pero eso de los ocho siglos ya lo sabía.

—¿Y tu compañero de Medicina?

—No se lo he preguntado.

—Hazlo. Me interesa saber si conocía esa historia antes de entrar en la tuna.

Se quedó mirando el programa.

—¿Y los de Granada lo habrían leído aquí?

—No lo sé. Pudieron conocer este programa, pero también pudieron recibir la explicación de otros estudiantes.

—De los que estaban antes.

—Eso es lo que quiero averiguar.

Le expliqué que el díptico demostraba que el SEU había difundido aquella interpretación y estaba reconstruyendo cómo había llegado a los estudiantes de Medicina.

—Pues habrá que preguntarle al de Granada.

—Sería lo mejor. Pero primero averigüemos qué recuerda tu compañero.

Antes de marcharse, me pidió que le escribiera las preguntas.

—Si intento acordarme de todo, seguro que me dejo algo.

Escribí dos: si su compañero conocía la historia de los sopistas antes de incorporarse a la tuna y si el estudiante granadino había mencionado de quién la había recibido.

Añadí una tercera: si alguno de ellos había visto un programa que hablara de los ocho siglos.

El muchacho guardó la hoja con la fotografía que debía devolver.

Cuando me trajo nuevamente la imagen, el papel que la acompañaba llevaba varios nombres. Su amigo había identificado a quienes recordaba y dejado sin completar los demás.

—Dice que uno apenas estuvo durante unos ensayos y que de otro solo se acuerda del apodo.

Le agradecí que no hubiera rellenado los huecos por su cuenta. Me señaló una anotación al pie: podía hacer una copia, pero debía devolver el original.

—¿Y las preguntas?

—Mi compañero no conocía la historia antes de entrar. Se la contó el de Granada. No sabe de dónde la había sacado, pero dice que era *vox populi* en su universidad. Tampoco recuerda haber visto ese programa.

Volví a mirar el díptico. Tenía delante dos testimonios diferentes: uno impreso, que acreditaba la difusión de los ocho siglos por el Sindicato, y otro oral, que mostraba cómo aquella explicación seguía circulando entre los estudiantes.

No había conseguido identificar a todos los que habían intervenido en su transmisión, pero sí había podido seguir uno de sus recorridos: del estudiante granadino a los fundadores de la Tuna de Medicina de Murcia.

—¿Va a escribir todo eso? —preguntó el muchacho.

—Primero voy a ordenarlo.

—Mi compañero dice que, si necesita más datos, puede intentar averiguarlos.

Doblé la hoja con cuidado. Hasta entonces había sido aquel estudiante quien me llevaba noticias de Medicina. Ahora alguien de la nueva tuna, sin haberme conocido, se había detenido ante una fotografía para ayudarme a conservar sus nombres.

Volví a leer la frase del díptico: *Ocho siglos de existencia*.

Recordé aquella reunión de los años cincuenta en la que el delegado del Sindicato había defendido la antigüedad de las tunas. Cuando le mostramos los artículos del siglo XIX, había insistido en que los estudiantes pobres de otros tiempos eran sus antecesores. Sin embargo, aquellos periódicos hablaban de agrupaciones surgidas en circunstancias muy diferentes.

Habían transcurrido más de quince años desde aquella conversación. El SEU apenas conservaba influencia, pero su explicación seguía circulando. El estudiante granadino la había transmitido a los fundadores de la Tuna de Medicina de Murcia, y estos comenzaban a incorporarla a sus propios conocimientos sobre el pasado.

No había conseguido averiguar quién se la contó al granadino. Tampoco podía asegurar que hubiera leído aquel díptico o algún otro programa del Sindicato. Pero ahora comprendía que no hacía falta. Una explicación repetida durante años podía terminar transmitiéndose sin necesidad de recordar quién la había formulado.

Guardé el díptico junto a mis notas. Había empezado buscando el origen de aquellos ocho siglos y acababa de encontrar algo igualmente importante: la historia que el Sindicato había difundido continuaba viva entre estudiantes que desconocían su procedencia.

Guardé la fotografía junto a mis notas y dejé el díptico encima de la mesa. Aquella afirmación de los ocho siglos había salido de los impresos del Sindicato y continuaba repitiéndose entre estudiantes que no sabían de dónde procedía.

El SEU había desaparecido, pero su explicación del pasado seguía viva.

Varios meses después, ya en 1971, el muchacho que me traía noticias de Medicina me contó lo ocurrido durante una ronda.

Aquella madrugada los habían parado los *grises*, nombre con el que se conocía popularmente a los agentes de la Policía Armada por el color de sus uniformes. Era un cuerpo militarizado cuya presencia imponía respeto y, no pocas veces, temor.

—Buenas noches. Veamos el permiso que ustedes deben llevar.

El que llamaban el Ogro respondió:

—Lo lleva Pepe Galera.

—¿Y dónde está Pepe Galera?

—Murió hace tres meses.



Levanté la vista del cuaderno.

—¿Y cómo acabó aquello?

—Se lo tomaron a guasa, les echaron un buen sermón y los dejaron continuar con la ronda.

—¿Pero tenían permiso?

—Sí, lo habían solicitado, pero no llevaban el documento encima. Mi compañero dice que entonces ya les daban uno para todo el año.

Anoté aquel detalle. La autorización seguía siendo necesaria y los agentes podían exigirla en cualquier momento. Los estudiantes continuaban expuestos a la intervención de una policía cuya autoridad no acostumbraba a discutirse.

Sin embargo, aquella madrugada el Ogro había respondido con una ocurrencia que bien pudo costarles algo más que una reprimenda.

Antes de cerrar el cuaderno, releí el nombre de Pepe Galera. Llevaba tres meses muerto y, sin embargo, aquella noche había vuelto a salir de ronda con sus compañeros.

No fue aquella la única historia que escuché sobre el Ogro. En otra ocasión, mi joven informante me contó lo que recordaba Trino sobre una salida de tuna por La Manga.

La noche había terminado en un café cantante donde actuaba una mujer que hacía un número de striptease. Cuando terminó y se retiraba hacia el camerino envuelta en una boa de plumas y flecos, el Ogro se le acercó con la excusa de felicitarla.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—Que cuando volvió a salir se sentó con un hombre que tenía muy mala cara. Y al Ogro no se le ocurrió otra cosa que sentarse con ellos.

Al parecer, llamó al camarero y anunció con toda solemnidad:

—¡Camarero, champán para todos!

—¡Menos mal que solo llevaron una botella! —añadió el muchacho.

Los demás empezaron a preocuparse. El acompañante de la artista no parecía encontrar ninguna gracia en la familiaridad que trataba a la señorita y miraba al Ogro con evidente disgusto.

—¿Y nadie fue a buscarlo?

—Mandaron al Trino.

Me contó que tuvo que sentarse un rato con ellos, beber una copa de champán y buscar la manera de sacar de allí a su compañero sin provocar un altercado.

—Dice que aquel hombre le dio muy mala espina y hasta creyó que llevaba una pistola.

—¿La vio?

—No, eso fue lo que le pareció.

Finalmente consiguió levantar al Ogro y llevárselo del brazo, casi a rastras.

—¿Y el champán?

—Se marcharon sin pagarlo.

No pude evitar reírme. El Ogro había conseguido salir de dos situaciones comprometidas: de una, gracias a una ocurrencia ante los grises; de la otra, gracias a que el Trino había tenido más prudencia que él.

Todavía me contaron otra historia del Ogro, esta vez ocurrida en la Facultad.

Un día se presentó vestido de tuno ante el aula donde uno de los panderetas asistía a clase de Psicología. Sin pensárselo dos veces, dio una patada a la puerta y avanzó dos pasos, plantándose con las manos en jarras.

Ante aquella aparición, el profesor quedó petrificado, con una expresión de susto que debió de aumentar cuando aquel personaje preguntó con su potente voz de barítono:

—¿Se encuentra aquí Felipito Tacatún, cartagenero, gran pandereta de mi tuna y mejor persona?

El aludido, al reconocerlo, se tiró inmediatamente al suelo y comenzó a reptar hacia la salida, mientras sus compañeros estallaban en carcajadas.

El Ogro había ido a buscar a un compañero y había conseguido que toda una clase de Psicología presenciara su fuga reptando del aula sin que el profesor pudiera reaccionar.

Guardé las notas de estas anécdotas como muestra del ingenio, la irreverencia y la capacidad de improvisación que caracterizaban a aquellos tunos.

Durante aquellos meses seguí reuniendo noticias de la Tuna de Medicina. Algunas llegaban acompañadas de fotografías y comentarios de su épico viaje a Copenhague, pero otras eran recuerdos vagos que los protagonistas contaban entre risas sin poder identificar a todos los tunos ni precisar sus fechas.

Aquellos muchachos, muchos ya terminando sus carreras, estaban construyendo sus propias vidas y recuerdos, como antes lo habían hecho otras generaciones. Pero también habían recibido una historia que no les pertenecía: la de los sopistas medievales convertidos en antepasados de las tunas universitarias. Ninguno parecía preguntarse de dónde procedía aquella explicación. La habían escuchado de otros estudiantes y, probablemente, terminarían contándosela a quienes llegaran después.

Volví a mirar el díptico de Cádiz de 1956. Allí seguían aquellas palabras: «Ocho siglos de existencia». El SEU apenas conservaba influencia, pero su explicación del pasado seguía circulando.

Me pregunté cuántos de aquellos estudiantes habrían leído alguna vez el díptico de Cádiz. Probablemente ninguno, tampoco lo necesitaban. Durante años, los delegados del SEU habían difundido por las universidades españolas aquella explicación de los ocho siglos de antigüedad de las tunas.

Recordé la conversación que había mantenido años atrás con uno de aquellos delegados. Había defendido aquella antigüedad con una seguridad que mis recortes de prensa no consiguieron quebrantar. Ahora escuchaba la misma historia en boca de estudiantes que ya no tenían delegado del Sindicato.

La diferencia era significativa. Durante todo el Régimen el delegado había intentado convencerme de que aquella historia era cierta. Los estudiantes de Medicina, en cambio, la repetían porque así se la habían contado los estudiantes mayores. El granadino que les habló de los sopistas ni siquiera necesitó explicar de dónde procedía aquella información: en su universidad era algo conocido.

Pensé en las canciones que los veteranos enseñaban a los recién llegados. Se aprendían escuchando y repitiendo, sin que nadie preguntara quién las había incorporado al repertorio. Con

la historia de los sopistas había sucedido algo parecido. Los estudiantes la habían recibido de sus predecesores y la repetían sin cuestionarla a quienes llegaban después.

Pero había una diferencia que no podía ignorar. Una canción podía conservarse durante generaciones sin que importara conocer su origen. Una afirmación histórica, por mucho que se repitiera, no adquiría por ello mayor fundamento.

Volví a mirar el díptico de Cádiz. Sus ocho siglos habían dejado de necesitar un documento que los proclamara o un delegado que los defendiera. Bastaba con que un estudiante se los contara a otro.

El SEU apenas conservaba ya influencia, pero su explicación del pasado seguía circulando y con plena vigencia.

Capítulo 10. Los tunos pasan, la tuna pervive

La muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975, abrió un periodo de incertidumbre en España. Nadie sabía con seguridad hasta dónde llegarían los cambios ni cuánto tardarían en producirse.

Yo, con 84 años, ya no reunía noticias de las tunas universitarias. Me limitaba a acompañar a los muchachos en alguna de sus actividades, cuando la tuna estaba activa y mi salud me lo permitía. Durante décadas, el SEU había intervenido en su organización y funcionamiento, pero aquella estructura ya no existía. Me pregunté qué ocurriría con unas agrupaciones que habían desarrollado buena parte de su actividad bajo su tutela.

No era una preocupación nueva. Había visto desaparecer estudiantinas que parecían sólidamente establecidas y surgir otras cuando nadie las esperaba. Algunas apenas habían durado un carnaval y otras habían conseguido mantenerse durante años. Los nombres cambiaban, los estudiantes terminaban sus carreras y los instrumentos pasaban a otras manos. Sin embargo, algo llevaba más de un siglo haciendo que nuevos muchachos quisieran reunirse para cantar y tocar juntos. Lo que desconocía era cómo se organizarían ahora.

Las primeras noticias no anunciaban su desaparición. Continuaban las actuaciones, los certámenes y los encuentros entre tunas. Sin embargo, su permanencia planteaba nuevas preguntas. ¿Quién facilitaría ahora los viajes? ¿De dónde saldría el dinero para los trajes y autobuses? ¿Quién autorizaría sus actividades? ¿Qué relación mantendrían con las universidades?

No esperaba encontrar una respuesta única. Cada tuna tenía su propia historia y no todas habían dependido del Sindicato de la misma manera.

Durante algún tiempo apenas tuve ocasión de averiguarlo. Mis visitas a la universidad eran menos frecuentes y las noticias llegaban de manera irregular. A veces encontraba a un antiguo tuno que me hablaba de sus compañeros; otras, alguno de los muchachos me visitaba y acabábamos recordando pasajes de la tuna de antaño. Siempre escuchaba con gusto, aunque cada vez me costaba más distinguir los nombres de quienes acababan de incorporarse.

Había una diferencia entre aquellos jóvenes y los de mis primeros recuerdos. Los muchachos que ahora conocía habían crecido sin la presencia del SEU. Para ellos, el Sindicato pertenecía a un pasado del que apenas tenían experiencia directa. La tuna, en cambio, seguía siendo algo que podían encontrar en la universidad y a lo que podían incorporarse.

Aquello me hizo pensar en las muchas veces que, al estudiar los documentos, había confundido la historia de una agrupación con la de las instituciones que la habían tutelado. No siempre desaparecían juntas.

Con el paso de los años comenzaron a llegarme noticias de nuevas tunas y de una práctica que no había conocido antes: el apadrinamiento entre tunas.

Una tarde recibí en casa la visita de varios antiguos tunos, algunos acompañados por muchachos que todavía seguían activos en sus respectivas tunas. Nos sentamos a conversar y, como tantas otras veces, acabamos hablando de la tuna. Surgió entonces el nombre de una agrupación formada entre los alumnos de la Escuela Universitaria de Estudios Empresariales. Uno de ellos comentó que otra tuna, con más años de existencia, se había encargado de apadrinarla.

—¿Apadrinarla? —pregunté.

Me explicaron que, ante la aparición de numerosas tunas nuevas, se había alcanzado un acuerdo nacional para que fueran apadrinadas por tunas ya establecidas. Se trataba de un periodo de tutela destinado a favorecer la transmisión de la tradición y a ayudar a las nuevas agrupaciones a comenzar su trayectoria con el apoyo y la experiencia de quienes llevaban más tiempo.

Esta explicación despertó mi curiosidad. Había pasado buena parte de mi vida siguiendo las huellas de las estudiantinas en periódicos, programas y fotografías. Ahora tenía delante una práctica que me invitaba a observar algo distinto: no solamente lo que aquellos estudiantes hacían, sino lo que unos enseñaban a otros. La novedad consistía en que aquella transmisión se había institucionalizado mediante el apadrinamiento.

—¿Y quién apadrinó a la Tuna de Empresariales? —pregunté.

—La de Medicina.

Aquella respuesta me sorprendió. Recordaba las primeras noticias que había recibido de los estudiantes de Medicina, cuando todavía trataban de formar su propia agrupación. Habían comenzado sin que ninguna otra tuna tuviera que hacerse responsable de ellos. Ahora eran quienes acompañaban a otros en sus primeros pasos.

—¿Por qué la eligieron?

—Porque consideraron que era la mejor tuna de la Universidad de Murcia y la que se mantenía más activa dentro y fuera de la ciudad.

—¿Y qué tenían que hacer los padrinos?

—Tutelar a la nueva tuna durante sus años como tuna novata, ayudarla a organizarse, enseñarle las costumbres y procurar que respetara la tradición. Se acostumbra que sea una madrugada, al final de una noche de rondas por lo balcones de la ciudad, en la que se “bautizan” en una fuente y luego se les impone las primeras becas a los más avezados.



—¿Y quién decidía cuáles eran esas costumbres?

Mi interlocutor tardó un momento en responder.

—Las tunas que llevaban más tiempo.

—¿Y quién decidía qué valores de la tradición eran los más importantes y debían transmitirse a los nuevos?

—Los antiguos.

Aquello me hizo recordar algunas de las noticias que había encontrado en los periódicos del siglo XIX. En ellas había visto cambiar la indumentaria, los instrumentos y hasta las razones por las que los estudiantes salían a tocar. El paso del tiempo también había hecho que algunas costumbres recientes terminaran por considerarse antiguas.

—¿Y si una de esas costumbres no era tan antigua como creían? —pregunté.

Uno de los presentes sonrió.

—Usted siempre buscando de dónde viene todo.

—Es que ya he visto unas cuantas cosas que parecían venir de muy lejos y no tenían tantos años.

Después añadí:

—Los universitarios tenemos la obligación —y las herramientas— de investigar cuando algo no concuerda con los hechos y sacar la verdad a relucir.

La conversación continuó entre recuerdos de actuaciones y nombres de antiguos compañeros. Yo seguía interesado en aquella nueva manera de incorporar agrupaciones a la vida de las tunas, pero había una cuestión que todavía no lograba aclarar.

—¿Qué ocurría cuando terminaba el apadrinamiento?

—La tuna novata dejaba de serlo y podía continuar por su cuenta.

—Entonces, ¿ya no necesitaba a sus padrinos?

—Para funcionar, no. Al finalizar el periodo de tutela, la tuna apadrinadora habría de imponer las primeras becas a aquellos estudiantes de Empresariales que se las hubieran merecido. Y siempre seguirían siendo sus padrinos.

Me gustó aquella distinción. La ayuda tenía un término, pero la relación podía permanecer. Pensé en los estudiantes que, al concluir sus carreras, dejaban la universidad tras haber transmitido sus conocimientos a otros más jóvenes. No era cuestión de que permanecieran indefinidamente en la tuna, sino de que cada uno contribuyera a que continuara: los tunos pasaban, la tuna pervivía.

Todavía me quedaba una pregunta.

—¿Y qué pasaba si una agrupación quería parecerse a una tuna, pero no estaba formada por universitarios?

—Pues que se podía vestir igual, tocar las mismas canciones y hasta llamarse tuna, pero eso nunca la convertía en una tuna universitaria.

—¿Por qué no?

—Porque le faltaba la universidad.

—Eso parece evidente —respondí—. Pero ¿qué más?

Mi interlocutor reflexionó unos instantes.

—La vida estudiantil, la tradición. Los estudiantes nuevos que llegan, los que terminan sus estudios, los antiguos que vuelven de visita... Así se mantienen los vínculos entre generaciones y la tradición puede adaptarse a los tiempos.

—Yo había encontrado estudiantinas populares en periódicos del siglo XIX, algunas formadas por artesanos, empleados y músicos aficionados. En un principio salían durante el carnaval, organizaban funciones benéficas y recorrían las calles tocando.

—Y no hay nada malo en ello.

—Naturalmente que no, pero en aquella época todavía no se había consolidado entre los estudiantes la tradición de las tunas universitarias que hoy conocemos. Y aquellas tampoco eran agrupaciones universitarias, aunque copiaran su indumentaria.

Otro de los presentes intervino:

—Ahora también las hay. Y algunas tocan muy bien.

—Pero eso no es tan importante. Los tunos no son músicos profesionales, son estudiantes.

—¿Y las que actúan por dinero? —pregunté.

—También las hay. Se visten de tunos y ofrecen actuaciones donde las contratan.

—¿Son estudiantes?

—No necesariamente. Algunos pudieron haberlo sido, pero otros no.

—Entonces, ¿qué las distingue de una tuna universitaria?

—Su finalidad. Una tuna puede recibir dinero por una actuación y seguir siendo una tuna. Pero si una agrupación existe únicamente para conseguir contratos, lo que transmite a sus integrantes es el interés por el beneficio económico, no los valores de una tradición universitaria.

Aquella diferencia me pareció fundamental. No era la primera vez que encontraba agrupaciones que utilizaban la apariencia de los estudiantes para ofrecer espectáculos. Pero, después de tantos años siguiendo su historia, comprendía que vestir como un tuno y tocar su repertorio no bastaba para serlo. Como decía el refrán, *el hábito no hace al monje*.

Me acordé de las compañías de músicos que había encontrado en mis investigaciones. Alguna llegó a recorrer Europa y América anunciándose como estudiantina española. Su éxito dependía de atraer al público, conseguir contratos y ofrecer un espectáculo que gustara. Habían contribuido a difundir aquella imagen mucho más allá de las universidades, pero sus integrantes eran músicos que buscaban ganarse la vida con sus actuaciones, no estudiantes que vivían una tradición universitaria.

—De modo que tampoco eso es nuevo —comenté.

—¿El qué?

—Que alguien utilice la apariencia de los estudiantes para ganarse la vida con la música es algo que ya ocurría hace más de cien años. ¿Y qué diferencia encontráis vosotros?

La pregunta me hizo sonreír. Durante unos instantes habíamos intercambiado los papeles.

—Quizá debamos empezar por otra cosa —dije—. Cuando uno de vosotros está activo en la tuna, ¿qué hace con lo que ha aprendido?

—Procura enseñárselo a los nuevos que llegan después.

—¿Y en una agrupación contratada para actuar?

—Supongo que enseñarán las canciones a quienes se incorporen.

—Sin duda. Pero ¿qué más necesitan transmitirles?

Nadie respondió inmediatamente.

—Si su finalidad es ofrecer un espectáculo —continué—, lo importante será que sepan hacerlo bien. Y eso tiene su mérito, pero vosotros estáis transmitiendo una tradición surgida del compromiso social, la filantropía, la inclusión, la solidaridad y el respeto por los mayores, aquellos que llegaron antes. También os habéis impuesto la responsabilidad de transmitir esos valores a quienes lleguen después. Por eso no sois lo mismo.

Uno de los muchachos asintió.

—Nosotros no cantamos solamente para el público.

—Eso es lo que quería comprender —respondí—. Una tradición sobrevive porque alguien comprende su significado y decide transmitirlo.

Más tarde, la conversación derivó hacia el aumento en el número de las tunas. Uno de los muchachos comentó que cada vez resultaba más difícil conocer a todas las tunas que iban apareciendo. Algunas pertenecían a facultades y escuelas universitarias que nunca habían tenido una agrupación propia; otras surgían por iniciativa de estudiantes que habían conocido la tuna en otra ciudad y querían formar una semejante en la suya.

—¿Y todas encuentran una tuna que las apadrine? —pregunté.

—No siempre es fácil. Algunas tienen cerca una agrupación con experiencia, pero otras necesitan buscarla fuera.

—¿Y qué ocurre si no encuentran ninguna?

—Tienen que esperar o seguir buscando.

La conversación derivó hacia las diferencias que empezaban a observarse entre unas tunas y otras. Algunos defendían determinadas costumbres porque las habían aprendido de sus antiguos; otros las practicaban de manera diferente y aseguraban que así se habían hecho siempre en sus respectivas universidades.

—Entonces, ¿quién tiene razón? —pregunté.

—Cada uno cree que la tiene.

—Eso ya lo había observado hace muchos años.

Uno de los muchachos quiso saber si en las antiguas estudiantinas ocurría algo semejante.

—No exactamente. Había diferencias entre unas agrupaciones y otras, pero tampoco pretendían todas ajustarse a unas mismas reglas. Muchas nacían para una ocasión determinada y desaparecían después. Ahora estáis intentando que las nuevas tunas se incorporen a una tradición común, aunque cada una conserve sus particularidades.

—¿Y eso le parece mal?

—Al contrario. Lo que me preocupa es que terminéis confundiendo una costumbre de vuestra tuna con una obligación para todas las demás.

Durante unos instantes discutieron entre ellos. Me resultó agradable escuchar sus discrepancias. A pesar de los años que nos separaban, reconocía en aquellos estudiantes la misma facilidad para discutir que había conocido en mi juventud.

No llegamos a ponernos de acuerdo sobre todas las cuestiones. Tampoco era necesario. Me interesaba más comprender cómo estaban resolviendo los problemas que acompañaban al crecimiento de las tunas.

Antes de despedirnos, pregunté si aquellas agrupaciones que empezaban a relacionarse mediante el apadrinamiento también se reunían en otras ocasiones.

—Sí. Hay encuentros, concursos y certámenes de tunas.

—¿Para tocar?

—También, pero no solamente para eso.

Aquella respuesta despertó de nuevo mi curiosidad.

—¿Para qué más?

Los muchachos se echaron a reír.

—Muchos aprovechamos esas ocasiones para reencontrarnos con viejos amigos.

Aquello me interesó. Durante años había encontrado noticias de certámenes en los que las estudiantinas competían ante un jurado, recibían premios y compartían escenario. Ahora descubría que aquellos encuentros tenían otra dimensión: los tunos acudían también para reencontrarse con antiguos compañeros con quienes habían compartido sus años de tuna y vida universitaria. La tuna había creado vínculos personales que sobrevivían al paso por la universidad.

—¿Y esos antiguos tunos siguen participando en las presentaciones de sus tunas? — pregunté.

—Algunos sí, otros se acercan solo para vernos y pasar un rato juntos.

—¿Aunque hayan terminado sus estudios hace muchos años?

—¡Claro! Algunos llevan tanto tiempo fuera de la universidad que apenas conocen a los estudiantes que forman ahora su tuna.

—¿Y cómo los reciben?

—Como a los demás antiguos. Siempre hay alguien que los recuerda, y si no, pronto encuentran con quién hablar de aquellos años.

Pensé en mis propios compañeros. A muchos los había perdido de vista al terminar los estudios; de otros apenas había sabido nada durante décadas. Algunos habían muerto. La universidad nos había reunido durante unos años y después cada cual había seguido su camino.

Aquellos muchachos, en cambio, me hablaban de encuentros que ofrecían la posibilidad de recuperar amistades nacidas mucho tiempo atrás. Quise saber si esa relación se mantenía también fuera de los certámenes.

—¿Os reunís alguna vez sin que haya encuentros de tunas?

—A veces. No hace falta un certamen para visitar a un amigo.

Aquella respuesta me hizo sonreír. Después de todo, la visita que estaba recibiendo aquella tarde era una buena prueba de ello.

Aquellas visitas se hicieron cada vez más frecuentes. Algunos venían solos; otros aparecían acompañados por compañeros más jóvenes, interesados en conocer cómo habían sido las tunas antes de que ellos llegaran a la universidad. Siempre encontrábamos un motivo para sentarnos a conversar. Empezaba a tener la impresión de que, para ellos, yo era una especie de Matusalén que comprendía sus inquietudes y podía ayudarles a resolver sus dudas sobre el pasado de la tuna.

Poco a poco, tomar un café se convirtió en la excusa para volver a vernos. A veces se enfriaba mientras buscábamos una fecha o discutíamos sobre el origen de alguna costumbre. Otras, apenas llegábamos a tocar los papeles, porque alguno traía una anécdota que provocaba las risas de todos.

Había muchachos que regresaban años después de haber terminado sus estudios. Ya no vestían el traje de tuna ni participaban regularmente en sus actividades, pero conservaban la curiosidad por cuanto habían vivido. Algunos llegaban con sus hijos; otros traían a un estudiante recién incorporado, al que presentaban como si quisieran hacerle partícipe de una amistad antigua.

—Pregúntele por los sopistas —le dijo una tarde uno de ellos a su acompañante—. Ya verá lo que le cuenta.

El muchacho me miró con cierta timidez.

—¿Es verdad que iban por las casas pidiendo comida?

—En Al-Ándalus sí hubo estudiantes del Corán que lo hacían, pero en el territorio reconquistado los estudiantes sopistas no parece que fueran muchos. No obstante —continué— parece que su relación con la tuna nace en el costumbrismo del siglo XIX y no en la Edad Media.

Me levanté para buscar entre mis papeles una noticia que recordaba haber guardado. El joven quiso ayudarme, le indiqué dónde estaba la carpeta y le pedí que la trajera.

Cuando encontramos el artículo de Vicente de la Fuente sobre la tuna, lo leyó en voz alta. Después entablamos una conversación con aquellos estudiantes.

Los periódicos contaban historias que habían salido a tocar, pero rara vez decían qué fue de ellos después.

Uno de los antiguos, que conocía bien mis investigaciones, intervino:

—Y por eso guarda usted tantos periódicos.

—Por eso y porque siempre aparece alguien que me hace una pregunta que todavía no sé responder.

Nos reímos. El muchacho volvió a mirar el recorte y me pidió permiso para tomar algunas notas.

Se lo concedí con gusto.

Con el tiempo comprendí que aquellas tardes habían cambiado de significado para mí. Al principio recibía a los estudiantes porque me traían noticias de un mundo que ya apenas podía frecuentar. Después empecé a esperar sus visitas por el placer de conversar con ellos. Había conocido a algunos siendo casi unos niños y ahora regresaban convertidos en hombres, con profesiones, familias y preocupaciones muy distintas de las que tenían cuando entraron en la tuna.

No siempre hablábamos de estudiantinas. A veces me contaban sus dificultades en el trabajo, el nacimiento de un hijo o la pérdida de algún compañero. Yo también les hablaba de los míos. La diferencia de edad, que al principio parecía tan grande, dejaba de importar cuando llevábamos un rato alrededor de la mesa.

Y, aunque ellos acudían muchas veces para escuchar mis recuerdos, yo encontraba en aquellas conversaciones algo que mis periódicos no podían ofrecerme: la compañía de personas que habían llegado a mi vida por caminos distintos y que, sin embargo, habían acabado ocupando un lugar importante en ella.

Aquella amistad tuvo una consecuencia que no había previsto. Cuanto mayor era la confianza, menos reparos tenían en contradecirme. Algunos llegaban con preguntas; otros, con respuestas que deseaban poner a prueba. Y no faltaba quien acudiese dispuesto a defender una opinión que había escuchado tantas veces que ya la consideraba una verdad indiscutible.

Una tarde aparecieron tres de ellos acompañados por un muchacho al que no conocía. Después de las presentaciones, mientras buscábamos sitio alrededor de la mesa, uno de los tunos veteranos me advirtió:

—Hoy le traemos un problema.

—Espero que no sea de dinero.

—Peor, de historia.

—Entonces sentaos. Los problemas de dinero suelen tener solución.

Se echaron a reír. El más joven, que hasta entonces había permanecido callado, sacó de su cartera unas hojas dobladas.

—Estamos discutiendo sobre una cosa y nos han dicho que usted podría aclarárnosla.

—Eso depende de lo que queráis saber.

—¿Qué es lo que hace que una tuna sea una tuna?

Miré a los demás. Dos sonreían esperando mi respuesta. El tercero parecía haber venido precisamente para escucharla.

—¿Y vosotros qué pensáis?

El muchacho enumeró elementos como el traje, los instrumentos, las canciones y las rondas. Uno de los veteranos añadió que también importaban los años compartidos en la universidad. Otro recordó que conocía agrupaciones cuyos integrantes nunca habían sido estudiantes y que, sin embargo, se presentaban como tunas.

—Pues ya tenéis una buena discusión —respondí.

—Pero queremos saber quién tiene razón.

—Para eso tendríamos que averiguar primero de qué estáis hablando: de cómo eran las estudiantinas, de cómo llegaron a ser las tunas que conocéis o de lo que vosotros creéis que deberían ser.

El joven volvió a mirar sus papeles.

—¿No es lo mismo?

—Si lo fuera, habría terminado mis investigaciones hace muchos años.

Volvieron a reír, pero esta vez ninguno se apresuró a responder.

El muchacho volvió a mirar sus papeles.

—Entonces, ¿por dónde empezamos?

—Por saber de dónde habéis sacado todo eso.

—De lo que nos han contado los veteranos.

—¿Y ellos cómo lo saben?

—Porque se lo contaron los suyos —intervino uno de los tunos veteranos.

—¿Y a aquellos?

—Supongo que los anteriores.

—Pues ya tenemos una tradición que nadie sabe dónde comenzó.

Uno de los veteranos soltó una carcajada.

—¡Llevamos años haciendo las cosas así y ahora resulta que tenemos que averiguar por qué!

—No necesariamente. Podéis seguir haciéndolas como hasta ahora pero, si queréis explicar su origen, tendréis que buscar algo más que el recuerdo de quienes os precedieron.

—¿Y usted cómo empezó?

La pregunta me sorprendió. Había hablado tantas veces de mis investigaciones que daba por supuesto que conocían su origen. Les conté cómo unos viejos periódicos encontrados en un arcón habían despertado mi curiosidad y cómo, sin proponérmelo, había terminado siguiendo el rastro de aquellas agrupaciones durante buena parte de mi vida.

—¿Y nunca quiso entrar en una tuna? —preguntó el más joven.

—Nunca pertencí a ninguna.

—¡Pues cualquiera lo diría! —exclamó uno de los veteranos—. Sabe usted más de nuestras cosas que muchos de nosotros.

—Eso no me convierte en tuno. Vosotros habéis vivido experiencias que yo solamente conozco por vuestros relatos. Yo puedo deciros lo que he encontrado en los documentos, lo que se escribió y publicó sobre las tunas a lo largo de los años, pero no lo que se siente al salir de ronda con los compañeros.

—Depende de cómo termine la ronda —dijo un veterano soltando una carcajada—.

La risa se contagió interrumpiendo por un momento la charla.

—Entonces —insistió el joven—, ¿qué es lo que debemos conservar?

—Eso tendréis que decidirlo vosotros.

—Pero habrá cosas que no deberían perderse.

—Seguramente. ¿Cuáles dirías tú?

El muchacho miró a sus compañeros antes de responder.

—La amistad, por ejemplo.

—Esa es una buena respuesta.

—Y ayudar a los demás —añadió uno de los veteranos—. Nosotros hemos tocado muchas veces para recaudar dinero sin cobrar nada.

—También hemos tocado para conseguir que nos invitaran a cenar —replicó otro.

—¡Eso era una necesidad, no un negocio!

Volvieron las carcajadas.

Los dejé discutir un rato. Hablaban de compañeros que habían compartido sus últimos ahorros, de viajes de tuna realizados con más entusiasmo que dinero y de quienes la habían abandonado al terminar los estudios pero seguían acudiendo cuando algún antiguo compañero necesitaba ayuda. También recordaron disputas, rivalidades y alguna desavenencia que había tardado años en resolverse.

Me llamó la atención que ninguno mencionara el traje ni los instrumentos. Aquello que al principio parecía indispensable para definir una tuna había desaparecido de la conversación en cuanto comenzaron a recordar lo que realmente había significado para ellos.

—¿Os habéis dado cuenta? —les pregunté.

—¿De qué?

—Lleváis un buen rato hablando de la tuna y apenas habéis mencionado la música.

—Es que la música se da por supuesta.

—Y, sin embargo, casi todo lo que habéis contado podría suceder entre compañeros de cualquier otra actividad universitaria.

Se quedaron pensativos.

—También están los orfeones universitarios —observó uno de los veteranos—. Aunque no abundan y no sé si tienen esa misma dedicación a las actividades benéficas.

—Entonces parece que la música y el altruismo son importantes —reconoció el muchacho—, pero seguimos sin saber explicar en una sola frase qué es lo que realmente nos distingue.

—Quizá esa sea la pregunta que debáis investigar.

Uno de los veteranos se inclinó hacia delante.

—¿Y si encontramos cosas que no nos gustan?

—También forman parte de la historia.

—Eso no va a gustarles a algunos.

—La historia no tiene obligación de agradar a nadie.

El muchacho dobló cuidadosamente sus papeles.

—¿Podríamos volver otro día? Creo que tenemos que buscar algunas cosas.

—Aquí estaré, mientras no me hagáis cargar con los instrumentos.

—No se preocupe, para eso tenemos a los nuevos.

El más joven protestó, pero los demás ya se habían levantado entre bromas y despedidas.

Cuando se marcharon, recogí las tazas y volví a sentarme. Había disfrutado de aquella tarde más de lo que esperaba. Sus preguntas me habían recordado las que yo mismo me hacía muchos años atrás, cuando todavía creía que bastaría con encontrar un documento para resolver cualquier duda.

Ahora sabía que cada respuesta podía abrir otras preguntas y aquella actitud me daba el placer íntimo de un profesor de Historia al que generaciones más jóvenes acudían para desvelar el pasado.

Lo que no imaginaba entonces era que aquella conversación, aparentemente intrascendente, acabaría provocando un desacuerdo mucho mayor del que ninguno de nosotros había previsto.

Pasaron algunos días antes de que volvieran. Esta vez eran más y llegaron con una carpeta bastante abultada. Entre los cinco estaban tres de los visitantes anteriores, pero los otros dos tunos me eran desconocidos. Uno había terminado la carrera y llevaba varios años fuera de la universidad, el otro todavía cursaba sus estudios.

—Veo que habéis hecho los deberes.

—¡Y que no nos hemos puesto de acuerdo! —respondió uno de los veteranos.

—Eso suele suceder frecuentemente cuando se empieza a investigar.

—Pues nosotros estábamos mejor antes de empezar —replicó con un tono de inquietud que despertó risas entre los demás.

Mientras se acomodaban, el más joven dejó la carpeta sobre la mesa y sacó varios programas de actuaciones, fotografías y recortes de prensa. Habían reunido materiales de distintas épocas y procedencias, algunos pertenecientes a sus propias tunas y otros facilitados por antiguos compañeros.

—Hemos encontrado una cosa que no esperábamos —advirtió.

—¿Cuál?

—Que todos dicen conservar la tradición, pero no todos entienden lo mismo por ella.

—Eso no debería sorprenderos demasiado.

—Lo sorprendente es que algunos aseguran que las cosas siempre se hicieron como ellos las conocieron.

—¿Y habéis podido comprobarlo?

—No siempre. Precisamente por eso hemos venido.

Uno de los veteranos sacó una fotografía y la dejó sobre la carpeta y me la pasó. Era de un grupo de músicos vestidos con trajes que recordaban los de las tunas universitarias. Debajo figuraba el nombre de una agrupación que actuaba habitualmente en establecimientos públicos.

—Estos se anuncian como tuna —explicó—. Cobran por sus actuaciones y algunos de sus integrantes nunca han pisado una universidad.

—¿Y eso os molesta?

—A mí no —respondió otro—. Cada cual puede ganarse la vida como quiera.

—Tampoco digo que no puedan hacerlo —replicó el primero—. Pero una cosa es tocar vestidos de tunos y otra haber pertenecido a una tuna universitaria.

—¿Y quién decide esa diferencia? —preguntó el más joven.

Nadie respondió inmediatamente.

—Ahí está el problema —añadió—. Ellos sostienen que basta con llevar el traje y tocar las mismas canciones. Nosotros creemos que es imprescindible haber ingresado en una tuna mientras se es estudiante. Lo malo es que también están quienes aseguran que, después de tantos años, ya no importa de dónde proceda cada agrupación.

Observé la fotografía antes de ponerla sobre la mesa.

—¿Sabéis si esos músicos se presentan como antiguos estudiantes o simplemente utilizan el nombre de tuna?

—No lo sabemos.

—Entonces convendría averiguarlo antes de juzgarlos.

—Pero ¿usted no cree que estén aprovechándose de una tradición que no les pertenece?

—Creo que debemos distinguir entre conocer una tradición, haber formado parte de ella y utilizar sus elementos. No son necesariamente la misma cosa.

Uno de los veteranos negó con la cabeza.

—Con todos mis respetos, eso es complicarlo demasiado. Si cualquiera puede llamarse tuno, al final la palabra no significará nada.

—Quizá tengas razón. Pero no confundamos lo que deseamos que signifique con lo que ha significado en cada época.

Mis palabras hicieron que varios se miraran con cierta inquietud. Mi interlocutor guardó silencio. Lo conocía desde hacía muchos años y sabía que no acostumbraba a abandonar fácilmente una discusión.

—Mi padre también fue tuno —dijo finalmente—. Y siempre me enseñó que aquello no consistía solamente de ponerse un traje, salir a cantar bajo los balcones de las chicas y pasarlo bien. Cuando entré en la tuna universitaria algunos de sus antiguos compañeros todavía se reunían y me recibieron como si me conocieran de toda la vida. Para mí, eso era continuar algo que venía de antes.

—Y lo era —respondí—. Nadie puede quitarte esa experiencia.

—Entonces comprenderá que me moleste ver cómo otros se presentan como si hubieran vivido lo mismo.

—Comprendo que te moleste. Pero comprenderlo no significa que pueda darte la razón sin examinar los hechos.

El más joven intervino antes de que su compañero respondiera.

—Hay otra cosa. Hemos hablado con algunos músicos de esas agrupaciones y uno de ellos asegura que perteneció a una tuna cuando estudiaba. Después terminó la carrera, siguió tocando con antiguos compañeros y acabaron formando un grupo para actuar.

—Eso cambia bastante las cosas —observé.

—Para mí no —replicó el veterano—. En cuanto empezaron a cobrar, dejaron de ser una tuna.

—¿Nunca recibisteis dinero mientras actuabais? —le pregunté.

—Alguna vez, cuando pasamos la pandereta para sufragar los gastos de un viaje.

—¿Y quién decidía cuándo aquello era una ayuda y cuándo un negocio?

—Nosotros sabíamos distinguirlo.

—Seguramente, pero ahora estáis intentando explicar esa diferencia a quienes no compartieron vuestra experiencia como tunos universitarios.

La conversación se animó. Uno recordó actuaciones benéficas en las que apenas habían conseguido cubrir los gastos. Otro habló de viajes sufragados por instituciones que los invitaban a representar a su universidad. También surgieron recuerdos de bodas y de algún empresario que había pretendido contratar a la agrupación para amenizar una celebración privada.

—Aquello lo rechazamos —aseguró uno.

—Porque pagaban poco —le corrigió otro.

—¡Porque teníamos exámenes!

La carcajada fue general, incluso del veterano que había comenzado la discusión.

Esperé a que se calmaran.

—Fijaos en lo que está sucediendo. Habéis empezado hablando de quién tiene derecho a llamarse tuno y ahora estáis discutiendo sobre el dinero. Sin embargo, todavía no sabemos si las agrupaciones de las que habláis mantienen alguna relación con la universidad, si sus integrantes fueron estudiantes o qué actividades realizan.

—Entonces, ¿qué propone? —preguntó el muchacho.

—Que no intentéis resolverlo todo con una sola respuesta. Empezad por distinguir los hechos de las opiniones, del mismo modo que debéis distinguir los datos de los relatos contruidos a partir de ellos. Después podréis discutir qué valor concedéis a cada uno.

El veterano volvió a coger la fotografía.

—¿Y si resulta que todos tenemos algo de razón?

—Sería una desgracia para vuestra discusión —respondí—, pero quizá una suerte para la historia.

Sonrieron. No obstante, advertí que el desacuerdo seguía allí. Lo que para unos era una cuestión de nombres, para otros afectaba a recuerdos familiares, amistades y años de vida universitaria. Ninguno parecía dispuesto a renunciar a lo que consideraba suyo.

Antes de marcharse, el veterano de mayor edad rompió su silencio con una frase que me dejó sin argumentos.

—La tuna es la familia que uno elige.

Nadie respondió. Nos quedamos inmóviles, casi sin respirar, como si aquellas palabras hubieran detenido el tiempo. Solo la frescura insolente del más joven consiguió romper aquel silencio al pedirme que le prestara algunos de mis recortes.

—¿Para qué los quieres?

—Para comprobar si esto ya sucedía antes.

—¿El qué?

—Que hubiera personas que imitaran a los estudiantes para tocar por las calles.

Me levanté y fui hasta el lugar donde guardaba parte de mis documentos.

—Si eso es lo que buscas, tendrás que remontarte bastante más atrás de lo que imaginas.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el siglo XIX, por lo menos. Pero no te conformes con lo que yo te diga. Busca las noticias, lee cómo llamaban entonces a esas agrupaciones y averigua quiénes las componían.

Mientras escogía algunos recortes de prensa, escuché que los demás continuaban discutiendo en voz baja.

Cuando regresé a la mesa, el veterano que había defendido con mayor firmeza sus opiniones se había quedado apartado de los otros.

—¿Puedo preguntarle algo? —me dijo.

—Por supuesto.

—Después de tantos años estudiándonos, ¿usted cree que las tunas universitarias acabarán desapareciendo?

No esperaba aquella pregunta.

Lo miré durante unos instantes. Hasta entonces habíamos hablado del pasado, de las costumbres heredadas, de la tradición y de las diferencias entre las agrupaciones. Pero él acababa de introducir algo distinto: el temor a que aquello que había dado sentido a una parte importante de su juventud dejara de existir.

—No lo sé —respondí—. La historia puede ayudarnos a comprender cómo han cambiado las cosas, pero no permite asegurar lo que sucederá mañana.

—Pues a mí me preocupa que los muchachos terminen creyendo que todo consiste en vestirse de tuno y pasarlo bien tocando unas canciones.

—Entonces quizá debas contarles lo que significó para ti.

—Ya se lo contamos. El problema es que a veces parece que no nos escuchan.

—¿Y vosotros los escucháis a ellos?

No respondió.

Los demás comenzaron a despedirse y la conversación quedó interrumpida. Antes de salir, aquel hombre me estrechó la mano con una seriedad poco habitual en él.

—Volveremos a hablar de esto.

—Cuando quieras.

Lo vi alejarse con sus compañeros. Por primera vez desde que comenzaron aquellas reuniones, tuve la impresión de que las preguntas de los jóvenes habían despertado algo que iba más allá de la curiosidad histórica.

No discutían solamente sobre lo que habían heredado. También empezaban a preguntarse qué estaban dejando a quienes vendrían después.

Las visitas continuaron durante las semanas siguientes casi como si fuera una costumbre, aunque advertí que la última conversación había despertado una curiosidad inesperada. Algunos regresaban con noticias de discusiones mantenidas con otros compañeros, opiniones que habían recogido en sus reuniones y desacuerdos que no habían conseguido resolver. Ya no venían únicamente a preguntarme por el origen de una costumbre o a enseñarme alguna fotografía antigua. Ahora traían datos de conversaciones mantenidas con otros tunos, opiniones que recogidas en sus reuniones y, en ocasiones, desacuerdos que no habían conseguido solucionar.

El más joven fue quien tomó con mayor entusiasmo la tarea de buscar antecedentes. Había comenzado consultando los recortes que le presté y pronto descubrió que las noticias de prensa no siempre respondían a sus preguntas. Una misma palabra podía designar agrupaciones muy diferentes y, cuando creía haber encontrado una explicación definitiva, aparecía otra noticia que lo obligaba a reconsiderarla.

—Esto es desesperante —me confesó una tarde—. Cuanto más leo, menos seguro estoy de lo que sabía.

—Vas por buen camino.

—Pues cualquiera lo diría.

—Antes tenías respuestas para todo, ahora empiezas a tener preguntas interesantes.

—¿Y cuándo llegarán las respuestas?

—Algunas llegarán, pero en otras tendrás que conformarte con dejarlas sin ellas.

—No me extraña que lleve usted tantos años investigando.

—Ni a mí que todavía me falten tantas cosas por averiguar.

Sonrió y extendió varios papeles sobre la mesa. Había encontrado referencias a estudiantinas que actuaban en teatros, agrupaciones formadas por músicos profesionales y muchas que utilizaban indumentarias semejantes a las de los estudiantes.

—Entonces, ¿esto ya sucedía en el siglo XIX?

—¿A qué te refieres?

—A que hubiera agrupaciones que se parecían a las estudiantinas, pero cuyos integrantes no eran estudiantes.

—Sí, aunque tendrás que examinar cada caso antes de decidir qué eran realmente.

—Pero algunas se anunciaban como estudiantinas.

—Y otras recibían ese nombre de los periodistas. No siempre era la propia agrupación quien lo utilizaba.

El muchacho volvió a examinar sus notas.

—Entonces tampoco podemos fiarnos de los nombres.

—Podemos utilizarlos, pero debemos averiguar qué significaban en el momento en que fueron escritos.

—¡Vaya manera de complicarnos la vida!

—La culpa no es de los documentos. Al estudiar el pasado es imprescindible averiguar qué significaban las palabras en la época en que fueron escritas. Solo entonces podemos interpretar correctamente lo que dicen las fuentes, aunque sus contenidos nos obliguen a cuestionar nuestras certezas.

El chico puso cara de desconcierto, así que decidí darle un ejemplo.

—La palabra tuna, por ejemplo, no fue recogida como sinónimo de estudiantina en un diccionario hasta 1914. Antes designaba, entre otras cosas, el fruto del nopal y, en la literatura, aparecía vinculada a la vida holgazana y vagabunda.

Por inesperada, esta información captó de pronto la atención de todos a la vez que intentaban encajarlo frente a todo lo que habían oído sobre los orígenes de la tuna. El joven permaneció callado durante unos instantes.

—Como en todos los vocablos, para que ese nuevo significado fuera reconocido era necesario que su uso hubiera sido continuado y generalizado —añadí para romper el silencio.

Pasamos luego a dedicar un buen rato a examinar noticias. Les mostré cómo una agrupación podía cambiar sus integrantes, conservar su denominación y seguir actuando durante años. El Trío Los Panchos era buen ejemplo de ello. También hablamos de aquellas otras que habían adoptado el traje y los instrumentos de los estudiantes porque resultaban atractivos para el público.

—¿Y los verdaderos estudiantes no protestaban?

—En ocasiones sí.

—Como ahora.

—Las circunstancias eran muy distintas, no debes imaginar que todos pensaban igual ni que existía una autoridad capaz de decidir quién podía utilizar cada nombre. Ya no se estaba en los tiempos del SEU.

Se quedó pensativo.

—Entonces llevamos más de cien años discutiendo lo mismo.

—Quizás, pero sería más exacto decir que ciertas preguntas han reaparecido en momentos diferentes.

—Eso no se lo contaré a los veteranos, bastante tenemos ya con nuestras discusiones.

—Cuéntaselo, tal vez les interese saber que no han inventado el problema.

Se echó a reír.

A partir de entonces comenzó a traerme noticias de sus conversaciones con otros tunos. Algunos se mostraban interesados por aquellos antecedentes; otros los consideraban simples curiosidades que nada tenían que ver con las tunas universitarias que habían conocido. No faltaban quienes defendían que las tradiciones debían conservarse tal como las habían recibido, aunque supieran explicar desde cuándo se practicaban de aquella manera.

Una tarde el joven regresó acompañado por el veterano que había pronunciado aquella frase sobre la familia elegida. Venían discutiendo desde antes de entrar en casa.

—Dígame usted que no estoy equivocado —me pidió el mayor, apenas nos habíamos sentado.

—Primero tendré que saber de qué se trata.

—Este muchacho asegura que algunas de nuestras costumbres no son tan antiguas como creíamos.

—No digo eso exactamente —protestó el joven—. Digo que no hemos encontrado pruebas de que sean tan antiguas.

—¡Ahí lo tiene! Ahora resulta que lo que hicieron nuestros padres no existió porque él no lo encuentra en un periódico.

—Eso tampoco es lo que he dicho.

Les pedí que se sentaran y dejé que terminaran de explicarse.

—Una cosa es que una costumbre haya existido y otra que podamos demostrar desde cuándo se practica —intervine—. La falta de documentos no demuestra que no existiera, pero tampoco autoriza a atribuirle cualquier antigüedad.

El veterano cruzó los brazos.

—Mi padre me enseñó muchas cosas que aprendió de sus compañeros. No necesito un periódico para saber que sucedieron.

—Ni yo te pediría que desconfiaras de él, su testimonio tiene valor. Lo que debemos evitar es convertir su experiencia en una explicación válida para todos los lugares y todas las épocas.

—Entonces, ¿para qué sirve conservar las tradiciones?

—Para transmitir las, entre otras cosas. Pero conservar una tradición no exige necesariamente conocer con su origen exacto.

El joven asintió.

—Eso es lo que intento explicarle.

—Pues lo explicas bastante peor —replicó el veterano.

No pude evitar reírme.

—En eso quizá tenga razón.

La conversación se prolongó hasta bien entrada la tarde. Recordaron ceremonias de ingreso, canciones que habían aprendido de sus mayores y normas, como el ROA, que en algunas tunas se cumplían con rigor mientras en otras apenas se conocían.

—¿El ROA? —inquirió el joven con cara de desconcierto.

—Sí, es el acrónimo de Riguroso Orden de Antigüedad. Es la norma mediante la que se enseña a respetar a los mayores, es decir, a quienes ingresaron antes en la tuna.

Asintió con la cabeza el veterano. El muchacho había reunido testimonios de compañeros de distintas universidades y comenzaba a advertir que no existía una única manera de vivir aquella experiencia.

—Lo curioso —dijo— es que todos hablan de la tradición como si fuera la misma.

—Porque cada uno recuerda la que conoció —respondió el veterano.

—¿Y no te parece que eso demuestra lo que llevo diciendo?

El hombre tardó unos instantes en responder.

—Demuestra que cada tuna tiene su manera de hacer las cosas. Pero eso no significa que todas vivan lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que se aprenden conviviendo con los compañeros, no leyendo papeles.

El muchacho iba a replicar, pero levanté una mano.

—Creo que acabáis de encontrar algo en lo que estáis de acuerdo.

Ambos me miraron sorprendidos.

—Los dos reconocéis que la experiencia compartida es importante. Lo que discutís es si esa experiencia debe repetirse exactamente de la misma manera para seguir perteneciendo a una tradición.

—Yo no he dicho que todo tenga que repetirse —aclaró el veterano.

—Entonces quizá deberías explicarnos qué consideras indispensable conservar.

Se hizo un breve silencio.

—Que los muchachos aprendan a ser compañeros —respondió finalmente—. Que sepan que no pueden pensar solamente en ellos mismos. Que entiendan que, cuando uno necesita ayuda, los demás tienen que estar ahí. Que sean respetuosos con los mayores.

El joven dejó de mirar sus notas.

—Eso también lo queremos nosotros.

—Pues algunas veces no lo parece.

—Y otras veces parece que vosotros no queréis que cambiemos nada.

Los observé mientras se miraban. Habían dejado de discutir sobre denominaciones y por primera vez estaban hablando de lo que esperaban unos de otros.

—Tal vez deberíais conversar más a menudo sin necesidad de venir a mi casa —les sugerí.

—Aquí tenemos su café —respondió el joven— y aprendo mucho.

—Y alguien que nos obliga a pensar antes de discutir —añadió el veterano.

—Eso último no siempre lo consigo.

Reímos los tres.

Sin embargo, cuando se disponían a marcharse, el muchacho me mostró una carta que había recibido de un antiguo compañero. En ella le contaba que varios estudiantes estaban pensando en abandonar su tuna después de una disputa con algunos veteranos sobre las normas de funcionamiento de la agrupación.

—No sabemos qué hacer —me confesó—. Unos dicen que debemos respetar lo que siempre se ha hecho. Otros creen que algunas cosas tienen que cambiar.

El veterano tomó la carta y la leyó con atención.

—¿Y has hablado con ellos?

—Con algunos.

—¿Y qué te han dicho?

—Que están cansados de discutir.

El hombre dobló la carta y se la devolvió.

—Entonces habrá que escucharlos —dijo— como ha pasado entre nosotros.

Me sorprendió su respuesta. Apenas unas semanas antes había defendido con firmeza que las costumbres recibidas debían respetarse. Ahora parecía comprender que su continuidad dependía también de quienes estaban llamados a practicarlas.

Mientras se marchaban continuaron con el tema.

—¿Vendrá con nosotros? —le preguntó el muchacho.

—Si quieren escuchar a un viejo tuno, iré.

—A lo mejor no están de acuerdo con usted.

—Pues tendrán que aprender a discutir conmigo.

—Eso ya lo sabemos hacer —respondió el joven.

La carcajada del veterano resonó en el pasillo.

Cuando cerré la puerta, regresé a la mesa y contemplé los papeles que habían quedado esparcidos sobre ella. Durante muchos años había buscado en los documentos las huellas de las generaciones desaparecidas. Ahora estaba presenciando algo que ningún periódico podía contarme todavía: el esfuerzo de unos hombres por transmitir lo que consideraban valioso y el de otros más jóvenes por encontrar su propio lugar dentro de aquella herencia.

Pensé en la carta y en aquellos estudiantes a quienes no conocía. No sabía si conseguirían resolver sus diferencias ni si continuarían juntos después de hacerlo. No obstante, empezaba a comprender que una tradición no corría peligro solamente cuando dejaba de practicarse. También podía perder lo que le daba sentido si quienes la recibían no encontraban espacio para hacerla suya.

Pasaron varios días sin que tuviera noticias de ellos. Supuse que habrían ido a conversar con aquellos estudiantes y que, tarde o temprano, alguno regresaría para contarme cómo había terminado el asunto. No tenía intención de intervenir. Mi experiencia me había enseñado que los desacuerdos entre compañeros rara vez se resolvían porque alguien ajeno les dijera quién llevaba razón.

Una tarde apareció el veterano. Venía solo y, contra su costumbre, no comenzó la visita con alguna broma. Se sentó frente a mí, aceptó el café y permaneció unos instantes contemplando la taza.

—¿Qué tal fue la reunión?

—Mejor de lo que esperaba, aunque hubo momentos en que pensé que terminaríamos todos enfadados.

—¿Tan grave era el problema?

—Depende de a quién se lo pregunte. Los muchachos jóvenes estaban molestos porque algunos veteranos pretendían que siguieran haciendo las cosas exactamente como ellos las habían hecho. Y los mayores creían que los jóvenes estaban despreciando todo lo que habían recibido.

—¿Y tú qué les dijiste?

—Al principio, lo de siempre. Que había que respetar la tradición, escuchar a los antiguos y no cambiar las cosas por capricho.

—¿Y después?

—Después me preguntaron quién había decidido que aquellas normas fueran obligatorias.

Sonreí.

—Una pregunta incómoda.

—Mucho. Porque conocíamos algunas desde nuestros años de estudiantes, pero nadie recordaba cuándo se habían establecido. Y otras resultó que ni siquiera se cumplían de la misma manera en todas las tunas.

—Eso ya lo habíamos hablado aquí.

—Sí, pero una cosa es discutirlo tomando café y otra que te lo diga un muchacho que está pensando en marcharse de la agrupación.

Bebió un sorbo y dejó la taza sobre el plato.

—Hubo uno que me hizo pensar. Llevaba poco tiempo en la tuna y dijo que había entrado porque quería tocar, viajar y hacer amigos. Que estaba dispuesto a aprender de los mayores, pero no entendía por qué algunas decisiones se tomaban sin contar con ellos.

—¿Y qué le respondiste?

—Que cada tuna era soberana y que cuando nosotros éramos nuevos tampoco decidíamos gran cosa.

—¿Y le pareció una buena explicación?

—Me preguntó si eso significaba que debían repetir nuestros errores.

No pude contener la risa.

—Veo que encontrasteis un buen interlocutor.

—Demasiado bueno, por un momento tuve ganas de mandarlo a callar.

—¿Lo hiciste?

—No, me acordé de lo que hablamos aquí.

Se quedó mirando hacia la ventana.

—Lo peor es que el muchacho tenía razón en algunas cosas. No en todas, pero sí en algunas. Y me costó reconocerlo delante de los demás.

—¿Por qué?

—Porque llevaba años diciéndoles cómo debían comportarse. Admitir que podían enseñarme algo me hizo sentir que estaba perdiendo autoridad.

—¿Y la perdiste?

Negó con la cabeza.

—Al terminar se acercó para darme las gracias. Me dijo que era la primera vez que uno de los antiguos les preguntaba qué querían hacer ellos.

Permanecimos callados unos instantes.

—¿Se marchará alguno? —pregunté.

—No lo sé, pero acordaron volver a reunirse. Por lo menos ahora están dispuestos a hablar.

—¡Eso ya es bastante!

—Quizás, aunque me fui pensando en algo que dijo usted la otra tarde.

—¿Qué cosa?

—Que conservar una tradición no exige repetirlo todo exactamente igual.

—¿Y qué piensas ahora?

—Que teníamos tanto miedo de que desapareciera lo que habíamos conocido que estábamos olvidando por qué habíamos querido conservarlo.

Aquellas palabras me hicieron recordar las discusiones que había seguido a través de los periódicos. Durante generaciones, los estudiantes habían defendido sus costumbres frente a quienes pretendían adaptarlas a nuevas circunstancias simplemente porque estaban de moda. Algunas habían desaparecido, mientras que en otras habían sobrevivido gracias a los jóvenes dispuestos a reunirse, tocar y compartir una experiencia universitaria que sus mayores reconocían como propia.

—¿Sabes una cosa? —le dije—. Creo que has hecho algo más difícil que defender una costumbre.

—¿El qué?

—Escuchar a quien quiere cambiarla.

Sonrió.

—No se acostumbre a verme tan razonable, se me puede pasar.

Reímos.

—Las tradiciones no sobreviven únicamente porque los veteranos las defiendan, sino porque nuevas generaciones deciden practicarlas y transmitir las —añadí mientras se despedía.

Antes de marcharse, me preguntó si conservaba alguna noticia antigua sobre conflictos entre estudiantes jóvenes y veteranos. Le expliqué que había encontrado testimonios de disputas relacionadas con la organización de agrupaciones estudiantiles, aunque sería necesario examinar cada caso para saber hasta qué punto podían compararse con lo sucedido.

—Tráigamelos la próxima vez —me pidió.

—¿Para qué?

—Para que los muchachos vean que sus problemas no son tan nuevos.

—Ten cuidado, podrían descubrir que algunos de los nuestros tampoco lo eran.

—Entonces no se los enseñamos todos.

Se marchó riendo y yo me quedé pensando en aquella conversación.

Las semanas siguientes trajeron noticias alentadoras. Los estudiantes habían decidido continuar juntos y revisar algunas de sus normas. No suprimieron el ROA ni renunciaron a las ceremonias que consideraban importantes, pero acordaron explicar mejor su sentido a quienes ingresaban, sí como escuchar sus propuestas antes de tomar determinadas decisiones.

No todos quedaron satisfechos. Algún veterano consideró que habían cedido demasiado y uno de los jóvenes siguió defendiendo que debían cambiar muchas más cosas. Sin embargo, ninguno abandonó la tuna.

El muchacho que había iniciado nuestras conversaciones volvió una tarde con una noticia que parecía divertirlo especialmente.

—Hemos conseguido que los veteranos reconozcan que también pueden equivocarse.

—Eso merece celebrarse.

—No se crea, les ha costado bastante.

—¿Y vosotros habéis reconocido lo mismo?

Me miró con una sonrisa.

—Todavía estamos estudiándolo.

Le serví café y comenzamos a hablar de sus investigaciones. Había seguido reuniendo testimonios de distintas universidades y empezaba a organizar las noticias que le había prestado. Ya no buscaba solamente fechas de fundación o explicaciones sobre el origen de determinadas costumbres. Quería averiguar cómo habían cambiado las agrupaciones, qué elementos habían conservado y cuáles habían desaparecido.

—He descubierto algo curioso —me dijo—. Los antiguos recuerdan muy bien las cosas que hacían, pero no siempre saben explicar por qué comenzaron a hacerlas.

—Es natural, la mayoría de las personas participa en las costumbres de su tiempo sin preguntarse por su origen.

—Y algunos se enfadan cuando uno pregunta.

—También es natural, aunque no siempre razonable.

Sacó una libreta.

—Estoy apuntando lo que me cuentan, pero tengo un problema.

—¿Solo uno? ¿Cuál?

—Dos compañeros que pertenecieron a la misma tuna recuerdan una misma ceremonia de manera diferente.

—Eso sucede con frecuencia.

—¿Y cómo sé cuál dice la verdad?

—Quizá los dos estén diciendo lo que recuerdan sinceramente.

—Pero no pueden tener razón los dos.

—Pueden recordar aspectos distintos, confundir momentos o haber interpretado de manera diferente lo que presenciaron. Tendrás que contrastar sus testimonios con otros, si los encuentras.

—Entonces los recuerdos tampoco son suficientes.

—Son una fuente valiosa, pero no están libres de errores.

El joven escribió algo en su libreta.

—¿Qué apuntas?

—Que no debo creerme todo lo que me cuentan.

—Eso sería una conclusión bastante injusta, mejor escribe que debes comprobarlo.

Tachó unas palabras y volvió a escribir.

—Así es más difícil.

—Nadie te prometió que investigar fuera sencillo.

Permaneció un rato hojeando sus notas. Después levantó la vista.

—Hay algo que todavía no entiendo.

—Dime.

—Usted nunca fue tuno, pero ha dedicado tantos años a estudiar las estudiantinas que conoce a compañeros de varias generaciones. ¿Por qué siguió investigando después de averiguar lo que buscaba al principio?

La pregunta me obligó a recordar el arcón, los primeros recortes y aquella curiosidad que había ido creciendo con cada noticia encontrada. Durante mucho tiempo había pensado que investigaba para comprender el pasado de unas agrupaciones que me resultaban interesantes. Después llegaron los viajes a los archivos, las correspondencias con otros estudiosos y las conversaciones con hombres que habían vivido experiencias muy distintas de las mías.

—Supongo que porque nunca terminé de encontrar todo lo que buscaba —respondí.

—Eso no es una respuesta.

—Es la que tengo.

—Tiene que haber algo más.

Lo miré con cierta sorpresa. Aquel muchacho que meses atrás acudía a mi casa esperando respuestas comenzaba a exigirme explicaciones como si fuera él quien dirigiera la investigación.

—Al principio me interesaban los hechos —le dije—. Quería saber cuándo habían sucedido las cosas, quiénes habían participado y cómo habían llegado hasta nosotros determinadas costumbres. Con el tiempo empecé a interesarme también por las personas.

—¿Por los tunos?

—Por todos. Los estudiantes que salían a tocar, quienes los escuchaban, los que escribían sobre ellos y los que intentaban imitarlos. Detrás de cada noticia había personas que tomaban decisiones, se equivocaban, discutían y trataban de salir adelante.

—Como nosotros.

—Como vosotros, aunque no siempre por las mismas razones.

El muchacho cerró la libreta.

—Entonces, ¿qué es lo más importante que ha aprendido?

Miré los periódicos que descansaban sobre la mesa. Algunos llevaban conmigo tantos años que sabía de memoria sus dobleces y manchas antes de leer los titulares. Había pasado incontables horas intentando reconstruir historias de personas a las que nunca conocí. Ahora tenía delante a un joven que, sin proponérselo, me estaba haciendo pensar en todo lo que aquella búsqueda había significado para mí.

—Que no debemos confundir lo que sabemos del pasado con todo lo que sucedió —respondí—. Siempre habrá cosas que no llegaremos a conocer.

—Eso es un poco triste.

—A mí me parece una buena razón para seguir buscando.

Sonrió.

—Entonces todavía le quedan muchos años de trabajo.

—Eso espero, aunque agradecería que no me trajerais todas las preguntas el mismo día.

Nos reímos.

Cuando se marchó, dejó olvidada su libreta sobre la mesa. La abrí para comprobar si había escrito su nombre y encontré, en una de las últimas páginas, una relación de preguntas que pensaba hacer a antiguos compañeros de distintas tunas. Algunas eran sencillas; otras demostraban que había comenzado a comprender la dificultad de reconstruir el pasado.

Al final había escrito una frase que me hizo sonreír:

«Preguntar también es una manera de conservar».

Cerré la libreta y la dejé junto a mis periódicos para devolvérsela cuando regresara.

Aquella noche pensé que, durante muchos años, había reunido documentos para impedir que determinadas historias cayeran en el olvido. Nunca había imaginado que terminaría compartiendo esa tarea con muchachos que ni siquiera habían nacido cuando comencé mis primeras búsquedas.

Y me agradó descubrir que ya no era el único interesado en continuarla.

El muchacho regresó a los pocos días para recoger su libreta. Esta vez no traía preguntas ni documentos. Venía acompañado por dos de los veteranos y, apenas entraron, comprendí que habían preparado algo sin contar conmigo.

—Hoy no venimos a investigar —anunció el más joven.

—Eso sí que es una novedad.

—Venimos a invitarle.

—¿A dónde?

—A una reunión de antiguos compañeros. Algunos llevan años sin verse y hemos pensado aprovechar para juntar a varias generaciones.

—¿Y qué pinto yo allí?

—Pues bastante —respondió uno de los veteranos—. Conoce usted a muchos de ellos y, si nos descuidamos, hasta recuerda mejor que nosotros cuándo nos conocimos.

—Eso no tiene mérito. Vosotros dedicabais las noches a cantar y yo a leer periódicos.

—Por eso mismo. Alguien tendrá que corregirnos cuando empecemos a contar batallitas.

Acepté la invitación sin hacerme demasiado de rogar.

La reunión se celebró unas semanas después en un reservado de una tasca murciana donde se compartieron vivencias animadas a que se acudió con la excusa de tomar unos vinos. Habían conseguido reunir a hombres de distintas edades, algunos hubo que eran estudiantes y otros que llevaban décadas alejados de las aulas. Reconocí a varios de mis visitantes habituales y me sorprendió encontrar a otros con quienes había mantenido correspondencia o conversado muchos años atrás.

Las presentaciones se sucedieron entre abrazos, palmadas en la espalda y bromas que no siempre comprendía. Aunque algunos se llamaban por sus nombres, la mayoría seguía utilizando los apodos que habían recibido cuando entraron como novatos a la tuna. Me hizo gracia comprobar que un respetable padre de familia respondía con absoluta naturalidad a un sobrenombre que difícilmente habría tolerado en su trabajo, como a uno que llamaron *traidor* porque de novato era quien traía las cosas a los veteranos.

La conversación comenzó con los inevitables recuerdos de viajes, serenatas y actuaciones. Pronto aparecieron las discrepancias sobre fechas y lugares.

—Eso fue en el sesenta y ocho —aseguró uno.

—En el sesenta y nueve —corrigió otro.

—Imposible, porque entonces yo ya había terminado la carrera.

—Pues sería otro el que tocaba contigo.

—¡Cómo va a ser otro, si todavía me debe dinero!

Me miraron esperando que resolviera la discusión.

—No pienso trabajar esta noche —advertí—. Me habéis invitado para cenar.

—Entonces mañana le traemos las fotografías.

Las risas se extendieron alrededor de la mesa.

A medida que avanzaba la velada, fui observando algo que conocía por sus relatos, pero que pocas veces había tenido ocasión de contemplar reunido de aquella manera. Los más jóvenes escuchaban las historias de los mayores, aunque no renunciaban a contar las suyas. Los veteranos

preguntaban por las nuevas agrupaciones y se interesaban por sus viajes, sus dificultades y sus proyectos.



No todos estaban de acuerdo. Hubo discusiones sobre repertorios, trajes y costumbres, pero ninguna consiguió interrumpir la conversación durante mucho tiempo. Siempre aparecía alguien dispuesto a recordar una anécdota que provocaba las carcajadas de todos.

En un momento de la noche, el veterano con quien había mantenido tantas conversaciones se sentó a mi lado.

—¿Qué le parece?

—Que habéis conseguido reunir a una buena cantidad de amigos.

—Y eso que faltan muchos.

Miró a su alrededor.

—¿Se acuerda de lo que le dije aquella tarde en su casa?

—¿Lo de la familia que uno elige?

Asintió.

—Pues mire a su alrededor.

Seguí su mirada. Vi a los jóvenes que discutían animadamente con sus mayores, a dos antiguos compañeros abrazados después de muchos años sin encontrarse y a un hombre que enseñaba orgulloso la fotografía de su primer nieto.

—Ahora entiendo mejor lo que querías decir —respondí.

—Todavía no lo entiende del todo.

—¿Por qué?

—Porque sigue pensando que usted está aquí como historiador.

No supe qué responder.

—Ninguno de nosotros lo ha invitado para que nos explique cuándo empezó una costumbre —continuó—. Está aquí porque es amigo nuestro. Forma parte de nuestra gran familia.

Me quedé mirándolo.

—¡Y eso que nunca fui tuno!

—Ya lo sabemos, no hace falta que nos lo recuerde cada vez que nos vemos.

Soltamos una carcajada.

—Pero no se preocupe —añadió—. Tampoco vamos a ponerle a tocar la bandurria.

Ambos sonreímos.

Al regresar a casa, encontré sobre la mesa los periódicos que había estado consultando aquella mañana. Los recogí y fui a guardarlos junto a los demás. Mientras lo hacía, recordé el viejo arcón que tantos años atrás había despertado mi curiosidad.

Aquel hallazgo me había llevado a conocer historias de estudiantes que salían a cantar por las calles, agrupaciones que viajaban de ciudad en ciudad y hombres que habían compartido una parte de su juventud alrededor de la filantropía, la música y la bohemia. También me había permitido descubrir cómo cambiaron sus costumbres, cómo sobrevivieron algunas y cómo otras terminaron desapareciendo.

Pero había algo que ninguno de aquellos periódicos podía haberme anticipado.

Durante años había seguido el rastro de personas a las que nunca conocí. Y, casi sin advertirlo, aquella búsqueda me había acercado a otras que terminaron ocupando un lugar importante en mi vida.

Pensé en el muchacho que había comenzado a reunir sus propios testimonios y en los compañeros que le ayudaban a encontrar documentos. Quizá algún día descubrirían noticias que yo no había conseguido localizar. Tal vez cuestionarían algunas de mis conclusiones y propondrían explicaciones diferentes.

Me agradó imaginarlo.

No había dedicado tantos años a investigar para que mis respuestas fueran las últimas.

Al día siguiente pensaba localizar al muchacho. Tenía una nueva pregunta que hacerle.

Después de todo, todavía nos quedaba mucho por descubrir.

Capítulo 11.

La guerra

Capítulo 12.

La guerra

Capítulo 13.

La guerra

Capítulo 14.

La guerra

Capítulo 15.

La guerra

FIN

Gracias por leer y compartir